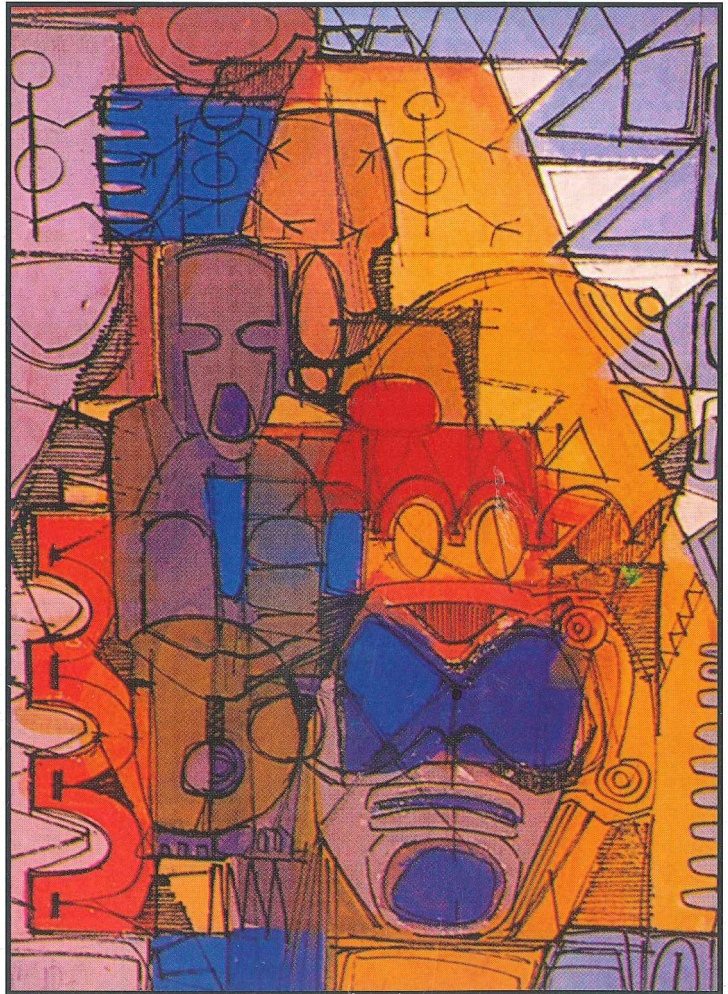


JOSÉ
JOAQUÍN
PÉREZ

FANTASÍAS INDÍGENAS
Y OTROS POEMAS



BIBLIOTECA
DE CLÁSICOS
DOMINICANOS

VI

FANTASÍAS INDÍGENAS
Y OTROS POEMAS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:

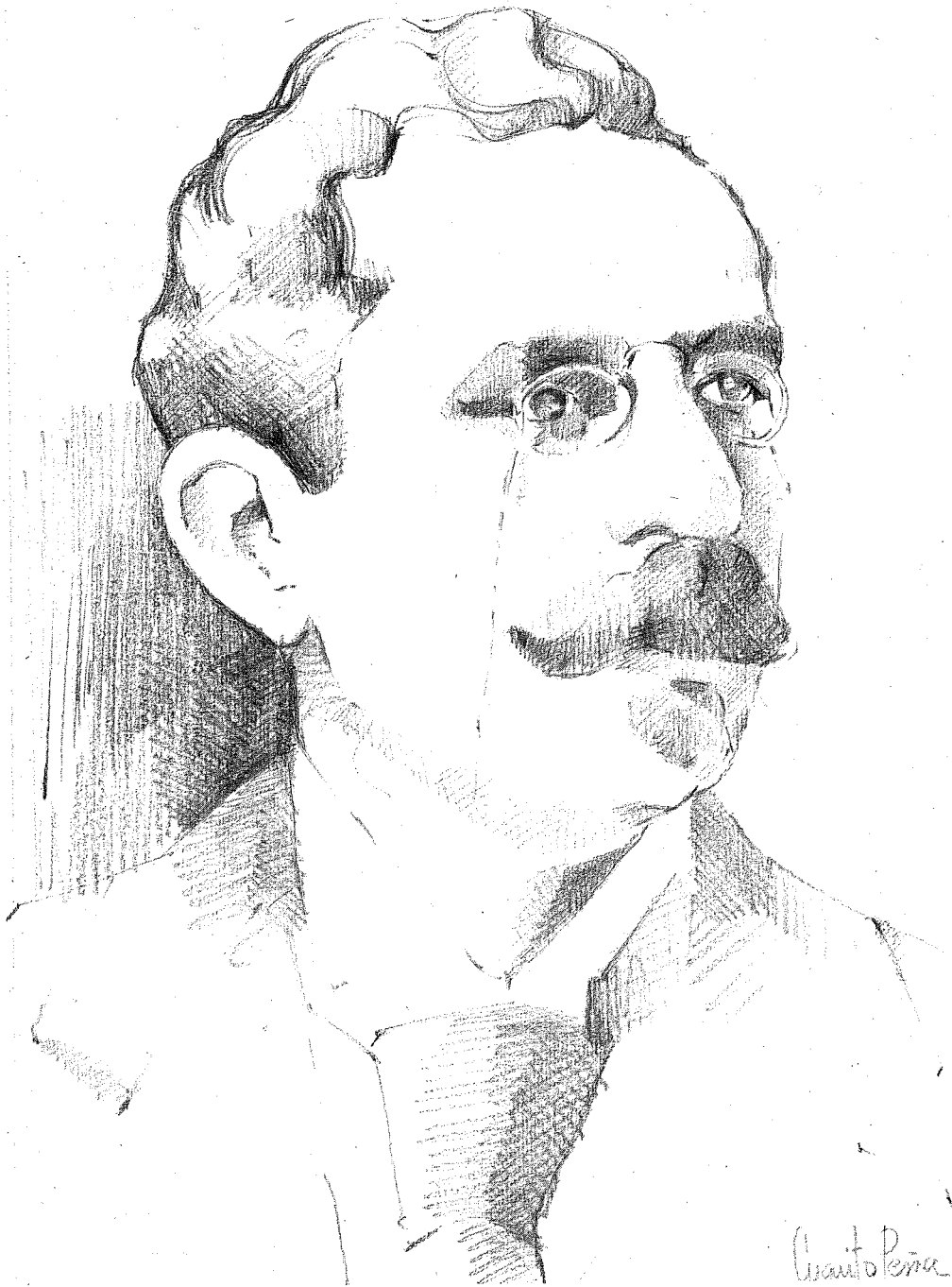
Manuel Rueda

Asesores:

Pbro. Oscar Robles Toledano

Dr. Jorge Tena Reyes

Retrato de José Joaquín Pérez. Dibujo sobre una fotografía.
Autor: Cuquito Peña.



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen VI

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ

FANTASÍAS INDÍGENAS
Y OTROS POEMAS

*Prólogo y notas de
José Alcántara Almánzar*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1989

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

La BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS se enorgullece al poner en manos del lector Fantasías indígenas y otros poemas, de José Joaquín Pérez, considerado como el máximo exponente lírico del romanticismo insular y una de las voces capitales del indigenismo hispanoamericano.

Este volumen recoge gran parte de la obra escrita por José Joaquín Pérez durante tres décadas de producción literaria: la poesía patriótica y del exilio, las "Fantasías indígenas", los poemas íntimos creados al calor del hogar y la familia, los textos que celebran el progreso tecnológico y el crecimiento urbano, y "Contornos y relieves", que son composiciones de la última etapa del autor. Al final del volumen aparecen las traducciones de "El arpa de Thomas Moore", realizadas por el poeta a lo largo de un cuarto de siglo, comprendido entre 1871 y 1896.

En la preparación de esta obra acudimos a las tres fuentes primordiales que existen: la edición príncipe de las "Fantasías indígenas" (1877), la "Lira de José Joaquín Pérez" (1928) y la "Obra poética", organizada y explicada por el crítico Carlos Federico Pérez (1970) quien, como descendiente directo del autor, contó con el auxilio inestimable de las libretas manuscritas tituladas "Ráfagas tropicales", hoy en posesión de la familia.

A pesar de que esta última circunstancia da a la obra de Carlos Federico Pérez una importancia incuestionable, hemos observado anomalías y discrepancias inexplicables en el cotejo de los poemas, partiendo de las diferentes ediciones arriba mencionadas. Tales anomalías y discrepancias van desde versos suprimidos y defectuosos y estrofas mal distribuidas, hasta cambios de palabras, atribuibles unos a erratas, otros a variantes que no se han

podido comprobar de manera directa en los manuscritos. Para solucionar el problema optamos por la versión más coherente, prefiriendo siempre, a la hora de las vacilaciones, la edición original de las "Fantasías".

Hemos rescatado de la "Lira" un buen número de poemas que no figuran en la edición de Carlos Federico Pérez, por considerarlos interesantes debido a su temática y por estar relacionados con el acontecer de la época. Procedimos a actualizar la grafía y la puntuación para ponerlos a tono con el resto de la obra.

El presente volumen contiene un ensayo introductorio del reconocido crítico y escritor José Alcántara Almánzar, que apareció por primera vez en su obra "Estudios de poesía dominicana" (1979). Debido a la agudeza de su trabajo crítico sobre la obra de José Joaquín Pérez, lo hemos escogido para introducir este tomo. Alcántara Almánzar también ha agregado unas notas aclaratorias de los poemas y participó en el cotejo y reordenación de los mismos.

Con Fantasías indígenas y otros poemas, la BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS continúa su labor de rescate y difusión de obras esenciales de las letras dominicanas.

MANUEL RUEDA

LA POESÍA DE JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ

El nacimiento de José Joaquín Pérez (1845-1900)¹ casi coincide con la proclamación de la independencia política de la República Dominicana. Su muerte, acaecida en los albores del siglo XX, ocurre un año después del asesinato de Ulises Heureaux, momento que marca el desplome de la dictadura: tormentoso lapso histórico caracterizado por empréstitos onerosos que acentuaron la dependencia económica, persecuciones políticas, crímenes de opositores y la incalculable secuela de delitos que identifica a los regímenes totalitarios: El poeta vivió poco más de media centuria en un período de guerras, intentos de lograr el protectorado de Francia o Estado Unidos, breves lapsos democráticos —especie de ligeros respiros en el incesante zafarrancho de la lucha por el poder—, antagonismos de clases y represión gubernamental. En suma, medio siglo de inestabilidad política en el que la burguesía buscó erigirse en clase social dominante para imponer, libre de obstáculos, sus patrones sociales y culturales.

Pérez es un caso admirable en las letras dominicanas decimonónicas, no sólo por haberse iniciado con tino en el ejercicio de la literatura siendo aún un adolescente (su primer trabajo fue un soneto, compuesto en 1861, a raíz de la Anexión), y haber publicado aquí, en 1877, “el primer libro de versos de un solo autor”, sino por la coherencia, la extensión de su obra conjunta, cualidades que no le

1. Obra: *Fantasías Indígenas* (Santo Domingo, 1877); *La industria agrícola* (Santo Domingo, 1882); *La lira de José Joaquín Pérez* (Santo Domingo, 1928); *Obra Poética* (Santo Domingo, publicación de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1970).

impidieron dedicarse también a la traducción (*El arpa de Thomas Moore*). Sin acudir a la rígida ampulosidad neoclásica o dejarse arrastrar mecánicamente por el turbión romántico, produjo una poesía de gran solidez estructural, como puede constatarse en *Fantasías Indígenas*, la más divulgada de sus obras.

Hay un rasgo de la personalidad de Pérez que debería siempre mencionarse para explicar las razones de esa frescura de su verso y la amplitud de recursos técnicos utilizados: su espíritu abierto a distintas corrientes literarias. Su asimilación del romanticismo facilitó que se convirtiera en el máximo poeta romántico de su época. Después, en contacto con la obra en ciernes de Rubén Darío, se sintió atraído por el modernismo, sin llegar a ser devoto o militante del mismo.² En sus obras postreras se encuentran rasgos parnasianos y simbolistas que revelan una actitud juvenil y de gran apertura a influencias renovadoras.³ Desgraciadamente, la insularidad le impí-

2. En estudio sobre la obra del poeta, Carlos Federico Pérez afirma lo siguiente: "En la 'Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles', cuyo nombre fue a su vez clara revelación de tendencias positivistas, José Joaquín Pérez dio a conocer a Rubén Darío en Santo Domingo insertando, en 1884, su poema de primerísima juventud 'El Arte'. Nada hacía presumir en esa composición que se trataba del vate destinado a revolucionar la poesía de habla española. En aquella fecha Darío apenas contaba dieciséis años, pero su poema, de claro estilo romántico a lo Victor Hugo, le conquistó un juicio elogioso que debe de haber sido uno de los iniciales, si no el primero, en que se proclamó con magnitud continental el genio del nicaragüense:

No conocíamos el nombre de este nuevo poeta nicaragüense, pero si antes de ahora lo hubiésemos conocido, de seguro que lo habríamos proclamado como uno de los primeros de nuestra hermosa tierra americana.

Este contacto tan anticipado con la poesía del autor de 'Azul' permite suponer que José Joaquín Pérez se mantuvo al corriente de la producción posterior del gran bardo." *Evolución Poética Dominicana*, Buenos Aires, Editorial Poblet, 1956, p.165. Véase también: Emilio Rodríguez Demorizi, *Rubén Darío y sus amigos dominicanos*, Bogotá, Ediciones Espiral, 1948, p.11 y 27.

3. Carlos Federico Pérez, en una nota introductoria a la penúltima sección de la *Obra Poética* asegura que "...en una de las libretas manuscritas de puño y letra de Pérez que hemos consultado, evidentemente la última de ellas en el orden cronológico, aparece una nota que estimamos ilustrativa: se hace enunciación de los principales poetas franceses de la época, oficiantes del parnasianismo y el simbolismo, reunidos en París para la elección del poeta de la juventud, la cual recayó en Sthepan (sic) Mallarmé. En

dió, como a otros, desarrollarse a plenitud, en el sentido de asimilar y practicar los nuevos procedimientos de escritura. El problema de nuestros escritores no se reduce a la producción y difusión de su obra. Existe también el aislamiento que impone ese mar que nos rodea. Nuestra incapacidad básica, por supuesto, sigue siendo infraestructural, mas ha habido una desconexión con el mundo exterior que sólo los modernos medios de comunicación van borrando con rapidez pasmosa.

En contraste con el fervor neoclásico de Salomé Ureña, Pérez se declara partidario del más ágil romanticismo. La poetisa no transgrede casi nunca los marcos conceptuales y prácticos en que se ubica su poesía. El poeta nos llega con frecuencia cargado de sorpresas y se mantiene, hasta la hora de su muerte, en constante diálogo con movimientos y escuelas bastante distintos al romanticismo. Resultan siempre odiosas las comparaciones entre dos escritores que manejaron la palabra de tan diferente manera, pero es difícil sustraerse a la tentación de hacerlo, especialmente porque ambos trabajaron temas comunes: la patria, el hogar, lo indígena. No hay duda de que Pérez fue mucho más amplio que Salomé Ureña en visión literaria, rico en el léxico, dinámico en la concepción del movimiento. Se le han detectado ciertos "vicios poéticos", especialmente el abuso de la sinéresis y la "dureza de dicción" en algunos versos; aun así, estos defectos —inevitables en todo poeta no ortodoxo— son de orden menor y poco frecuentes en su obra.⁴ En cambio, se hermana a la autora de *Ruinas* en la vocación nacionalista e incluso recibe influencia de ella, como es notorio en *La industria agrícola*, poema al progreso. Pérez demuestra dominio en la poesía indigenista y nativista. Ninguno como él para evocar la sociedad taína, reproducir sus costumbres, creencias y ceremonias, y para describir el paisaje: tenía un profundo conocimiento de la

esta nota, preparada en apariencia para fines de publicidad, se copia un soneto en lengua francesa del propio Mallarmé." (p.270)

4. "La conjetura de relativa espontaneidad se vería confirmada por el hecho de que es posible tropezarse en su obra, junto al verso melodioso, con el menos afortunado de insuficiencia rítmica, y aun de dureza de dicción, cual el que, a causa de la ingrata contigüidad de dos términos con acento sobre idéntica vocal al comienzo de las palabras, desluce la primera estrofa del apartado tercero del Areito de las Vírgenes de Marién: *Con flores de la ígnea índica zona.*" (Carlos Federico Pérez, *Evolución Poética - Dominicana*, p.158)

fauna y la flora dominicanas y una capacidad poco común para integrar dichos elementos a una poesía de amplias proyecciones.

Ecós del destierro

Cuando Buenaventura Báez asumió el poder en 1868, gracias a la acción de los militares que hicieron posible su retorno desde Curaçao, se inició en el país un período que la historia consigna como seis años de terror y entreguismo.⁵ Pérez había transitado por los caminos de la poesía patriótica, en la que mostró una admiración sin reservas por el heroísmo restaurador y una oposición decidida a la opresión de la dictadura (*16 de agosto*). Al mismo tiempo, había visto en Báez la encarnación de todo lo opuesto al ideal democrático. En *¡Adiós!...*, escrito en los días de la expulsión del Arzobispo Meriño, ocurrida en 1865, usó violentos epítetos para referirse al déspota:

*Proscrito ¡adiós! Aún veo sobre tu frente
ceñida del martirio la corona;
a otro cielo, a otra playa te abandona
de un sátrapa vulgar torpe opresión.*

(Estrofa 1; versos 1 al 4)

*Y tú, —patriota, e hijo de la santa
ley que el Cristo enseñó desde el Calvario—
al intruso y odiado mandatario
haces la frente ante tu voz rendir.*

(Estrofa 5; versos 1 al 4)

5. Frank Moya Pons, en su libro *Manual de Historia Dominicana*, resume los seis años de Báez haciendo hincapié en los aspectos económicos y políticos: "Báez regresó el día 29 de marzo de 1868 y después de preparar las elecciones de lugar para legalizar el cambio político que se operaba, tomó posesión el día 2 de mayo iniciándose así un período de gobierno que se caracterizó por la tiranía, los asesinatos, los robos de los fondos públicos, la censura, las persecuciones políticas, y el permanente empeño en vender, arrendar o ceder la República o la Bahía de Samaná a los Estados Unidos. Ese período duró seis años, esto es, hasta enero de 1874, y durante el mismo la vida política dominicana se degradó hasta el extremo de ver a su presidente convertido en un aventurero con el único empeño de sacar dinero de la venta de la República a

El gobierno de los seis años de Báez significó para Pérez un período de proscripción política. En el exilio su poesía sufrió una transformación significativa: la visión de la patria devino patética a causa del dolor que provocaba el destierro. Se desvaneció bastante el lenguaje fogoso contra la dictadura y aparecieron el intimismo romántico y la evocación como recurso fundamental. En *Guaiguasá* se combinan sentimientos de angustia desesperada (*Detrás de esas olas dejamos un mundo/ de afectos y goces, de llanto y dolor;*) con acusaciones al déspota (*—Insaciable caníbal ¡ay, detente!/ ¡No la tortures, Satanás maldito!*).

Nunca, empero, abandonó su actitud antibaecista. Cada acontecimiento —un amigo enviado al patíbulo por el régimen, el extrañamiento de un número cada vez mayor de dominicanos— exacerbaba su indignación y alimentaba su firme decisión de combatir la dictadura a través de la poesía. Pero primó en él la expresión intimista:

*Auras marinas, sollozadores
ecos que cruzan la soledad,
aladas brisas
de otras riberas, do mis amores
¡ay! me escuchasteis un día cantar;
sobre esta roca, do meditando
triste y proscrito me veis llorar;
auras marinas
decidme al menos que allá, esperando,
hay quien lamente mi soledad.
(Ráfagas, I)*

Los poemas más importantes escritos en el exilio muestran que el poeta estaba dominado por el sentimiento. Se imponía la nostalgia —a veces de manera sobrecogedora— y el tono quejumbroso iba adueñándose de cada estrofa. Con razón Pedro Henríquez Ureña asegura que “José Joaquín Pérez es en la literatura dominicana la personificación genuina del *poeta lírico*; el que expresa en ritmos su

otros a aventureros norteamericanos, entre los cuales también se encontraba el presidente de los Estados Unidos Ulises Grant” (Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1977, pp.369/370).

vida emotiva y nos da su historia personal, no sólo en gritos íntimos, sino también recogiendo las infinitas sugerencias del mundo físico y de los mundos ideales para devolverlas con el sello de su propio yo, siempre activo y presente. Poseyó inspiración variada: fue descriptivo y narrativo, heroico y filosófico, erótico y elegíaco, y hasta ensayó la sátira y el drama; pero, como lírico verdadero, fue ante todo personal y sentimental.”⁶

En *Ecos del destierro* expresa esa condición atormentada del romántico proscrito. Son más y más frecuentes en cada poema términos tales como ‘fatal’, ‘agonía’, ‘triste’, ‘pobre’, ‘solitario’, ‘amargo’, ‘lúgubre’, ‘vil’. En *La vuelta al hogar* comprobamos que la naturaleza es un refugio, una válvula de escape que el poeta usó para paliar la desesperación del destierro. ¿Qué otra salida tenía? Solazarse en la evocación y representación ideal de la naturaleza era como aplicarse un bálsamo tranquilizador:

*Bajo tus ceibas y tus palmares
sobre tu césped y entre el manglar
aún se oye el eco de los cantares
de aquella infancia, fugaz, que en horas
engañadoras
llenó sus sueños de amor y hogar.
(Estrofa 9)*

Dio también testimonio de la ciudad de Santo Domingo del último cuarto del siglo XIX. *Quisqueyana* traza un cuadro general de los sectores que componían el área de la capital: una ciudad en medio de la campiña, con ruinas que eran rastros de un pasado colonial pomposo. La rememoración de dichos sectores suponía una forma de recuperar, de mantener vivo en la memoria, aquello que por fuerza había perdido.

Pérez, como hemos dicho, comenzó su oficio de poeta con un soneto, composición de factura clásica que exige de quien la practica amplio dominio de los recursos y apego a los cánones estróficos que la conforman. Su sensibilidad romántica le indujo a liberar el verso y ensayar otras formas métricas. Para la época en que con-

6. *Obra Crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p.140.

cluyó su destierro, había empleado, entre las más importantes, la estrofa manzoniana⁷ (*16 de Agosto*), el serventesio (*Hojas, Guaiguasa, Ecos del destierro*), la octavilla (*Quisqueyana*). Es decir usó tanto la estrofa de versos de arte mayor como la de arte menor, pero es obvio que sus composiciones son más logradas cuando acude al verso corto. Es importante señalar este rasgo, pues como veremos en *Fantasías Indígenas*, la riqueza del léxico y la utilización de numerosos patrones métricos alcanzan su mayor esplendor.

Fantasías Indígenas

Existe un desacuerdo notorio entre los investigadores que han tratado el tema del indigenismo hispanoamericano del siglo XIX. Para unos, la evocación de la cultura indígena y la exaltación de la raza sojuzgada o exterminada por los conquistadores, constituye la mayor demostración de vocación nacionalista, que rescató del olvido el verdadero origen de nuestros pueblos. Para otros, el indigenismo pretendió reconstruir el pasado idealizando hombres y situaciones y falseó la realidad histórica porque —como en el caso de la República Dominicana— se exaltaron costumbres y mitos de un grupo étnico de poca incidencia en la conformación racial de nuestro pueblo, dejando de lado —por razones ideológicas— al negro, cuya participación en el proceso histórico dominicano ha sido fundamental.⁸

7. Estrofa formada de heptasílabos "de terminación esdrújula alternados y verso final de terminación aguda" (*Obra Poética*, nota de la pág. 37).

8. Pedro Henríquez Ureña admite que las *Fantasías* "...fueron producidas durante una época en que cobró auge la teoría de que la leyenda y la historia de los indígenas del Nuevo Mundo debía conservarse en forma poética, como epopeya de los pueblos hispanoamericanos. A la difusión y aceptación de esa teoría (que hoy ha sido relegada al olvido por el convencimiento de que ya pasaron, para no volver, los días de las epopeyas y de que la tradición indígena es un pasado muerto, sin peso sensible ni significación importante en la vida de nuestras nacionalidades) se debieron obras notables de Carlos Guido Spano, José Ramón Yepes, Francisco Guaicaipuro Pardo, Mercedes Matamoros, el "Hatuey" de Francisco Sellén, la *Iguaniona* de Javier Angulo Guridi, la "Anacaona" de Salomé Ureña, y las dos más importantes (con las *Fantasías* de Pérez), *Enriquillo* de Galván y el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín." *Obra Crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp.141/142. La crítica más severa que

Carentes de tradición nacional, los románticos hispanoamericanos trataron de buscar temas autóctonos que no guardasen relación con los trabajados por los escritores de la antigua metrópoli. Sin embargo, no siempre lograron adecuar la realidad planteada en los temas a las formas utilizadas. Seguían dependiendo, como se verá en la obra de Salomé Ureña, de los patrones hispánicos. Como afirma Jean Franco al referirse al quehacer cultural del siglo pasado: "En el siglo XIX la literatura se concibió no sólo como instrumento de protesta social sino también como medio para modelar la conciencia nacional y crear un sentimiento de tradición. De ahí también que el afán del escritor por mostrar la originalidad de su cultura a menudo entrara en conflicto con los modelos europeos que inconscientemente aceptaba."⁹

Nuestros escritores pensaron que con reformular ciertos aspectos atinentes al significado alcanzarían la independencia a que aspiraban. Querían, además, hacer una literatura propia, *nacional*: "...con la independencia política que estimula, bajo el influjo romántico, la pretensión de independencia literaria, el motivo indígena cobra también significación nacionalista, esto es, aparece como recurso favorable para la realización de la consigna romántica de nacionalizar la literatura, tanto por lo que podía tener de repudio a lo español como de reafirmación de lo propio."¹⁰

conocemos se debe a Rubén Bareiro Saguier, quien afirma que "...el programa de los románticos —literatura de tema y contenido americanos— es una búsqueda de la identidad continental, con un sentido de futuro y una concepción totalizadora de América Latina. En este sentido, el costumbrismo, el regionalismo, con su exaltación de las particularidades locales, contrasta —por la limitación de sus propósitos— con la posición universalista de los antecesores. Más radicalmente opuesta es la postura —ya reaccionaria en la óptica del programa— de los autores prohispanicos, como los citados Reyles y Larreta, o como Ricardo Palma, que creó el mito virreinal colonialista en la literatura hispanoamericana. Tampoco el indianismo aportó mucho para la empresa nacionalista; pese a su intención nativista al pintar al aborigen, cayó en la copia servil de los modelos románticos del "buen salvaje" europeo. No fue sino la expresión, superficial y pasajera, de una moda literaria." *Encuentro de culturas*, del libro *América Latina en su literatura*, Siglo XXI Ed., 1977, 4ta. Ed., p.35.

9. *La cultura moderna en América Latina*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1971, p.17.

10. Carlos Federico Pérez, *Obra Poética de José Joaquín Pérez*, p. 79.

Fantasías Indígenas se inscribe en la corriente indigenista y está a la altura de otras obras muy conocidas dentro de esa orientación.¹¹ Es indiscutible que Pérez constituye el poeta romántico por excelencia, como lo pone de manifiesto en ese libro, y no sólo eso: se le puede considerar como el más consciente del momento histórico que le tocó vivir. Por eso no resulta extraño que en lugar de retroceder hacia lo neoclásico —como Salomé Ureña—, o desdeñar las transformaciones que el modernismo estaba provocando en la poesía de la época —como Deligne—, Pérez buscara siempre la forma más adecuada a su temperamento, sin olvidar su ubicación en un tiempo histórico.

La guerra restauradora había concluido doce años antes de la aparición de las *Fantasías*. La condena explícita de la esclavitud impuesta por los españoles en el período colonial se acopla perfectamente con el sentimiento nacionalista que generó la lucha iniciada en Capotillo. Así, la búsqueda de lo nacional a través de lo indígena aparece unida a un antiespañolismo que paradójicamente resulta ambivalente a la hora de enjuiciar a determinadas figuras (Cristóbal y Bartolomé Colón). En *El junco verde*, por ejemplo, Cristóbal Colón es exaltado:

del inmortal Colón la carabela. (I, Est. 1, v. 4)

.....
aquel genio inmortal que un mundo crea. (I, Est. 6, v. 4)

.....
 —“¡Mirad, —dice Colón— he aquí mi gloria!” (I, Est. 9, v. 1)

.....
ofreciera al intrépido marino (I, Est. 11, v. 2)

Aunque *El junco verde* es sin duda una composición de lograda estructura, la atmósfera de grandeza que rodea al marino genovés niega precisamente la aspiración reivindicatoria de las *Fantasías*. A la luz de enjuiciamientos actuales, Colón es visto, ante todo, como un exterminador de indios. En *Historia social y económica de la República Dominicana*, Roberto Cassá asegura que el “...pago de los tributos resultó imposible para los taínos y Colón procedió a la

11. Vid Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, p.246, nota No. 35.

aplicación de medidas terroristas para su obtención, por lo que los taínos pasaron a otras formas de resistencia. En primer término, empezaron cada vez más a huir a los montes declarándose en estado de franca rebeldía; concibieron la táctica de dejar de sembrar sus productos y de alimentarse de los frutos silvestres a fin de obligar a los españoles a abandonar la isla por hambre; empezaron a practicar los suicidios individuales y colectivos que a veces abarcaban aldeas completas, así como los abortos; finalmente se intentaron grandes insurrecciones agrupando muchas tribus."¹²

Es cierto que Pérez consigna en muchas partes del libro su condena al conquistador:

*El vértigo tenaz de la venganza
cegaba al español; sangre quería
para saciar su sed; raudales de oro
para hartar su famélica codicia.*
(*El último cacique, III, Est. 1*)

*Que allí en esa gruta, la ignominiosa afrenta
del bárbaro e inicuo, falaz conquistador,
a guerra y cruel venganza hoy otra raza alienta
que es libre y no soporta ya el yugo de un señor.*
(*Idem supra, VI, Est. 5*)

*De oro colmado el español sediento
en pago vil de su traición se mira;
pero pronto a su alma un pensamiento
el odio a los indígenas inspira.*
(*Vanahí, la hija del yareyal, XIX, Est. 1*)

Pero estas imprecaciones pierden fuerza ante la exaltación de una hidalguía inexistente en Cristóbal Colón y su hermano Bartolomé. Es probable que estos puntos ambiguos a nivel ideológico en las *Fantasías* obedezcan a la debilidad e inconsistencia de la burguesía dominicana del siglo XIX y al predominio, casi hasta nuestros días, de la admiración que por lo hispánico han tenido nuestras élites intelectuales. Pérez se mueve, en consecuencia, en un terreno de

12. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1977, p.42.

contradicciones insalvables, pues por un lado reconoce la injusticia del orden impuesto durante la conquista, censura la alevosía, el abuso, los crímenes brutales de los españoles, al tiempo que defiende con verdadero ardor romántico el padecimiento de la raza aborigen; y por otro le hace concesiones al invasor, incluso perpetuando mitos consagrados por la leyenda, como el de la Batalla de Santo Cerro:

*El viajero que hoy cruza los dominios
do el gran cacique Guarionex un día
su poder y sus glorias extendía,
combatiendo al audaz conquistador,
ve el Santo Cerro que en su cumbre ostenta
un Santuario, en memoria de la hazaña
que diera el triunfo a la indolente España
y a la cruz del humilde Redentor.*

(Guarionex, X, Est. 1)

Algo parecido ocurre con el enfoque de los indios. Reconoce su espíritu combativo, su actitud indómita en la batalla:

*Templadme el arco rudo
del inclito guerrero:
¡morir antes prefiero
que no esclavo vivir!*

(Igi aya bongbé, II, Est. 2, v. 5 al 8)

Por otra parte, la visión idílica del aborigen, la asimilación de éste a la imagen del *buen salvaje*, reduce algunas descripciones a pinceladas superficiales:

*Felices los ciguayos
y sin temor dormían
—en chozas que cubrían
de guano y de yarei—
tendidos en hamacas
riquísimas y suaves
de lindas plumas de aves
y blanco sarovei.*

(Idem supra, I, Est. 11)

Las costumbres de los aborígenes y sus reacciones a partir de 1492 se hallan insertas en los distintos textos que componen las *Fantasías*. En *Vanahí* hay un retrato de indio en el cual se describen rasgos gestuales y físicos:

*Gallardo es el mancebo;
muy tierna es aún su edad;
su porte distinguido
y tiene aire marcial.
Su rudo arco es flexible;
riquísimo el carcaj;
su cabellera ondeante;
enérgico el mirar;
y es fácil su palabra
y es firme su ademán.
(III)*

La virilidad masculina encuentra siempre su contrapartida en la fragilidad femenina:

*Eran lánguidos sus ojos
cual de gacela del valle;
ágil y esbelto su talle
como palma de yarei;
pero nunca aquella virgen
tuvo su ilusión primera
doblando su alma altanera
del amor ante la ley.*

(La ciba de Altabeira, Est. 4)

Todos los personajes corresponden a dos descripciones básicas: los hombres son fuertes, indómitos, bravos; las mujeres: dóciles, fieles, delicadas. Las excepciones a la regla son pocas. Por ejemplo, en *Guacanagarí en las ruinas de Marién* encontramos al cacique abatido por los remordimientos: la debilidad de haber pactado con el invasor produce en el jefe de Marién una angustia que se acrecienta con el rechazo exterior y llega a su clímax al ligarse con un irreversible sentimiento de culpa: *La tumba con horror hoy me rechaza; / todo lo mancho con mi impuro aliento; / mi nombre es la ignominia de mi raza; / mi existencia es un cruel remordimiento*

(Est. 7). Esta imagen de Guacanagarí no hace más que contribuir a encumbrar las de Caonabo y Guarionex, caciques en quienes hierve un odio terrible a los españoles. Ambos son el símbolo del amor a la tierra y de la lucha valiente en defensa de aquello que les fue arrebatado por la fuerza. Otra excepción la constituye Anacaona, cacica de Jaragua. Es una mujer dulce e inteligente, como corresponde a su rango, y afronta con valentía excepcional la condena de muerte dictada por Ovando. El comportamiento de Anacaona contrasta con la sumisión de la mujer taína, tan frágil y dócil.

La religión de los aborígenes fue una de las bases culturales que los conquistadores socavaron más rápidamente. No sólo por el fanatismo de las huestes perseguidoras y la intransigencia religiosa de la metrópoli, sino porque percibían que las ceremonias animistas de los taínos eran un medio de vinculación espiritual tan fuerte como las relaciones de parentesco. Es difícil creer que los habitantes originarios de La Española olvidaran sus prácticas mágicas para integrarse a un proceso de *aculturación* no conflictivo. ¿Aceptaron los taínos la religión cristiana sin oponer resistencia? Tal cosa queda sugerida en *Guarionex*:

*Sencilla y candorosa
la grey de Maguá, en calma
escucha esa doctrina
de paz y esperanza;
y el Dios de los cristianos
recibe en las cabañas
del indio agreste el culto
que en breve se propaga.
Abjúranse los ídolos,
y del bautismo el agua
cayendo va en las frentes,
regenerando el alma.*

(IV, Est. 2)

Para imponer la religión católica fue primero condición necesaria la destrucción de ídolos y prácticas y la puesta en marcha de un plan de cristianización en que jugaron un papel muy importante los sacerdotes llegados a la isla (franciscanos, dominicos, mercedarios). Fue un plan que no omitió la coacción como procedimiento básico. La preocupación por cristianizar al indio halló en *Doctrina cristiana*

para instrucción de los indios, de Fray Pedro de Córdoba, una buena muestra de esfuerzo intelectual.¹³

La pasión romántica llevó al poeta a describir ciertos rasgos socio-culturales con exceso de colorido, acentuando lo fantástico y alejándose de lo histórico; o introduciendo costumbres de grupos distintos a los taínos. *Igi aya bongbé* nos hace suponer que los taínos eran antropófagos, seres sumamente fieros, característica que con propiedad podría atribuirse a los caribes u otros grupos de la Amazonia:

*"Quiero secar sus carnes;
comer, en mis cabañas,
de sus propias entrañas;
de su agonía vivir.*

.....
*"Sus rubias cabelleras
arrancaré a millares;
ellas, en mis hogares
de adorno servirán;
y en copas de sus cráneos,
cual chicha deliciosa,
mis hijos y mi esposa
su sangre beberán.*

(II, Est. 6 y 7)

Los taínos fueron gente pacífica que sólo violentó su idiosincrasia para inmolarse en protesta por la esclavitud que se instauró en la isla.¹⁴

El indio aparece en las *Fantasías* siempre ligado a la naturaleza. Plantas y flores exuberantes crean un ambiente edénico donde el hombre vive feliz y tranquilo. No hay hostilidad de su parte hacia el habitat, sino comunión estrecha. Por hallarse en un estadio de evolución cultural correspondiente al neolítico, el aborigen vivía de la recolección, la caza y la pesca y practicaba una agricultura bas-

13. Vid Pedro Henríquez Ureña, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, en *Obra Crítica*, nota No. 5 al capítulo IV, p. 391.

14. Vid Roberto Cassá, *Los taínos de La Española*, Santo Domingo, publicación de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Colección Historia y Sociedad, No. 11, .1974, p.92 y sig.

tante primaria.¹⁵ No ejerció contra la naturaleza la agresión que luego implementaron los conquistadores. *El adiós de Anacaona* expone lujosamente el sentimiento de la naturaleza en la poesía de Pérez. Anacaona se despidió del mundo diciendo adiós a aquellos elementos de la flora y la fauna más preciados por ella: Plantas y animales (especialmente aves, símbolos de libertad) son descritos en detalle (*Cantos I al XVI*). A partir de este poema, la presencia de la naturaleza se hace dominante. Un fragmento de *Vanahí* reza:

*Allí raudo y apacible
va el Güera al mar con sus aguas
por entre espeso bosque
de esbeltas sonoras palmas
y abeyes de erguidas copas
que adornan flotantes lianas,
junto a guanales que cruzan
sus penachos de esmeralda
formando bóveda aérea
donde los pájaros cantan;
y circuido de altos pinos,
juncos y mimbres y cañas;
áureas arenas besando
donde brillan conchas blancas
y caracoles preciosos
que mil colores esmaltan,
cuando el cielo se ilumina
con los fulgores del alba.*

(II, Est. 3)

En *Flor de Palma* o *La fugitiva de Borinquen*, largo poema narrativo que teje un violento juego de pasiones entre indígenas y españoles, el mar sirve de telón de fondo:

*El mar asiste de lejos, y se prepara a entrar en la liza
furibunda.*

*Brama, y se inquieta, y levanta sus ondas de espumas,
centinelas avanzadas de ese otro abismo invasor de los
espacios.*

15. Vid Roberto Cassá, *idem supra*, p.33 y sig.

Algo como una sombra imperceptible se dibuja sobre su conmovida superficie.

Ora se eleva en el declive de una ola, ya se precipita en el fondo oscuro, sepultado bajo la enorme pesadumbre de las aguas que hierven.

Al fulgor de los relámpagos se reconoce la silueta de una nave que lucha desesperada por alcanzar la próxima orilla.

(II)

La habilidad en el empleo de diversos patrones estróficos¹⁶ y el haber dado a su poesía una movilidad que encaja con las situaciones y los ambientes hacen de Pérez un poeta indiscutiblemente valioso. El paisaje nunca es acartonado ni estático; predominan el ritmo cadencioso del bambú, las ondas de la brisa y las corrientes rumorosas de los ríos: *Cervatilla que rápida y alegre/ por colinas de flores cruza ufana,/ sin saber que las ondas de un torrente,/ ya descarriado, por el monte saltan (El voto de Anacaona, I, Est. 9)*. Cuando describe un combate, los enemigos se traban produciendo un pavoroso chisporroteo: *Ya se divisan: el choque/ es formidable: ¡dos razas/ van el destino de un mundo/ a poner en la balanza!/ ¡Qué furiosa es la embestida,/ qué confusa es la algazara,/ cómo el humo denso cubre/ la atmósfera y las montañas,/ cómo brilla y centellea/ el fulgor de las espadas,/ cómo las flechas el aire,/ silbando, atraviesan raudas,/ qué de alaridos siniestros,/ qué pavorosa matanza! (Vanahí, III, Est. 7)*.

Junto a la movilidad se destaca el claroscuro como un medio para matizar las pasiones. Los tonos oscuros dibujan la soledad y la tristeza: *Desde entonces se le nombra/ Vaganiona el ave errante/ que —cuando el sol vacilante/ envuelve nocturna sombra/ lanza su trino expirante (Vaganiona, penúltima estrofa)*. Los colores brillantes para la inocencia y la felicidad: *De palmas verde dosel/templa del sol los rigores,/ y su sien fragantes flores/ ciñen, cual símbolo fiel/ de sus primeros amores (Toella, Est. 2)*.

16. Carlos Federico Pérez señala a *Vanahí* como la fantasía que recoge las más variadas formas métricas, desde el hexasílabo hasta el dodecasílabo. Hay que agregar modelos estróficos tales como la octava italiana (*Guarionex, VI*), la octavilla (*La ciba de Altabeira*), el romancillo (*Vanahí, II*), el romance heroico (*Guarionex, VII*), la prosa poética (*Flor de Palma*) e incluso procedimientos nuevos (*El voto de Anacaona*).

Etapa de madurez

Pérez no abandonó nunca sus preferencias por la poesía nativista. Diríase que su obra está impregnada de un sentimiento de la naturaleza que si bien se hizo cada vez más estilizado, no desapareció por completo. Este rasgo se desliza también en su poesía hogareña, modelo de recogimiento religioso y de una devoción cristiana que cultivó en sus momentos de comunión con sus hijos, a quienes dedicó la mayor parte de las composiciones. Unas veces aconseja seguir los mandamientos y practicarlos con fervor:

*Haz el bien, ama al prójimo, practica
las virtudes que el Cristo ha proclamado:
esa la religión es que predica
el evangelio del amor sagrado.*

(¿Dónde está Dios?, Est. 5)

*¡Así! Dad lo que os sobra a la indigencia;
el mendigo es sagrado hijo de Dios;
con limosnas se salva la conciencia,
se va del bien y de la dicha en pos.*

(Dad limosnas, Est. 1)

Sentía profundo amor por sus hijas y de ellas dejó hermosas descripciones que traslucen afectos desmedidos e idealizaciones: *Cuatro rizadas cabelleras blondas, / ojos grandes que el rayo azul reflejan / y labios purpurinos que semejan / frescos pimpollos de granado en flor; (Cuadro infantil)*. Su contacto diario le sirvió para meditar hondamente sobre su propia senectud y la alegría infantil de sus hijos: *Pero besa mis canas, hija mía, / que son contraste de tus rizos de oro, / pues si tienen su historia tan sombría, / por gozar de tus gracias, que yo adoro, / ¡cualquiera mi vejez envidiaría! (Mis canas, última estrofa)*.

Posteriormente, influido por el positivismo hostosiano y la producción de Salomé Ureña, escribió *La industria agrícola*, poema trascendente por más de una razón: 1º continuación del culto al progreso, establecido por el neoclásico; 2º abandono del tema indigenista como fuente primaria de producción; 3º alude al auge de la industria azucarera en el último cuarto del siglo XIX. La producción de azúcar de caña, nódulo de la economía dominicana, queda expresada en la siguiente estrofa:

*Es un gigante cuya entraña absorbe
fuego no más; y ávido, insaciable,
con sus dientes tritura
la débil caña; y rápido el torrente
cae de la miel, que sube, y en la altura
bulle, hierve, se cuaja y de repente
se torna en alba azúcar transparente.*

El auge económico estimuló el proceso de urbanización, ampliando los límites metropolitanos de Santo Domingo. Pérez supo recoger esa evolución en *Ciudad Nueva*. Es interesante notar que tanto en este poema como en *Santo Domingo*, se recurre a procedimientos neoclásicos. No obstante, ya en *A Etnai* y en *El amor de Magdalena* son visibles las influencias parnasianas:

*Blonda como un trigal la cabellera
que al viento en rizos y al desgaire vaga;
los ojos de un azul color de cielo
con reflejos de aurora en la mirada;
erguido el busto escultural; los labios
con la expresión de la bondad del alma;
y la luz y la brisa jugueteando
en los contornos de su veste blanca;
va Jesús sobre el lago Tiberiades
de pie en la popa de su frágil barca.*

(Estrofa I)

La española en América refleja la influencia modernista. Por el tema recuerda al José Martí de los *Versos Sencillos*; por la forma a Rubén Darío.¹⁸ No aceptó por completo la temática exótica del

17. "Esta composición —escribe Carlos Federico Pérez— se refiere a un suceso que marca una etapa en la evolución urbana de la vieja ciudad de Santo Domingo: la expansión de la ciudad por primera vez fuera de las murallas coloniales, hacia lo que se llamaba la Sabana del Estado. Ciudad Nueva es hoy un barrio de la capital de la República. Tanto en los versos de *Santo Domingo* como en los de *Ciudad Nueva* se advierte el timbre de la oda neoclásica, factor de evolución a partir de 1880, en la poesía de José Joaquín Pérez." *Obra Poética*, nota de la p. 292.

18. La relación entre Pérez y Martí la deducimos al cotejar *La española en América* con el apartado X de los *Versos Sencillos*. Dice Pérez: "Al desgaire cruzado el mantón

modernismo. Lo demuestra su incursión en lo social (*El herrero, En la cumbre y en el tango, Contraste*), y de manera explícita en la primera estrofa del poema *De América*:

*Pues háblame del mundo que conozco,
de mis flores silvestres, de mis selvas,
y deja para el viejo mundo. lotos,
glemáticas, orquídeas, crisantemas.*¹⁹

Hay que ver en José Joaquín Pérez al primer poeta dominicano importante que se preocupó de manera sostenida por la ampliación y enriquecimiento de las formas poéticas, al más alto representante del indigenismo antillano y al más auténtico romántico de nuestros poetas del diecinueve.

JOSÉ ALCÁNTARA ALMÁNzar

de Manila, / con orgullo y con gracia, como reina y manola, / en la cruz centelleante de la negra pupila / incendiando las almas, va la ardiente española. / / Su enarcada cadera, dócil siempre al empuje / del jaleo y las zambras que en su mente resuenan, / se columpia; y al ritmo de la seda que cruje / de embriagueces que matan los sentidos se llenan. / / Tal parece que un beso en sus labios estalla, / dado al sol que en su frente se refleja radioso; / ese sol en que busca, ese sol en que halla / de su tierra lejana el mensaje amoroso." (Estrofas 1 a 3). Martí dice: "Ya llega la bailarina; / soberbia y pálida llega: / ¿Cómo dicen que es gallega? / Pues dicen mal: es divina. / / Lleva un sombrero torero / y una capa carmesí: / ¡lo mismo que un alelí / que se pusiese un sombrero! / / Se ve, de paso, la ceja, / ceja de mora traidora; / y la mirada, de mora; / y como nieve la oreja. / / Preludian, bajan la luz, / y sale en bata y mantón / la Virgen de la Asunción / bailando un baile andaluz. / / Alza, retando, la frente; / crúzase al hombro la manta; / en arco el brazo levanta; / mueve despacio el pie ardiente. / / Repica con los tacones / el tablado zalamera, / como si la tabla fuera / tablado de corazones. / / (Estrofas 3 a 8). Como puede verse, el tema es común: la española. En el poema de Pérez el movimiento no es tan rápido debido al uso de versos alejandrinos. Martí prefirió el octosílabo, verso más ajustado a la lírica popular. Las coincidencias en la descripción de la española saltan a la vista.

19. "Aunque alerta ante las novedades literarias que los años fueron revelando, y no remiso en utilizarlas, José Joaquín Pérez se mostró sin embargo celoso en preservar lo que consideraba las esencias autóctonas de su inspiración. (...) Pero frente al exotismo que preconizaron ciertas consignas del movimiento (*modernista*, subrayado nuestro) en su etapa inicial, vuelve por los fueros de su invariable nacionalismo y americanismo literarios." Carlos Federico Pérez, nota de la p. 322 de la *Obra Poética*.

Las iniciales NA que aparecen en las notas al pie de página corresponden al autor. En cambio las notas al final de los poemas, sin especificación, pertenecen a José Alcántara Almánzar.

FANTASÍAS INDÍGENAS



FANTASIAS INDIJENAS.

Episodios i Leyendas

DE LA EPOCA DEL DESCUBRIMIENTO, LA CONQUISTA
Y LA COLONIZACION DE QUISQUETA

POR

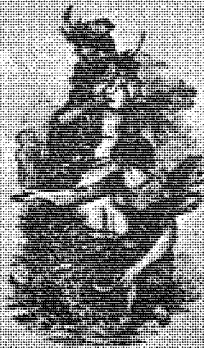
JOSE FRANCISCO PEREZ.

PRECIOSAS DE UN PROLOGO POR APOLENIAR VEJERA

en "Estudios" de M. de J. de Peña i sus papers de la Biblioteca

SALOME UREÑA

PRIMERA COLECCION



SANTO DOMINGO.
IMPRESA DE GARCIA HERMANOS.

1877

Portada de la primera edición de las *Fantasías indígenas*.

IMPRESIONES

*Al autor de las
Fantasías Indígenas*

Quejas del alma, vagos rumores,
lejanas brumas, rayos de luz,
fragante aroma de índicas flores,
himnos de guerra, cantos de amores,
brotan al ritmo de tu laúd.

¿Quién recorriendo tus Fantasías,
hijas del trópico abrasador,
vibrar no siente las armonías
de aquella raza que en otros días
poblar sus selvas Quisqueya vio?

Sobre la cumbre de las montañas,
de las palmeras bajo el dosel,
al grato abrigo de las cabañas,
y hasta en las grutas al hombre extrañas,
haces del indio la sombra ver.

Y el aire cruza triste lamento;
y el eco suena del tamboril;
y al valle indiano, y el ave, al viento,
a todo presta tu blando acento,
fuego, armonía, vida y matiz.

Y el junco verde que en la onda gira,
la tumba sola que arrulla el mar,
y el ave errante que allá suspira,
notas perennes dan a tu lira,
tristes historias llenas de afán.

Entre sus bosques afortunados
no escuchó nunca la indiana grey,
dulces areitos tan acordados
como tus cantos privilegiados,
vagos preludios de ignoto edén.

Parece, bardo, que el genio ardiente
de estas regiones habitador
templó tu lira suave y doliente
y en ígnea lumbre bañó tu frente,
dando a tus ritmos inspiración.

Que —si inspirado suena tu canto,
poblando aéreo la soledad—
ávida el alma te sigue, en tanto
que dulces notas de nuevo encanto
fascinadoras haces vibrar.

Cuando al transporte del nùmen cedes,
cuando tu mano hiera el laúd
y a la armonía fácil accedes;
¡ay, quién pudiera, como tú puedes,
dar a sus trovas música y luz!

.....

Pues de una fama ya merecida
tus Fantasías vuelan en pos,
mientras acepto, reconocida,
de esos cantares llenos de vida
con noble orgullo la ofrenda yo;

¡oh de la patria de Anacaona
cantor amante, bardo feliz,
ciñe con flores de nuestra zona
la que prepara, digna corona,
para tus sienes el porvenir!

Salomé Ureña

Santo Domingo, 1877.

Poema escrito por Salomé Ureña, amiga del autor, a propósito de la publicación de las *Fantasías indígenas*, y que aparece en la edición original de esta obra.



IGI AYA BONGBÉ¹
(*Primero muerto que esclavo*)

Un día cantaba —al eco
del tamboril sagrado,
y en el altar postrado
del tutelar Zemí—²
el indomable indígena
que alegre e indolente
ceñía la noble frente
de nardo y alelí.

Bajo el dosel de palmas
del bosque solitario
alzaba su santuario
la numerosa grey;
y en diumbas³ y en areitos⁴

1. NA.—La tradición no ha conservado sino una estrofa de este himno de guerra de los ciguayos que poblaban la isla.

2. NA.—Idolo de barro, madera o piedra, que adoraban los indios y que eran los medianeros entre ellos y la divinidad.

3. NA.—Danza indígena.

4. NA.—Cantares con que obsequiaban a sus dioses, conservaban la memoria de las acciones guerreras, celebraban sus amores y enterraban los muertos.

de ritmos misteriosos
caciques poderosos
dictábanle la ley.

Bohechío, el Gran Cacique,
señor armipotente,
orna la altiva frente
de palmas y laurel;
y dilatada y rica
Jaragua sus llanuras,
sus selvas, sus alturas,
le brinda, siempre fiel.

Su hermana predilecta,
la linda Anacaona,
que ciñe la corona,
también pulsa el laúd;
y encanto es de su corte,
donde a la par fulgura
riqueza y hermosura,
valor, genio y virtud.

Ante el potente brazo
de Caonabo, el atleta,
Maguana, la coqueta
región del Sur, se ve;
que Ocoa, el Nigua, el Jaina
y el Yaque fertilizan
y el triunfo solemnizan
de una indomable fe...

Marién —donde gobierna
su tribu numerosa
la mano generosa
de Guacanagarí —
con majestad se extiende,
bañada por dos mares,
con puertos a millares,
los más bellos de Haití.

Intrépido los reales
de su poder asienta
—en vasta y opulenta
comarca— Guarionex,
allí do brinda el coiba⁵
fragante su tesoro,
do el cigüeyano el oro
brillar mira a sus pies.

Acá Higuayagua el trono
sostiene culminante
de Cayacoa, arrogante
e indómito adalid,
que su sagrado suelo,
do cruza el limpio Ozama,
defiende, con brío y fama,
contra el feroz carib.⁶

Patria de tantos héroes,
Quisqueya, en su alta gloria,
también lega a la historia
mil nombres con honor:
nitainos⁷ de felices
regiones tributarias
con sus virtudes varias
la llenan de esplendor:

El siempre heroico Hatuey,
el digno Tululao,
el ínclito Bonaó,
el fiel Mayobanex;
Guaroa, el temible; el grande,
tenaz Tucubanama;
el denodado Guama;

5. NA.—El tabaco.

6. NA.—La vecindad de Higüey con los caribes hacía que estos invadiesen la isla con frecuencia.

7. NA.—Caciques subalternos gobernaban las provincias del cacicazgo.

el leal Manicatoex;
y al par de Guarocuya,
de su enemigo estrago,

dominador del lago
azul de Caguani,⁸
Guatiguaná, el guerrero
del Yaque caudaloso,
rival del valeroso,
potente Mairení.

Felices los ciguayos
y sin temor dormían
—en chozas que cubrían
de guano y de yarei—
tendidos en hamacas
riquísimas y suaves
de lindas plumas de aves
y blanco sarovei.⁹

Les da la zona ardiente
del trópico su fuego;
y —en voluptuoso y ciego
deleite tentador—
las vírgenes suspiran
y al pie de los altares
entonan los cantares
de su nupcial amor.

Pero en fatal instante,
del caracol guerrero
el eco ronco y fiero
cruzó la soledad;
pues turba advenediza
de allende el mar Caribe
perder ya les prescribe
su bien, su libertad.

8. NA.—Nombre indígena del Lago Enriquillo en Neiba.

9. NA.—Algodón.

Entonces al combate
se lanza el indio altivo,
y, rudo y vengativo,
doquiera triunfador,
derriba los altares
donde a plantar se atreve
la Cruz el siempre aleve
falaz conquistador.

Los ámbitos resuenan
con bélica armonía,
y Yaque, Ozama, Vía
Camú y el Garavuai,¹⁰
repiten en la onda
que crece y va ligera,
este himno, por doquiera
que un indio libre hay:

II

“¡Oíd, tribus ciguayas!
Yo voy en son de guerra
a defender la tierra
que Louquo¹¹ protegió,
y audaz el arijuna¹²
—que en fragua trae el trueno
y rayos en su seno—
aleve profanó.

“Yo voy a herirlos todos
con mi azagaya aguda;

10. NA.—Hoy llamado Río Grande.

11. NA.—El Gran Ser, Dios.

12. NA.—Extranjero.

caciques, dadme ayuda,
¡volad a combatir!
Templadme el arco rudo
del ínclito guerrero:
¡morir antes prefiero
que no esclavo vivir!

“Venganza los hermanos
que caen sin aliento,
con quejumbroso acento
pidiéndonos están,
llevemos, con la llama
del fuego que devora,
la furia asoladora
del hórrido huracán.

“Yo mataré al cacique
de la horda sanguinaria...
Si acaso me es contraria
la suerte al combatir,
llorad sobre mi tumba,
pues noble y altanero,
¡morir antes prefiero
que no esclavo vivir!

“Yo arrancaré su enseña
de mi feliz dominio;
saqueo y exterminio
doquiera llevaré;
y en la inflamada hoguera
sus miembros palpitantes
en rápidos instantes
gozoso arder veré.

“Quiero secar sus carnes;
comer, en mis cabañas,
de sus propias entrañas;
de su agonía vivir.
si así no lo obtuviere
de mi destino fiero,

¡morir antes prefiero
que no esclavo vivir!

“Sus rubias cabelleras
arrancaré a millares;
ellas, en mis hogares
de adorno servirán;
y en copas de sus cráneos,
cual chicha¹³ deliciosa,
mis hijos y mi esposa
su sangre beberán.

“Oíd, tribus ciguayas,
el himno de la guerra:
por mi sagrada tierra
yo voy a combatir;
y si del arijuna
feliz triunfo no adquiero,
¡morir antes prefiero
que no esclavo vivir!”.

13. NA.—Bebida efervescente hecha de maíz.

De acuerdo con Carlos Federico Pérez, el verso que da origen a esta fantasía es de procedencia africana. Caciques y cacicazgos desfilan en las estrofas de la composición, mostrando sus caracteres y emblemas personales. Como podrá notarse, en algunos versos se recurre al octosílabo (“defiende, con brío y fama”; o “Guaroa, el temible, el grande”), en lugar del heptasílabo, que predomina en el poema.

EL JUNCO VERDE

*"Jueves 11 de Octubre... Vieron pardelas y
un junco verde junto a la nao...
Con estas señales respiraron y alegráronse
todos".*

Diario de Navegación del Almirante.

I

Fugaz sobre el cerúleo Mar Caribe,
al soplo inquieto de la brisa, vuela,
y el dulce rayo matinal recibe
del inmortal Colón la carabela.

Él, de pie y en la proa, absorto mira
en lontananza vago punto verde,
que, cual juguete de las ondas, gira,
y en la vasta extensión del mar se pierde.

—“¡A virar!”, grita trémulo, agitado,
con la emoción del que, temiendo, espera,
y ve en el porvenir ya realizado
lo que un sueño falaz tan sólo era.

Dócil cede la nave; en pos se lanza
de eso que informe en el abismo vuela:
¡dulce y vago vislumbre de esperanza
con que el alma del nauta se consuela!

En febril ansiedad Colón suspira,
sus ojos el espacio devorando
y ya, a la luz crepuscular, se mira
cerca el objeto ante la proa flotando...

—“¡Hosanna! ¡Gloria!”— de rodilla entona.
“¡Oh, bendito el Señor por siempre sea!”
Y a un éxtasis de dicha se abandona
aquel genio inmortal que un mundo crea.

Agrúpase la turba que, insolente,
sacrificarlo a su furor quería
y dobla humilde, con fervor, la frente
ante el noble coloso que la guía...

Pero... ¿qué ha despertado así el delirio
de esos hijos del mar? ¿Cuál es el bello
talismán de esa fe, cuando el martirio
graba en sus almas tan horrible sello?...

—“¡Mirad —dice Colón— he aquí mi gloria!”
Y del océano su potente mano
recoge un junco verde cuya historia
guarda un profundo y misterioso arcano.

Aquel junco, viajero solitario
en la vasta extensión del mar, encierra
el *fiat* fecundo, poderoso y vario:
la esperanza inmortal de luz —¡la Tierra!

Reliquia del amor que la ígnea zona
ofreciera al intrépido marino;
rico florón de la primer corona
que sonriendo le ciñe ya el destino.

Por eso él a su seno lo comprime,
y en él sus labios afanoso sella;
pues ese junco el corazón redime,
donde el pesar profundizó su huella.

II

Mientras la brisa nocturnal soplando
rauda empuja la frágil carabela,
el extenso horizonte contemplando
en dulce insomnio, el Almirante vela.

¡Noche de sombras, de perenne anhelo,
en que cada celaje que fulgura
—débil reflejo de la luz del cielo—
el nuevo mundo que soñó le augura!

La sutil, vaporosa y áurea niebla,
nuncio del alba, en el espacio gira,
y el mar y el aire y los confines puebla
y todo aliento de placer respira.

Del tope de La Pinta, que se avanza,
“¡tierra!”, dice una voz; y el eco vibra;
y ese grito sublime de esperanza
conmueve el corazón en cada fibra...

Allá —entre la infinita muchedumbre
de las galas que espléndida atesora,
tras la bruma lejana— enhiesta cumbre
surge al beso del rayo de la aurora.

“¡Mundo de amor, risueño paraíso,
verde oasis de luz en mi desierto
yo te bendigo, porque en ti Dios quiso
brindarme al fin de salvación el puerto!”.

Así exclama Colón; y en la ribera
de esa ignota región de maravilla,
en el nombre de Dios, con fe sincera,
tremola el estandarte de Castilla.

La hermosa Guanahaní,¹ donde el lucayo
en su cabaña, que ceñía de flores,
viera pasar en lánguido desmayo
una vida de paz, dicha y amores,

fue la primera do la ruda planta
estampó esa falanje triunfadora
que —al dulce amparo de la fe— levanta
suplicio vil junto a la cruz que adora.

III

Después que de Colón y de Castilla
la fama el triunfo por doquier pregona,
y ya Quisqueya, conquistada, brilla
cual joya de la ibérica corona;

Colón regresa a sus antiguos lares,
y al pie de los monarcas protectores,
de sus conquistas en lejanos mares
depone los magníficos primores.

Pero en su pecho, y recamado de oro,
de ricas perlas y coral, se mira
portentoso y espléndido tesoro,
reliquia santa que entusiasmo inspira.

Es un pedazo de aquel junco verde
que en las algas del mar vio confundido,
y que allí guarda, porque allí recuerde
que está su corazón agradecido.

1. NA.—Llamada por Colón El Salvador.

Con él lleva doquiera vinculado
 un mundo de esperanzas y delirio;
 con él la adversidad ha consolado
 cuando la ingratitud le dio el martirio.

En la prisión, en el fatal camino
 de su infortunio, lo llevó a sus labios;
 con él lloró su singular destino:
 la gloria que a la envidia causó agravios.

Y cuando aquella frente victoriosa,
 donde un mundo encerró la Omnipotencia,
 al rudo peso de calumnia odiosa,
 sobre un lecho de mísera indignancia,

el reposo encontró que nunca hallara
 en el seno radiante de su gloria,
 fue su tumba del junco verde el ara
 donde el mundo hoy venera su memoria.

Es probablemente el más difundido y antologado de los poemas que forman las *Fantasías*. El entusiasmo provocado por el descubrimiento de América y la aventura del Almirante Cristóbal Colón es evidente en cada una de las estrofas que integran el texto. El verso final de la última estrofa del apartado segundo del poema ("doquier suplicios e infausta hora") fue cambiado en la edición de *La lira* ("suplicio vil junto a la cruz que adora").

En sus *Memorias para la historia de Quisqueya*, José Gabriel García narra la trascendencia que tuvo para los navegantes la aparición de un junco verde: "...el hallazgo de un junco verde y un pedazo de madera labrada después... contribuyó a despertar en los ánimos las más lisonjeras esperanzas..." Estas palabras sirvieron de epígrafe en la edición príncipe de las *Fantasías*, pero en *La lira*, según aclara Carlos Federico Pérez, fueron sustituidas por un extracto del *Diario* de Colón, siguiendo las indicaciones de una nota manuscrita de José Joaquín Pérez que figura en su ejemplar de las *Fantasías* de 1877, actualmente en posesión de sus descendientes.

GUARIONEX

I

Del timbal —en son de danza—
vibra el eco por doquier,
y en sus arcos los guerreros
ponen flechas que —al través
de los troncos, con certera
y asombrosa rapidez—
clavan siempre, en homenaje
al cacique de su grey.

Mas ¿en dónde está el intrépido,
el fogoso Guarionex,
el primero en los combates,
que se olvida del placer,
y sus triunfos no celebra,
ni de su ídolo a los pies
hoy recibe las coronas
que merece su poder?...

Allí, en rústico canei,
que ornan ramas de ciprés,
de cortezas de bambúes
y cojines de maguey¹

1. NA.—Madera blanda y filamentosa.

hay un lecho, do reclina
voluptuosa la alta sien
una indiana que parece
descendida del Turey.²

No la heroica zambra tiene
el más mínimo interés
para ella; y aspirando
el aroma del vergel,
ya dormita, mientras vela
silencioso en el dintel
un guerrero que la admira
con erótica avidez.

Luce altiva la ancha frente
del guerrero maguanés
rojas plumas, que el impulso
de la brisa hace mecer;
y el robusto pecho adornan
arabescos que el pincel
envidiara de un artista
por su rara esplendidez.

De su rica aljaba el cinto
como el sol brillar se ve;
y el bruñido arco sostiene
en su mano con desdén,
descansándolo en el dorso
de su firme y ancho pie...
mas, ¿quién es el que así vela
a las puertas de ese Edén?

II

—“Duerme, paloma del bosque indígena,
mi favorita virgen de amor;

2. NA.—El cielo.

y de tu aliento la pura ráfaga
mueva las flores de mi ilusión.

“Si en el combate rayo mortífero
lanzando el bronce, viene hacia mí,
miro tu imagen, que brilla espléndida,
y que —sonriendo— me hace vivir.

“Por ti desdeño las diumbas plácidas.
que —enardecida, con noble fe—
me ofrece alegre la tribu indómita
rindiendo parias a mi poder.

“Duerme, arrullada por esos cánticos,
indiana virgen, hija del sol,
mientras mi labio te besa trémulo,
y huye el odioso conquistador”.

III

Así el cacique de Maguá, el potente
Guarionex, a su ídolo decía,
en tanto que ya enviaba de occidente
su adiós al mundo, agonizante el día.

El rumor del timbal el bosque —en lenta
y postrer armonía lejana— hierde
y Nonún³ melancólica se ostenta,
cuando el reflejo de la tarde muere.

El indio en su cabaña en paz dormita;
en la selva el cocuyo centellea;
mansa el aura los árboles agita;
el arroyo entre flores juguetea;

3. NA.—La Luna.

y ya, cautiva del amor, reposa
la hurí del paraíso quisqueyano
que las primicias de la dulce esposa
ofrece a su cacique soberano.

IV

Veloz el tiempo corre
amor, gloria, esperanza,
delirios de la vida,
sonríen en dulce calma
al infeliz indígena,
a la inocente raza
que adusto y cruel destino
al cautiverio lanza.
Apóstoles fervientes
de caridad cristiana,
—trayendo por enseña
la Cruz, y en vez de armas
la luz del Evangelio,
la unción de la palabra—
un día de la limítrofe
Marién —bella comarca,
donde un cacique reina
que fiel y mutua alianza
con los conquistadores
de allende el mar formara—
dos frailes misioneros
al cacicazgo avanzan
do Guarionex, felice,
su rica tribu manda.

Sencilla y candorosa
la grey de Maguá, en calma
escucha esa doctrina
de paz y de esperanza;
y el Dios de los cristianos
recibe en las cabañas

del indio agreste el culto
que en breve se propaga.
Abjúranse los ídolos,
y del bautismo el agua
cayendo va en las frentes,
regenerando el alma.

Guaicavanú, el primero
con su familia abraza
la ley que en el Calvario
al universo salva;
y hasta el cacique intrépido,
a quien la luz exalta
de aquella fe bendita,
comienza a confesarla;
pues ya —desde su trono
donde las flores lanzan
al aire sus aromas
cuando aparece el alba—
rodeado de su esposa
y de su prole, ensaya
los cánticos fervientes
de la oración cristiana.

V

El aleve español, que su dominio
a Guacanagarí, su incauto aliado,
impone ya, cual triste vaticinio
de un porvenir de sombras rodeado,
extiende hasta Maguá su omnipotencia,
y, de lujuria y oro vil sediento,
oculto tras la cruz que reverencia,
lanza doquier su corruptor aliento...

De apostura gentil, joven, valiente,
siempre afable, cortés y aún lisonjero,

un hidalgo español, dulce ascendiente
ejerce en el indígena guerrero.

En su corte le acoge hospitalario;
de su opulencia disfrutar lo mira;
sus arcas colma de oro; y necesario
le es ya el afecto que el hidalgo inspira.

Al fin llega don Luis de Barahona
a ser de Guarionex el consejero;
y casi su poder éste abandona
por saciar la ambición del extranjero.

VI

Era una de esas noches tropicales
en que todo al mortal habla de amores:
el viento, el mar, el pájaro, las flores,
y en dulce soledad el corazón.
Rodeada del misterio, en su cabaña,
la esposa del cacique indiano vela,
y, en su pálida frente, algo revela
que la turba fatal vacilación.

Inquieta, a cada leve ruido, a cada
voz que murmura en el follaje el viento,
deja escapar el comprimido aliento;
observa y nada ante sus ojos ve.
¿Qué aguarda esa deidad, del indio encanto,
del Sereutma⁴ felice compañera?
¿Es que él acaso en excursión guerrera,
a las regiones de Carib se fue?...

No, que ya en el umbral de la cabaña
una sombra de súbito aparece...
En sus sienes el aura no remece

4. NA.—Título de honor equivalente al de Grandeza.

las plumas del guerrero de Maguá;
ni trae el arco en la robusta mano,
ni la aljaba en el cinto centellea,
ni ella rápida acude, cual la idea,
ni entre sus brazos a estrecharlo va.

El que asoma su faz sobre ella ostenta
brillante casco de bruñido acero,
y la espada del noble caballero
se mira en su costado relucir.
Blanca es su tez; su cabellera rubia;
expansiva y fogosa la mirada;
y en ella, por los párpados velada,
se ve la llama del amor surgir.

—“Hijo hermoso del Dios de los cristianos!
¿Qué quieres tú de mí? Tu sierva escucha,
por ti la fe con el deber en lucha
tortura mi alma en ansiedad febril”.
Así dice la reina cigüeyana
a quien, humilde y a sus pies se inclina,
en señal de que nada le domina
que oculto lleve sentimiento vil.

—“Oye, princesa de Maguá, —responde—
ya que el fiero cacique de esta tierra
hoy su belleza y juventud encierra
dejándote en perenne soledad,
yo quiero que libertes tu existencia
de la ruda pasión con que un salvaje,
a Dios haciendo criminal ultraje,
te condena a perpetua adversidad.

“Tu nueva religión quiere que todo
por ella lo abandones en la vida;
y a redimir tu corazón convida
ante las aras de otro amor también.
Ella no quiere que quien rinde culto
a irrisoria e idólatra creencia,

en sacrílega unión, de tu conciencia
manche el santuario, desterrando el bien”.

“Si deseas aún salvarte, aquí en mis brazos
te ofrece amparo contra el mal, la suerte:
¡yo, unido a ti, desafiare la muerte;
tú, unida a mí, complacerás a Dios!
¡Bella flor del Cigüey! tu amor imploro;
tu ídolo olvida y tu pasión funesta;
ofreciendo al Señor, como protesta,
nupcial modelo de virtud los dos...”.

Dice, e imprime en la mejilla ardiente
de la india incauta dilatado beso;
y ella se entrega al voluptuoso exceso,
sin lucha henchida de fatal pasión;
porque ya aquel hidalgo —bello huésped
de la corte opulenta de su esposo—
había turbado su nupcial reposo
con sueños de tenaz fascinación.

Por eso ella le sigue muy confiada
y su trono y sus lares abandona;
prefiriendo a la indígena corona,
de ese efímero amor el triste bien...
¡Pobre cacique cuyo honor ultraja
el vil hidalgo a quien su honor confía!
Y ¡ay de la raza hipócrita, si un día
él vibra el rayo vengador también!...

VII

De Maguá en los confines dilatados,
do el cigüeyano armipotente habita,
do el Yaque, el Jima y el Camú y el Yuna
anchas vegas y montes fertilizan,
doquiera el eco atronador se escucha

que "guerra a muerte y exterminio" grita;
y la venganza popular enciende
en el pecho del indio noble ira.
Guarionex, indignado, a la cabeza
de sus bravas legiones, las incita;
los misioneros con horror rechaza
que la cristiana religión predicen;
y los altares de aquel Dios incruento
que él, inocente, venerar quería
con sangre mancha; y con voraz incendio
doquiera en sus dominios los derriba,
violando las imágenes sagradas
cuyo culto escarnece y abomina.
No queda en pie una cruz ni un oratorio
que le recuerde al infeliz indígena
la religión con que el feroz caribe
de allende el mar lo esclavizara un día.
Quince mil combatientes⁵ en el bosque
frente al baluarte "Concepción" dominan
al castellano, que temiendo vela,
y horrible plan de destrucción medita.
Bartolomé Colón, que allí gobierna,
al frente de una hueste reducida
en una noche a Guarionex asalta,
sus falanjes dispersa y acuchilla,
y aquel cacique noble que —confiado
en su poder y su valor dormía—
cae prisionero del contrario bando
que cruel suplicio a soportar le obliga.
Pero el campeón audaz y denodado
afronta firme, la cerviz erguida,
la suerte ruda que sufrir le ordena
tanta infamia, tantísima ignominia.
No le abandonan sus vasallos fieles
que en torno a su prisión de noche y día
llorando, con lamentos y alaridos,
el aire y el espacio ensordecían.

5. NA.—Dr. A. Llenas.— *Apuntes históricos sobre Santo Domingo.*

Temiendo está Bartolomé que aquella
raza indomable se levante altiva,
a rescatar al prisionero, y triunfe
siendo ya más prudente y previsiva;
y al cálculo prestando la apariencia
de piedad y nobleza e hidalguía,
libre al cacique Guarionex declara,
y lo devuelve a su ciudad querida,
así creyendo que tal acto fuera
prenda de gratitud para el indígena,
que con areitos de placer lo obsequia,
y siente el alma de entusiasmo henchida

Mientras tanto el infame Barahona,
causa de tal desolación y ruina,
que ya a la esposa del cacique mártir
por otro amor tan criminal olvida,
purgando está su culpa en el destierro,
al que —invencible— su temor le obliga.

VIII

En un espeso bosque, abandonada y mísera,
llorando en desventura su criminal amor,
la pobre cigüeyana, la penitente adúltera,
recuerda su pasado de luz y de esplendor:

—“Perdóname, cacique, si un día tu *eracra* espléndida
donde tenía mi prole y mi tranquilo hogar,
abandoné en los brazos del español, que el ídolo
de mis mayores hizo del templo derribar.

“Yo fui la esclava dócil de aquel cristiano espíritu
que me decía: —Si adoras tu nueva religión
sé grata a Dios, y rompe los relajados vínculos
que a un indio te sujetan, para obtener perdón.

“Si fui yo pecadora, ¡perdón! cacique, implórote;
culpable mi ignorancia del crimen sólo fue;

cristiano don Luis era, y en su mirada lánguida
hallar creí un tesoro de amor, de gracia y fe.

“Mas hoy ¡si yo pudiera con mis ardientes lágrimas
borrar todo el pasado, regenerarme así,
vivir siempre a tus plantas, morir tu amor pidiéndote!
Pero ¡ay! todo es infamia, tormento para mí.

“En expiación te ofrezco los días que paso exánime
en este bosque donde me abandonó el traidor
que vino al paraíso de nuestra raza indígena
hollada hoy por la planta de un vil conquistador”.

IX

Cuando la noche tiende su velo,
cuando agoniza la luz del sol,
de agreste tumba, que el bosque guarda,
surge un lamento desgarrador;

y el indio es fama que nunca llega
junto a esa tumba para llorar,
porque una sombra cruza perenne
del bosque espeso la soledad.

Dicen que un día, de aquella tribu,
fue allí el cacique batallador,
y oyó eco triste que le decía:
—“¡Venganza de ellos, a mí perdón!”.

Esa es la tumba de aquella indiana
que abandonando su amor, su hogar,
murió ignorada, sin que el buitío
le conjurase su adversidad.

Pobre cautiva, que las regiones
de Coibai⁶ cruza sin luz ni amor,

6. NA.—Purgatorio.

sin que un areito fúnebre se alce
para consuelo de su aflicción.

Sobre la ciba⁷ de su sepulcro
no hay inscripciones, ni al tutelar
Zemí se eleva sauce mortuorio
que lo proteja de impuro mal.

Cuando las aves pasan, no entonan
allí su canto conmovedor,
y sólo grazna siniestro el búho
cual mensajero de hondo terror.

X

El viajero que hoy cruza los dominios
do el gran cacique Guarionex un día
su poder y sus glorias extendía,
combatiendo al audaz conquistador,
ve el Santo Cerro que en su cumbre ostenta
un Santuario, en memoria de la hazaña
que diera el triunfo a la indolente España
y a la cruz del humilde Redentor.

Al pie de este sencillo monumento
yacen los restos de una noble raza
a cuyo nombre la memoria enlaza
heroicos rasgos de genial virtud.
El tiempo ha destruido sus vestigios
en tanto que se escucha todavía
como una voz de horror y de agonía,
de anatema a la infame esclavitud.

Allí con sangre de inocentes víctimas
templo al amor y a la piedad se eleva;
do la voz de matanza sonó, lleva
el eco la armonía de la oración.

7. NA.—Piedra.

Y por aquella altura dominado
un valle extenso que el Camú fecunda,
se alcanza a ver, do el castellano funda
el fuerte colonial La Concepción.

Sobre él alzó sus torres altaneras
una ciudad alegre, populosa,
que entre el polvo y en ruinas hoy reposa,
presa de un cataclismo sin igual.
Y —móvil aún la tierra que la cubre—
la incierta planta se hunde en el escombros,
do contempla el viajero con asombro
Las Tembladeras de la Vega Real.

La tradición nos cuenta que allí mismo,
en el bosque vecino, es que se escucha
el siniestro alarido de una lucha,
ayes confusos que cruzando van;
y es allí que una voz acongojada
"¡venganza, perdón!", grita al pasajero
y en la noche, en el eco lastimero,
"¡venganza!" clama con perenne afán.

Esa es la voz de la olvidada tumba
de la adúltera esposa del guerrero
que el arco audaz blandió contra el acero
del rudo y vil conquistador después.
Y así de Dios la poderosa mano
desgracias tantas sin cesar aumenta
en la tierra infelice y opulenta
del heroico cacique Guarionex.

La imaginación de Pérez transforma la opinión que sobre el cacique Guarionex ofrece Fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*. A juicio del dominico, el cacique era "pacífico y conciliador", mientras que en esta fantasía aparece como ejemplo de intrepidez y fogosidad, lo cual sin duda refuerza el carácter épico del texto.

TOELLA¹

Reclinada muellemente
en una frágil canoa
que empuja blanda corriente,
iba la hija inocente
del cacique Cayacoa.

De palmas verde dosel
templa del sol los rigores,
y su sien fragantes flores
ciñen, cual simbolo fiel
de sus primeros amores.

Grupos de lindas indianas
dulces areitos le entonan,
mientras se miran lejanas
ya las nieblas que coronan
las colinas quisqueyanas.

Cerca se ostenta, ceñida
de incomparable verdura,
isla a Toella querida
donde va a pasar su vida
entre placer y ventura.

1. NA.—Nombre indígena de la isla Catalina.

Pero casi ya al tocar
a su encantada ribera,
en los abismos del mar
se ven las olas chocar
en confusión ruda y fiera.

Y ante el empuje violento
los tripulantes en vano
luchan con heroico aliento:
todo, en tan fatal momento,
lo sumerge el océano.

Y en tantísimo abandono,
con la náufraga piragua
halla su tumba en el agua
una heredera del trono
del cacique de Iguayagua...

Cuando el cuerpo de Toella
llevó a la isla una ola,
se erigió a la indiana bella
una tumba que descuella
en aquel desierto sola.

Allí saluda el viajero
su vaga y doliente sombra;
por eso a esta isla primero
con acento lastimero
Toella el indígena nombra.

En esta fantasía Pérez recurre a la leyenda aborígen, que da cuenta del naufragio de una virgen indiana en la isla La Catalina, a la que los indígenas daban el nombre de Toella.

El cuarto verso de la última estrofa: *con acento lastimero*, falta en la edición de Carlos Federico Pérez.

LA TUMBA DEL CACIQUE

Sobre la tumba del guerrero llora
la vestal de los templos de Quisqueya,
y en su lágrima ardiente y tembladora
ya la luz del crepúsculo destella.

El trono de un cacique era su asiento;
ceñían su arco las triunfales flores,
cuando un conquistador, de oro sediento,
quiso hacer siervos los que halló señores.

Del Zemí ante el altar postrado un día,
al resplandor de luz fascinadora,
vio un genio del Turey que le decía:
—“¡Noble cacique! por tu patria llora...

“De otros climas vendrá con hierro y fuego
para diezmar tus tribus inocentes,
turbando con la guerra su sosiego,
falange inicua de implacables gentes”.

Y hoy la raza feliz y predilecta
de los ciguayos sin temor reposa,
en miserable condición abyecta,
sometida a una ley ignominiosa.

Padre Louquo: si el duelo empapa en llanto
la mejilla que el beso del sol quema,
sobre el sepulcro del guerrero en tanto
el indio grave misterioso emblema.

¡Emblema de exterminio y de venganza;
siniestro augurio del poder que un día
lance al fondo del mar, con fe y pujanza,
al que hoy celebra su sangrienta orgía!

Sacerdotisas de la grey esclava:
¡llorad sobre la tumba del guerrero
que ayer blandiera la potente clava
por redimirnos del poder ibero!

Monótono el tambor el eco lance
al son de vuestro areito quejumbroso;
y de las sombras en el reino alcance
para su alma el inmortal reposo.

Es, por el número de versos, la más corta de las fantasías. Constituye una elegía por los caciques que perecieron en combate con las huestes conquistadoras.

EL VOTO DE ANACAONA

I

Esbelta, como junco de la orilla
de Ozama rumoroso, y sonrosada
como esos caracoles que tapizan
el extenso arenal de nuestras playas;

por finas plumas de variados tintes
las sienes levemente acariciadas,
y de perlas y conchas carmesíes
moviendo el cuello entre radiantes sartas;

con primor exquisito elaborado
un flotante cendal de hilo de palma
ciñendo el talle, al recorrer los campos
de su tierra feliz y codiciada...

Tal es la digna esposa del valiente
e indómito cacique de Maguana;
¡paloma tropical que el ala tiende
y del águila el nido amante guarda!

Su mirada es de luz y amor; su areito
eco dulce del valle y la montaña,
preludio del laúd de ocultos genios
que el aire pueblan cuando asoma el alba.

Todo es perfume si su labio mueve,
y aliento de su voz le presta al aura;
todo es contento si, al pasar, le ofrece
sus sonrisas al indio en su cabaña.

Ella ignora que vive para reina;
y de Caonabo en la robusta espalda,
si al cinto —en conchas incrustado— cuelga
y ata, sonriendo, la flechera aljaba;

si el arco besa que al guerrero brinda
y él, con cariño, su cintura enlaza;
¡eso es cuanto su anhelo solicita,
eso tan sólo a su ambición le basta!

Cervatilla que rápida y alegre
por colinas de flores cruza ufana,
sin saber que las ondas de un torrente,
ya descarriado, por el monte saltan.

Así de la inocencia en el sendero
siempre venturas encontró su alma;
pero ¡infeliz! ignora que muy presto
del bronce al estridor la muerte avanza.

II

Tronco inflexible de robusta ceiba,
que oculta al cielo azul con su ramaje,
sostiene un trono de bambú que cercan
festones y guirnaldas de azahares.

Humo leve el dosel perfuma y forma
nubes que saca jugueteando el aire
de urna esculpida de luciente concha
del culto entre simbólicas imágenes.

Presto, al sonar el tamboril, la gruta
del sacrificio que a sus dioses lares
destina el indio, numerosa turba
del cacicazgo con fervor invade.

Y viene la gentil Anacaona,
sacerdotisa del Turey, ya madre
de la bella, sin par Higuamota,
a quien pendiente de su seno trae.

El aire se ensordece al timbre agudo
de voces infantiles y timbales
con que, en torno a su reina, rinden culto
del indio de Maguana las falanges.

Ella llega al altar; férvida entona
areito misterioso; a su hija hace
la urna besar, porque el fragante aroma
del alma ahuyente los futuros males.

Todos a Higuamota, indiana virgen,
frutos de rojo y de dorado esmalte,
en cestillos de juncos y de mimbres,
ofrecen, de su amor en tierno gaje.

La hija del cacique armipotente
y "señor de la casa de oro",¹ afable,
la ofrenda mira y aceptar parece
del pueblo de su reina el homenaje.

Y al punto, cual la verde enredadera
de lianas que a un palmar el viento atrae,
asidas de la mano, en diumba aérea,
vienen grupos de indígenas vestales.

1. NA.—El nombre de Caonabo significa "Señor de la casa de oro".

Cantan, y el beso maternal recibe
la bella Higuamota, mientras se hacen
votos al cielo, que en la frente imprime
de aquel ángel su luz dulce, inefable.

III

Llora la reina de Maguana en tanto
la ausencia de su amor, y en los clamores
del cantar, por la selva, —“¡Ven, Caonabo!”—
parece que una voz murmura entonces.

¿Do está el guerrero de la invicta raza
a cuyo soplo de huracán veloce,
como mangles flexibles, se arrastraran
de bravos adalides las legiones?

¡Oh! Por el valle, cual lejano trueno
de nubes mil en iracundo choque,
rápidos vienen los confusos ecos
a dar triste compás a esas canciones.

Y es que el guerrero en la batalla el arco
templa, retando a la feroz cohorte
del aleve invasor de clima extraño
que Guacanagarí, débil, socorre.

Ya del templo resuena en los umbrales
pavoroso el cercano son del bronce,
y a dejar solitarios sus altares
la inquieta multitud ya se dispone;

mas, cual presa de un súbito delirio
de patriótica fe y amor, entonces,
—la frente levantando de improviso,
donde brillan del genio los fulgores—

de Caonabo la fiel y digna esposa,
su hija arrancando de su seno, corre,
y del trono en el ara la abandona
como holocausto que al destino opone.

—“¡Indianos —dice— si al postrer suspiro
del padre de la luz, los opresores
de mi raza no caen... el sacrificio
acepten de mi hija nuestros dioses!...”.

Pasan instantes en mortal angustia...
Y ya —en vez de fatídicos clamores
del combate— los vítores anuncian
estrageo y ruina en los vecinos montes.

Luego... Caonabo, en el altar postrado,
ceñido el arco de triunfales flores,
de Anacaona en los amantes brazos
¡a su hija salva y su poder impone!...

Celebrada por Pedro Henríquez Ureña y Joaquín Balaguer, entre otros críticos, esta fantasía, escrita en versos endecasílabos asonantados, muestra las excelencias de la poesía de José Joaquín Pérez, quien logra un ritmo sostenido y el diestro empleo de la doble asonancia a base de vocablos graves en cada estrofa, siendo el primero, así mismo, en haber usado este recurso poético en nuestro país.

LA CIBA DE ALTABEIRA¹
(La piedra de la Virgen)

Diáfano, azul, va corriendo
entre blancos pedregales,
y llevando en sus raudales
silvestres flores al mar,
el Nigua —que los dominios
de un cacique altivo baña,
terror de la cruel España,
noble y valiente sin par.

Cuando el indiano tranquilo
reposaba en su canei,²
tejiendo del sarovei
el blanquísimo vellón;
y acudía de otros climas
con saqueo, incendio y guerra,
a profanar esta tierra
advenediza legión;

1. NA.—Los indios, después de la conquista, llamaban Altabeira a la madre de Dios.

2. NA.—Choza o caserío indio

a la margen de ese río
una bellísima indiana,
de la tribu de Maguana
la más admirable hurí,
habitaba placentera,
sin cuidados ni temores,
como entre aromas y flores
el errante colibrí.

Eran lánguidos sus ojos
cual de gacela del valle;
ágil y esbelto su talle
como palma de yarei;
pero nunca aquella virgen
tuvo su ilusión primera
doblando su alma altanera
del amor ante la ley.

Sólo a la luz del santuario
del bosque, al Zemí, en sus lares,
los areitos populares
cantaba con efusión
y a las ofrendas del culto
consagrando sus desvelos,
sentía la luz de los cielos
inundar su corazón.

Ella tenía como el vago
presentimiento del día
en que su raza sería
sumida en esclavitud,
y, cual víctima propicia
de su piedad, la primera
en holocausto quisiera
inmolar su juventud.

Una mañana preciosa
en que, al pie de una colina,
llenó de agua cristalina

el rústico canarí,³
cuando mecía un tamarindo
sus leves hojas al viento,
un dulce y extraño acento
oyó resonar allí.

A huir tímida se apresta
pero algo turba su planta;
y cuando absorta levanta
los ojos, delante ve,
sobre una piedra del río,
resplandeciente y hermosa
una visión portentosa
que le inspira ardiente fe.

II

—“Oye, indiana —le dice— desde el cielo
tu vida contemplé: ¡pura es tu alma!
En tu ferviente religioso anhelo
del bien supremo alcanzarás la palma.

“Yo sé que es tu pasión y tu delirio
víctima ser por redimir tu raza;
nada hay grande en el mundo sin martirio:
¡tu dulce nombre al porvenir enlaza!

“Yo soy la Virgen que llevó en su seno
al Dios de los cristianos: ¡cree y espera!
Y el perdón de ese Dios piadoso y bueno
obtendrás de tu vida en la carrera”.

III

La visión desaparece
y con inefable luz

3. NA.—Vasija de barro.

los ámbitos se iluminan
del inmenso espacio azul.

Queda la indiana en un éxtasis
de hinojos en oración,
ornada la altiva frente
de misterioso esplendor;

y oye cantos rumorosos
de indefinible placer;
y ve espíritus que cruzan
las regiones de un Edén.

Desde entonces por aquellos
campos la llaman: —“de Haití
la Virgen predestinada
a su raza redimir”.

IV

Peregrinando por esos montes
tribus indianas sin rumbo van;
las lleva el soplo del hado adverso,
porque han perdido su libertad.

Del arijuna legión potente
para imponerles su religión,
cautivo el rayo trae en el seno
del bronce airado y atronador.

Pero un día llega, y en el santuario
del Zemí agrupa toda su grey,
Caonabo, el indio más indomable,
que en ella ejerce vasto poder.

Allí al sagrado buitío consulta
y, al eco ronco del atambor,
oye el oráculo que le presagia
cercano el día de redención:

si casta virgen que en su almo espíritu
de Louquo encierre la pura luz
al Zemí ofrece, con la existencia,
el sacrificio de su virtud...

V

Ceñida de esplendores
la frente, avanza trémula,
y como poseída
de inspiración profética,
oyendo aquel augurio
del misterioso oráculo,
la encantadora virgen
del Nigua y con voz dulce,
sonriendo, en vago éxtasis,
entona fervorosa
este solemne cántico:

—“Yo soy la destinada
para ofrecerme víctima
propicia y redentora
del oprimido indígena.
Yo soy la digna sierva
del poderoso espíritu
que del Turey desciende;
la que escuchó el profético
mandato de Altabeira
sobre la ciba rústica;
y quiere que allí mismo
al trono de los mártires
ascienda yo —en las alas
del fuego— hasta el empíreo,
para romper los lazos
del cautiverio indígena”.

VI

En una piedra que las ondas bañan
del Nigua con estrépito sonoro,

cuando la aurora con sus rayos de oro
 los montes inundaba de esplendor,
 el buitio —noble anciano predilecto
 de aquella tribu indígena— encendía
 la hoguera ardiente do inmolar debía
 la víctima ofrecida al patrio amor.

Bellas guirnaldas de fragantes flores
 la frente inmaculada le coronan
 y cantares melódicos entonan
 mil vírgenes en torno a la deidad,
 quien, sonreída y con placer avanza
 del sacrificio a la sagrada pira,
 donde aquel ángel redentor admira
 con su hermosa y serena majestad.

Cuentan que allí también la turba atónita
 vio bajar la visión resplandeciente
 y cubrir a la víctima inocente,
 que exclamó así con fervoroso ardor:
 —“¡Altabeira, recíbeme en tus brazos
 redimiendo mi tribu pecadora
 y del Turey la gracia bienhechora
 inspírale al tenaz conquistador!”.

VII

Desde entonces aquella blanca piedra,
 que el fuego casi calcinó, en su historia
 de un noble sacrificio la memoria
 debe siempre en los siglos perpetuar;
 y puede aún el viajero que atraviese
 del Nigua los desiertos pedregales,
 besada por sus rápidos raudales,
 la Ciba de Altabeira contemplar.

Fantasia de honda huella romántica, como es notorio en el aura enigmática que rodea el acontecer en el cacicazgo de Maguana, y la presencia de fuerzas sobrenaturales en las acciones de los hombres.

GUACANAGARÍ EN LAS RUINAS DE MARIÉN

... "Guacanagarí, agobiado por el peso del remordimiento, lloraba inconsolable su falta de previsión sobre las ruinas de su ciudad querida, y buscaba en la espesura de los bosques un asilo contra el odio de los extranjeros y el desprecio de sus conciudadanos".

J. G. García

Memorias para la Historia de Quisqueya.

¡Cómo yace entre escombros solitaria
mi opulenta ciudad, en donde un día
de la invicta Marién la tributaria
grey a mis plantas con amor veía!

Allí mi alcázar cubre la ceniza
y sangre de mi raza generosa,
que se vertiera en furibunda liza,
mancha el santuario do el Zemí reposa.

Cómplice incauto del poder protervo
que en el nombre de Dios amor mentía,
llorando vivo como oscuro siervo
cuando dueño de todo me creía...

Las diumbas en las rústicas cabañas
por las zambras troqué del extranjero,
y el arco triunfador por las extrañas
y alevés armas de cortante acero...

En vez de los areítos melódiosos
de mis bellas, purísimas vestales,
escuchaba los cantos vergonzosos
de nocturnas y torpes bacanales...

Vi inmolar uno a uno —a la execrable
ambición de esa turba— mis hermanos,
y la horca, de vidas insaciable,
yo levantaba con mis propias manos...

La tumba con horror hoy me rechaza;
todo lo mancho con mi impuro aliento;
mi nombre es la ignominia de mi raza;
mi existencia es un cruel remordimiento...

¿Adónde iré a ocultarme? Por doquiera
me sigue mi traición. "¡Traidor!" me grita
la voz de esos escombros lastimera;
"¡traidor!" el viento que la selva agita...

Cada sombra anatema vil me lanza;
cada luz me parece un vasto incendio;
cada ruido, un combate; una asechanza
veo doquier para infame vilipendio...

¿De qué ya sirve mi vivir precario?
¿Y qué alcancé de mi ambición tan necia?
Me aborrece el inicuo victimario...
La víctima infelice me desprecia...

¡Adiós, bella ciudad de mis amores,
escombros que sepultan mi grandeza,
donde al lado de mis progenitores
no voy a reclinar ya mi cabeza!

Ellos también levantarán su frente
del polvo del sepulcro destrozado,
pidiendo maldición con voz doliente
para quien su memoria ha profanado...

¡Piedad, sombras, piedad! Yo fui el verdugo
de esa raza infeliz que os veneraba
y hoy, ante el peso del terrible yugo
de mi conciencia, mi existir acaba...

Yo voy al fondo de la selva umbrosa,
solitaria mansión de los que gimen,
a cavar con mis lágrimas mi fosa
en expiación de mi tremendo crimen...

Otra de las fantasías que han despertado el interés de la crítica, tanto por la fuerza dramática como por la sólida estructuración de los versos en cuartetas que reflejan claramente la preferencia de José Joaquín Pérez por la evocación de la naturaleza.

VAGANIONA¹

I

El indio de la montaña
oye a veces en el viento
profundísimo lamento
que cruza la soledad;
y en el rústico canei,
que cubre nocturna sombra,
algo fatídico nombra,
cual nuncio de adversidad.

Es que canta en la espesura
la doliente Vaganiona,
cuando la tumba abandona
do la encerrara su amor.
Es su alma cándida y pura,
que en un ave convertida
de la historia de su vida
cuenta el intenso dolor.

1. NA.—Ave que canta en la noche, y cuyo trino doloroso parece que es un lamento de su desgracia.— W. Irving.

II

Vaganiona era una virgen
de los valles de Maguana,
flor de una sola mañana,
la más bella del pensil.
Inocente como el ángel
soñador de la esperanza,
que va con dulce confianza
del mundo en las redes mil.

Cuando salía con el alba
a trepar por las colinas,
y de flores campesinas
ornaba la casta sien,
¡le formaban coro alegre
los matinales rumores,
y los pájaros cantores
de su predilecto Edén!

Pero nada es comparable
a la voz de Vaganiona,
si su dulce areito entona
en la agreste soledad.
Es su canto un ritmo aéreo
de vaga melancolía,
es celestial melodía
de infinita vaguedad.

Vaganiona era la hija
de un nitaino tributario,
que el opulento santuario
de su Zemí protector,
tenía en perfumada gruta
circuida de altos palmares,
do la brisa de los mares
producía grato rumor.

Un día en que el magüei² sonoro
la tribu al templo llamaba
do el nitaino celebraba
de Vaganiona el natal,
y las vírgenes de Ocoa³
dulces ofrendas de amores
en cestas de lindas flores
le venían a consagrar,

el buitío, que de la suerte
penetra en la sombra oscura,
a Vaganiona le augura
el incierto porvenir.
—“Serás —le dice— la hermana
del avecilla canora
que ha de cantar en la hora
en que va el sol a morir”.

Todos callan y confusa
la muchedumbre se inclina;
nadie el sentido adivina
de la oscura predicción.
Y a una señal del nitaino,
la vertiginosa diumba,
del tamboril que retumba
indica el creciente son...

III

Un día llega en que la virgen
de las márgenes de Ocoa
no recorre las colinas
de la selva rumorosa,
ni con guirnaldas de flores
la cándida frente adorna,

2. NA.—Instrumento en forma de pandero hecho con la concha de un pez.

3. NA.—Río del sur.

ni da al aura sus cantares,
cuando el alba tornasola
las nieblas de la mañana,
mensajeras de la aurora.

En su cabaña la tarde
la sorprende silenciosa,
palidecen sus mejillas,
cubren su frente las sombras,
y su sueño es intranquilo
porque cada leve hoja
que sacude el soplo errante
de la noche, la acongoja,
fingiéndole una plegaria
de tristísima memoria.
¡Ay, es que un amor perdido
la inocente Vaganiona
en el fondo de su alma
recuerda infeliz, y llora!

Hubo un tiempo en que cruzaba
por valles, riscos y lomas,
oyendo del dulce Guaima
las palabras seductoras,
pero llega infausto día
en que la planta invasora
del arijuana profana
las flores de nuestra zona,
y el indio —que en los combates
ve las huestes numerosas—
por defender sus derechos
los hogares abandona.

De Guaima aguza las flechas
la sensible Vaganiona,
de flores orna su arco,
y estampando cariñosa
un beso en su frente altiva,
bélicos himnos le entona,

señalándole la senda
“¡de la muerte o la victoria!”.

Pero Guaima tiene un alma
intrépida y valerosa,
que templó la fragua ardiente
del sol de la índica zona,
y ciego se lanza al campo
del bronce a la airada boca,
y —sin temor al peligro—
la contraria hueste acosa.
Empero, al último empuje,
cuando vuela a la victoria,
el plomo aleve y certero
el corazón le destroza,
y cae el audaz guerrero
de su tribu prez y honra,
¡y entre sus labios expira
el nombre de Vaganiona!

IV

Desolado está el hogar
donde, triste y solitaria,
al son del eco del mar
Vaganiona iba a lanzar
melancólica plegaria.

Era una tarde: sombría
la niebla en el horizonte
al sol la frente escondía;
y la tórtola gemía
en la soledad del monte.

De dos encinas frondosas
cuelga una hamaca, tejida
de varias plumas vistosas,
por las auras rumorosas
de la selva remecida.

Sola allí una virgen lanza
apenas un leve aliento,
mientras a escuchar alcanza
como un eco en lontananza
de agudísimo tormento.

Es la infeliz Vaganiona
que la fragancia respira
de las flores de su zona
y a quien allí se abandona
porque su alma al cielo aspira.⁴

Cayendo la sombra va
de lo alto de la montaña,
y envuelve la noche ya
al indio que triste está
al umbral de su cabaña.

Legión de lindas vestales
predilectas del Turey,
con flautas y con timbales
los areitos funerales
cantan de la indiana grey.

Y al fondo del bosque umbroso,
que antorchas mil iluminan,
para buscar se encaminan
el cadáver, que al reposo
de los sepulcros destinan.

Pero ¡ay, en vano! La nada,
el impalpable vacío,
en vez de su sombra amada
sólo le muestra el buitío
a la turba consternada.

4. NA.—Práctica que —según la tradición— tenían los aborígenes de abandonar a los agonizantes en el bosque para que sus almas se extasiaran en el ramaje de los árboles antes de emprender su viaje a las regiones del cielo.

Y en el espeso ramaje
de la encina corpulenta
algo triste el eco alienta:
es el fúnebre homenaje
de un ave que se lamenta.

Cumplida todos creyeron
la sagrada profecía
que del oráculo oyeron
de Vaganiona en el día,
y que nunca comprendieron.

.....

Desde entonces se le nombra
Vaganiona al ave errante
que —cuando el sol vacilante
envuelve nocturna sombra—
lanza su trino expirante.

Y si insomne el indio vela
en su choza solitaria,
ese cantó su alma hiela,
porque algo triste revela
Vaganiona en su plegaria.

En esta fantasía es notoria la aptitud de José Joaquín Pérez para el romance, como lo señalara en una ocasión Hostos, al referirse al apartado III. Vaganiona, "ave nocturna" ha sido elaborada a partir de una referencia hecha por el escritor estadounidense Washington Irving (1783-1859).

EL ÚLTIMO CACIQUE

"Cotubanamá, llevado a Santo Domingo, murió ahorcado, y con él concluyó la última resistencia de los indígenas".

Dr. A. Llenas.

Apuntes Históricos de Santo Domingo.

I

Nebuloso el crepúsculo vertía
del ocaso —en su trémulo oscilar—
tibios reflejos de la luz del día,
como postrera y lánguida agonía,
sobre las ondas del cerúleo mar;

cuando rústica, indígena piragua,
donde reina perenne confusión,
va dividiendo con empuje el agua,
dejando atrás las costas de Iguayagua,
cual rápida, fugaz exhalación.

Tienen algo siniestro las miradas
de los que en ella amontonados van,
y —al horizonte sin cesar clavadas—

de una isla las costas vislumbradas
devoran con creciente y vivo afán.

¿Quiénes son los que así, desheredados,
de su tierra natal, su patrio edén,
lanzándose a la mar desesperados
se ven a los peligros condenados
en pos quizás del inseguro bien?

II

Bajo las palmas enhiestas
del bosque, al vago rumor
de ese concierto sublime
con que saludan a Dios
la agreste naturaleza
y el humilde corazón,
en indolencia apacible,
sin cuidado ni temor,
la hamaca de leves plumas
en su rústica mansión
colgaba el indio inocente
de Iguayagua habitador.

Era esa tribu temida
de Quisqueya en la extensión,
por su indómito coraje
si tendía el arco veloz
cuando al combate llamaba
del lambí¹ guerrero el son.
La tumba de Cayacoa,
del opulento señor
que en lides mil el primero
fundó su dominación,
siendo del feroz caribe

1. NA.—Caracol grande que produce un sonido monótono y prolongado.

el constante triunfador,
cantos de gloria perennes
recibía en ovación,
como una eterna memoria
de su inquebrantable ardor.

Cotubanama, el guerrero
de gran prez, al que "el feroz"
apellidaba el intruso
e inicuo conquistador,
el trono de los caciques
ocupaba en la región
vasta y rica de Iguayagua,
paraíso seductor,
sagrado y último asilo
que codicia el español.

Ya doquiera las legiones
de Guamiquina², en veloz
y exterminadora marcha,
su fatal dominación
imponen al pobre indígena,
que a la virgen de su amor
ve en brazos de aleve monstruo,
mientras el látigo atroz
cruza su espalda, y la tierra
se inunda con su sudor.

La fortaleza de Higüey
formidable posición
había caído al empuje
del indígena valor;
y sus ruinas incendiadas,
su vasta desolación,
eran silenciosa tumba
del castellano opresor.

2. NA.—Jefe superior, nombre que los indígenas daban a Colón.

III

El vértigo tenaz de la venganza
cegaba al español; sangre quería
para saciar su sed; raudales de oro
para hartar su famélica codicia.

Y así jamás tan formidable hueste
se vio en el campo del combate unida
como aquella que al último cacique
a arrebatarle sus regiones iba.

Allí Esquivel, el poderoso esbirro
del implacable Ovando, conducía
las hordas, de Maguá conquistadoras,
y de Marién la tribu envilecida.

Coronas mil de fuego en un instante
las cumbres de los montes iluminan
señal de alarma que —cual rayo— cunde
en toda la extensión que el indio habita.

Cotubanama, al resplandor siniestro
de esas llamas, sus campos recorría;
y el *Igi aya bongbé* con estentórea
voz por doquiera resonando iba.

Allá en el corazón de ocultas selvas,
en cavernas profundas y escondidas,
el sexo débil y la infancia hallaron
albergue contra la tremenda ruina.

¡Qué de sangre sorbió la ávida tierra!
¡Cuántos huesos poblaron las campiñas!
¡Qué furor de matanza dominaba
a aquella hienas, del Turey malditas!

Sólo quedaba ya, como recuerdo
de aquella raza poderosa, invicta,

el héroe de Iguayagua que en los campos
de Boyá, casi solo, resistía.

Pero la gloria no encontraba lauros
para ornar esa frente noble, altiva,
allí donde erigiera un día el destino
"la tumba de los últimos indígenas".³

El héroe en vano presentó desnudo
el pecho a las ballestas enemigas
y, antes que sucumbir cual siervo, emprende
su retirada a inaccesibles cimas.

Aliento aún sobra al adalid, e intenta,
rodeado de su corte y su familia,
sustraerse al furor de los que triunfan,
e ir a poblar una desierta isla.

Cruza animoso los sangrientos campos
de su amor y poder llenos un día,
y que riegan sus lágrimas ahora
en cruelísima eterna despedida.

Y al llegar a la playa, cuando toca
ya su pie la piragua bendecida,
matando a dos perseguidores, salva
su existencia, su honra y su familia.

Y esa es la embarcación que rauda cruza,
cuando la luz crepuscular vacila,
hacia la costa —adonde presto llega—
que a la desgracia salvación le brinda.

IV

En esas verdes montañas
que al nítido azul del cielo

3. NA.—Javier Angulo Guridi.— Geografía de la Isla.

ofrecen diáfano velo
de alba niebla matinal,
hay una gruta que encierra
la postrer página escrita,
donde el recuerdo palpita
de una infamia sin igual.

Allí el último cacique
halló un refugio a la saña
con que hundió el poder de España
de su raza el porvenir;
allí a ocultar fue los restos
de su perdida corona;
y allí a la fe se abandona
de poder libre morir.

En esa gruta resuenan
los areitos populares
con que, en rústicos altares,
su Zemí tutelar,
la esposa fiel del cacique
votos de amor y ternura
en medio a su desventura
quiere siempre consagrar.

A veces Cotubanama
por los altos riscos iba
tras la torcaz fugitiva
o el tímido zorombí;⁴
mientras que sus tiernas hijas
sembraban huertos de flores
y en domésticas labores
pasaban la vida allí.

En la tarde se encendían,
cuando la sombra bajaba,

4. NA.—Pato de varios colores.

5. NA

6. NA

lucientes hachos de cuaba⁵
y lámparas de copey;⁶
y había en la gruta, alumbrada
con fantástica apariencia,
ágil diumba, a la cadencia
del sonoro magüey.

Era una vida felice
para quien ya, solitario,
ve que el destino contrario
lo lanza a la perdición.
Y aquella desierta isla
que nadie profanaría,
seguro asilo sería
en tan ruda proscrición.

V

Dos veces ya Nonún en su carrera
del Turey la región cruzado había,
y en cenizas y escombros por doquiera
su lumbre melancólica vertía.

Era todo gemidos en el viento
que agitaban los rústicos palmares,
cual eco fugitivo del lamento
de los dioses del indio tutelares.

Aún la saña española perseguía
por selvas intrincadas los vestigios
de la raza que mártir sucumbía,
haciendo de maldad raros prodigios.

5. NA.—Madera resinosa con que se alumbraban los indígenas.

6. NA.—Idem. Iden .

Nada al odio cedió; y en sus afanes
 por destruir, los precedía doquiera
 la rabiosa legión de hambrientos canes,
 émulos dignos de la raza ibera.

¿Dónde estaba el cacique cuya vida
 del vencedor oscurecía la gloria?
 ¿Y cómo no dejar siempre extinguida
 su sangrienta fatídica memoria?

.....

¡Pavorosos designios de la suerte!
 ¡Sarcasmo horrible de la fe que, ciega,
 al hombre nunca en su camino advierte
 que a inevitable perdición se entrega!

Esquivel a la playa acude un día,
 porque anclada está allí una carabela
 que recursos cuantiosos le traía
 enviados de la fiel Nueva Isabela.⁷

Dos esqueletos insepultos mira;
 junto a ellos, las armas reconoce;
 funesta presunción eso le inspira
 y saborea de la venganza el goce.

Cruza el mar y en la noche, cauteloso,
 la isla cercana con su gente aborda;
 va a su frente Juan López, animoso
 y digno jefe de la hambrienta horda.

Sorprenden a dos indios vigilantes;
 a uno aquel tigre sin piedad degüella;
 y en pos del otro siguen anhelantes,
 pues la gruta les marca con su huella.

7. NA.—Ciudad construida en la orilla izquierda del río Ozama.

Casi al tocar el codiciado albergue,
do la familia del cacique mora,
hallan un indio que la frente yergue
con expresión siniestra, aterradora.

—“¿Quién eres?” —le pregunta López. —“Soy
Esquivel”⁸ —le responde. —“¡Él es!” — murmura
la turba— “¡Rinde el arco!”— “A hacerlo voy”;
y la flecha asestar presto procura.

Juan López, hombre ágil, corpulento,
con el fiero cacique lucha en vano;
hiere a éste un soldado, y sin aliento
cae al punto a los pies del castellano.

Matarle intentan; Esquivel se opone;
para deleite del infame Ovando
prisionero a llevarle se dispone,
aqueste triunfo a su señor brindando.

Mas ávida de sangre, acometida
de salvaje furor, ebria se avanza
la ruda soldadesca, do reunida
la pobre prole del cacique danza.

¡Para nadie hay piedad! La virgen bella
el fresco labio de purpúrea rosa
siente manchado por la impura huella
del sucio beso de la turba odiosa.

Y así violada, su cadáver rueda
bajo los pies, en el sangriento lodo
do está la madre, que expirando queda,
porque esa hueste lo profana todo.

8. NA.—Según Emil Nau, —en su *Histoire des caciques d’Haïti*— era para los indígenas una señal de amistad y respeto darse ellos mismos el nombre de las personas a quienes tributaban esos sentimientos.

¡Para nadie hay piedad! Allí doquiera
la muerte erige pavoroso imperio,
en tanto que concluye en la horca fiera
del último cacique el cautiverio.

VI

Adamanai⁹, la isla desierta y solitaria,
conserva aún de ese drama sangriento la señal:
la Gruta del Cacique, do eleva una plegaria,
doliente y misteriosa, la brisa nocturnal.

Aquellas tristes playas, de aspecto peligroso,
visita sólo el náufrago o el pobre pescador,
y si en la gruta alberga, escuchará medroso
de sombras y fantasmas el lúgubre clamor.

Allí insepultos cráneos —que si su mano toca
son ya leve ceniza— podrá en la sombra ver;
y es fácil que su mente le finja, en danza loca,
mirarlos el espacio, fugaces, recorrer.

Aún junto a las grietas —donde silvestres flores
al seno de la gruta su suave aroma dan—
se ven manchas de sangre que nunca, destructores,
los años y los siglos que pasan borrarán.

Que allí en esa gruta, la ignominiosa afrenta
del bárbaro e inicuo, falaz conquistador,
a guerra y cruel venganza hoy otra raza alienta
que es libre y no soporta ya el yugo de un señor.

9. NA.—Nombre indígena de la isla Saona.

Constituye una de las fantasías más apegadas a la realidad histórica, siguiendo el drama del cacique Cotubanamá, narrado por Las Casas en su *Historia de las Indias*.

AREÍTO DE LAS VÍRGENES DE MARIÉN

Coro

*Bellas hijas de Elim¹ y del Turey,
el areito de amor al viento dad,
y al son del tamboril y del magüey
aéreas en torno del Zemí danzad.*

I

El momento feliz en que la vida
Louquo potente e invisible creó
la raza de Quisqueya, ennoblecida,
del caos confuso, ante la luz surgió.

Cacibajagua, la caverna ardiente
que guarda en su región Maniatibel²
fue la cuna inmortal de Elim luciente,
padre fecundo de la indiana grey.

1. NA.—El Sol.

2. NA.—Creían que el Sol había salido de una caverna que estaba en los dominios del cacique Maniatibel.

En ella el germen de la tierra indiana
 inmóvil, mudo, mírase flotar,
 y un beso de la luz de la mañana
 hizo un ser amoroso palpitar.

Convertido fue en árbol, donde el viento
 llegó en torno sus alas a batir,
 y las hojas nacieron de su aliento
 y los campos se vieron sonreír.

Del Turey derramó vaso de aromas
 sobre el árbol de vida el Gran Zemí,
 y montañas, erial, valles y lomas,
 todo se adorna en la naciente Haití.

Coro

*Bellas hijas de Elim y del Turey,
 el areito de amor al viento dad,
 y al son del tamboril y del magüey
 aéreas en torno del Zemí danzad.*

II

Nació de ese árbol, en tan bella hora,
 fecunda, esbelta, misteriosa flor,
 castísima gemela de la aurora,
 hija inocente del primer amor.

Y, a la sombra del árbol, dulce arrullo
 alzaron las palomas de Marién
 cuando el naciente, virginal capullo,
 abrió la flor para esparcir el bien.

Pobláronse las vastas soledades
 de seres mil en infinito amor,
 que el inmenso confín de las edades
 llenan de gloria, de virtud y honor.

El santuario del bosque, las cabañas,
que sombrean las palmeras y el bambú,
las pampas que circundan las montañas,
las vegas que regando va el Camú,

del culto de Marién ya propagado
repiten el sonoro yaraví,³
mientras el perfume del aloe sagrado
lanza al aire el luciente canarí.

Coro

*Bellas hijas de Elim y del Turey
el areito de amor al viento dad,
y al son del tamboril y del magüey
aéreas en torno del Zemí danzad.*

III

Con flores de la ígnea índica zona,
con raras conchas del caribe mar,
llevad tejida la inmortal corona
que vais a los Zemís a consagrar.

Bulliciosas, ceñidas con la pompa
del misterioso rústico jardín,
el aire vago vuestro areito rompa
y llegue al trono en que se asienta Elim.

Deslizaos, como en medio de las hojas
la tierna madre, la primera flor,
cuando sintáis vuestras mejillas rojas
al beso ardiente del primer amor.

3. NA.—Cantar.

Dejad henchirse vuestro seno altivo
 cual la fruta sagrada del mamey
 cuando el dardo os arroje fugitivo
 el dios fecundo de la indiana grey.

El Gran Zemí es el padre de la vida;
 de él nos viene la luz del corazón,
 el aire puro que al placer convida,
 el principio inmortal de la creación.

¡Feliz momento en que al amor se dieron
 todos los hijos del Supremo Ser!
 ¡Felices los que —amando— se rindieron
 unidos a su omnímmodo poder!

Coro

*Bellas hijas de Elim y del Turey,
 el areito de amor al viento dad,
 y al són del tamboril y del magüey
 aéreas en torno del Zemí danzad.*

El "Areíto" constituye, junto a "El adiós de Anacaona", una de las fantasías de más lograda factura, razón por la que Pedro Henríquez Ureña incluyó el primero en *Cien de las mejores poesías de la lengua castellana*, antología preparada por el maestro, y publicada en Buenos Aires en 1937. Henríquez Ureña modificó el segundo verso de la cuarta estrofa ("inmóvil, mudo, se veía flotar", por "inmóvil, mudo, mírase flotar"). Tal como lo hiciera Carlos Federico Pérez en la edición de su antología, hemos acogido dicho cambio en la presente.

EL ADIÓS DE ANACAONA

La reina que Jaragua adoró un día,
la hija del Numen de la indiana grey,
la tierna esposa, que a su sien ceñía,
triple corona de envidiable bien;

cautiva en sus dominios, que a los viles
falaces hijos del Turey cedió,
al profanar sus campos y pensiles
de Ovando la sacrílega legión;¹

viendo su cuello —de nobleza erguido—
al peso de oprobiosa adversidad
con la argolla infamante, a un poste uncido,
cual una miserable criminal;

cuando ya la esperanza no venía
a verter en su triste corazón
el consuelo que siempre prometía
el genio que su vida protegió;

1. NA.—Ovando cargó de cadenas a Anacaona después que ésta le brindó la más franca y noble hospitalidad.— Fernando A. de Meriño (Elementos de Geografía de la República Dominicana).

su areito de dolor profundo eleva,
a todo dando, en angustioso afán,
este adiós que al confín el eco lleva
gimiendo por la extensa soledad:

I

—“La saña vil del triunfador lo quiere
y dócil voy de mi destino en pos;
para mi tribu la esperanza muere;
trono opulento de Jaragua ¡adiós!”.

II

“Nunca tal vez a reposar yo vuelva
bajo este cielo que contemplas tú,
mansión de arrullos de mi agreste selva
dormida al beso de mi lago azul”.

III

“Adiós, sombras dolientes, adoradas,
de mis mayores que llorando estais,
porque vuestras cenizas veneradas
insultó la más torpe iniquidad”.

IV

“Adiós, ¡oh padre de mi zona ardiente
radioso Elim, generador del bien!
Ya no alumbran tus rayos en mi frente
la corona del genio y del poder”.

V

“¡Melancólica reina del misterio,
apacible Nonún, oye mi adiós,
y en mis noches de largo cautiverio
mis lágrimas reflejen tu fulgor!”.

VI

“Verdes colinas del extenso valle
que el Maguana gentil regando va,
dejad que gemidor mi areito ensaye
donde mi adiós escuchareis vagar”.

VII

“Adiós, montañas de mi hogar paterno
donde a Caonabo mi destino uní,
donde su beso apasionado y tierno
hizo de amor mi corazón latir”.

VIII

“Adiós, ondas fugaces, transparentes,
del Yaque, circundado de bambú,
donde aún ruedan los dulces e inocentes
suspiros de mi ardiente juventud”.

IX

“Adiós, Mijo de flores coronado,
adiós, Jura, de límpido raudal,
dulce Ocoa fugitivo y arrullado
por las brisas del índico Palmar”.

X

“Adiós, ¡oh juncos del sonoro Nigua!
del aurífero Jaina atronador;
frondosa copa de la Ceiba antigua
que de Ozema la cuna cobijó”.

XI

“Adiós, troncos de abeyes y altas jaguas
que a sus plantas vio el indio sucumbir
y tornarse en las rápidas piraguas
do cruzaba yo el terso Caguani”.

XII

“Adiós, palmeras de esmeralda y oro,
enhiesto y melancólico pinar,
donde posa cantando el tocororo,
donde anida y arrulla la torcaz”.

XIII

“Adiós, yagrumo de silvestres galas,
deslumbrante catei, yaya gentil,
donde las leves transparentes alas
posan siempre el sunsún y el tomeguín”.

XIV

“Adiós, ¡oh tú, gallardo cocotero!
de altísimo penacho cimbrador,
donde activo trabaja el carpintero¹
para dar a su prole protección”.

XV

“Adiós, baitoa flexible, alto jagüey,
cabilma y majestuoso guayacán,

1. NA.—No se sabe el nombre indígena de este pájaro

que se va, para el rústico caney,
con el hacha de piedra a derribar”.

XVI

“Adiós, vellones de color de nieve
que al aire mece el sarovei gentil,
con que la cuna perfumada y leve
de mi hija tierna, angelical, tejí”.

XVII

“Adiós, ¡oh todo cuanto vida tiene,
cuanto la vida y el placer me dio!...
Y si morir para gozar conviene,
¡gozad si os digo mi postrer adiós!”.

XVIII

“¡Hija del corazón, mártir sublime,
heredera infeliz de un pobre hogar,
huérfana y sola para siempre gime;
tu destino también será fatal!”.

XIX

“¡Adiós! No hav en tu frente una corona;
y en ella, al’ darte este postrer adiós,
¡ay, no puede imprimir, si te abandona,
su último beso el maternal amor!”.

Deslumbrante por el despliegue de conocimientos sobre la naturaleza tropical, esta fantasía constituye un doble canto: a la raza aborigen desaparecida y al entrañable paisaje insular, tópicos que el poeta llevó a su más decantada expresión romántica.

VANAHI,
LA HIJA DEL YAREYAL¹

DEDICATORIA

*A mi distinguido amigo
Francisco Gregorio Billini*

*¡Dulce bardo del valle de las flores,
sinsonte del pensil primaveral,
la felice mansión de tus amores,
la síntesis de todos los primores,
deja que ensaye en mi laúd cantar!*

*Allí —do en horas de placer, contigo,
también vi un día mi juventud correr;
donde tu hogar su cariñoso abrigo
diera al cantor y al invariable amigo
como una ofrenda de esperanza y bien—;*

1. NA.—Tanto esta leyenda como “El areíto de las Vírgenes de Marién” y “El adiós de Anacaona”, pertenecen a la segunda colección de las *Fantasías Indígenas* que se publicará después de ésta; pero el autor ha querido colocarlas aquí para dar más extensión a la obra.

*allí —do juntos por los prados fuimos
en las mañanas del risueño abril;
do las palomas arrullar oímos;
donde las flores entreabrirse vimos
al beso del fugaz barrancolí—;*

*allí —donde en tropel y bulliciosas,
de las colinas jugueteando al pie,
como enjambres de aéreas mariposas,
las hijas de Peraviá cariñosas
iban coronas para ti a tejer—;*

*allí —donde en el Cerro, de alta cumbre,
o en el Güera, de blanco pedregal,
del cielo azul a la esplendente lumbre,
libres siempre de ingrata pesadumbre
alzamos el unísono cantar—;*

*allí es donde, en su rumbo, hoy le señalas
al vago numen de la indiana grey
rústicas pompas y silvestres galas
para que —ornando las humildes alas—
venga a cubrir mi enardecida sien;*

*y le dices que cuente aquella historia
que repiten los ecos del confín,
cuando evocan perennes la memoria
del nombre que otra edad, llena de gloria,
dio al valle de la hermosa Vanahí.*

*Y yo, que amo esa tierra inolvidada,
yo, que en constante y fervoroso afán,
de la indígena raza infortunada
quisiera la memoria, vindicada,
en los siglos futuros perpetuar;*

*deseo que el canto en mi laúd se ensaye,
y que las brisas de mi patrio Edén
repitan por el monte, el río, el valle,*

*por doquiera que un alma noble se halle,
el nombre de tu plácido vergel.*

*Y a fin que él vaya unido a tu memoria
como a mi alma el recuerdo de tu hogar,
para ti, que hoy me inspiras, sea la gloria,
aceptando esta ofrenda transitoria
que a tu genio tributa mi amistad.*

I

Ya el tamarindo sus menudas hojas
sacude, al soplo del sutil terreal,
sobre la choza de yarey do el hijo
del raudo Güera² dormitando está.

Y allí, en la cumbre solitaria, enhiesta,
que envuelve un manto de esmeralda y tul.
donde altanero el Cucurucho mira
valle que inunda vagorosa luz;

cuando ya, triste y nebuloso, al seno
de las montañas descendiendo va
el sol, que dobla la cansada frente
y vacila temblando al dormir;

errante sombra el viajador contempla
y algo se siente en la extensión surgir
que es cual remedo de un concierto vago
de los ecos lejanos del confín.

Parece entonces que la altiva cumbre
diáfana, aérea e impalpable está;
que el río y el valle y las colinas cruzan
voces perennes de angustioso afán.

2. NA.—Nombre del río de Baní.

Parece entonces que hasta el cielo vierte
en cada tenue, nocturnal fulgor,
llanto de un alma que perdida y sola
busca anhelante su feliz mansión.

Y ya en el junco del flexible guano,
ya en el umbroso, corpulento abey,
del corbanal en los plateados troncos
o en la erguida cimera del ciprés,

vagar se siente, fugitiva, leda,
cual si implorase con humilde voz
para una vida de pesar, aliento,
para una falta de su amor, perdón.

Ya alborozada en la sonora margen
del Güera finge que cantando va,
y que en la linfa los suspiros lleva
del genio de la agreste soledad.

También al lecho, donde vela insomne
púdica virgen que el placer soñó,
llega, y cual ritmo de un preludio lánguido
férvida entona su canción de amor.

Y trae en todo los recuerdos plácidos
de otra edad de ilusiones y de fe,
algo de un cielo de las almas, donde
¡Dios derramó la plenitud del bien!

II

Junto a un bosque solitario
que rodean enhiestas palmas,
y entre múltiples colinas
tras las cuales se levanta,
como una virgen que arrullan

los sueños de la esperanza,
la aurora —cuando refleja
su luz purísima y diáfana—
se ostenta un valle que fuera
mansión de una tribu indiana
donde el invasor ibero
no había hollado con su planta
las lindas flores que al cielo
ofrecen perenne gala.

Es un edén aquel valle
de la región de Maguana,
y de él en torno los grupos
de pintorescas cabañas,
con techumbres de yareyes
y setos de nívea palma,
parecen bandos de cisnes
que vienen de las montañas
a empapar en la corriente
del límpido río sus alas.

Allí raudo y apacible
va el Güera al mar con sus aguas
por entre espeso boscaje
de esbeltas, sonoras palmas,
y abeyes de erguidas copas
que adornan flotantes lianas,
junto a guanales que cruzan
sus penachos de esmeralda
formando bóveda aérea
donde los pájaros cantan;
y circuido de altos pinos,
juncos y mimbres y cañas;
áureas arenas besando
donde brillan conchas blancas
y caracoles preciosos
que mil colores esmaltan,
cuando el cielo se ilumina
con los fulgores del alba.

Es ese valle el asilo
predilecto de las gracias,
y allí pudorosas vírgenes,
que a Elim sus votos consagran,
en el santuario le elevan,
al compás de diumbas plácidas,
el areito misterioso
de la nupcial esperanza.

Cuando apenas aún el eco
del tamboril resonaba
alegre anunciando el día
a la tribu de Maguana;
cuando todo era silencio
en el valle y la montaña
y dormía el indio indolente
en su voluptuosa hamaca,
libre de penas la vida,
llena de sueños el alma;
cuentan que todos oyeron
voces cruzando en el aura
como suspiros dolientes
del fondo de las montañas,
como algo que era el presagio
de una inminente desgracia
que a los hijos de Cigüey
muy de cerca amenazaba.

Aunque hacia el templo corrían
mudo el oráculo estaba,
porque el buitío en sus preces
vanamente lo invocaba.
Doquier consternado el indio
huyó entonces a su cabaña
esperando algo siniestro
que su espíritu inquietaba,
como cuando al horizonte
imperceptible aún avanza
oscura sombra de nube

que trae en su seno el rayo
para lanzar en los campos
la furia de la borrasca.

III

En esos días de duelo
y de terrible afán,
en una agreste choza
que el sol no alumbra ya,
porque su techo cubre
con bella majestad
la bóveda sombría
de espeso yareyal,
tendida en suave hamaca
con voluptuosidad,
tejiendo —de cogollos
de verde palma real,
con orlas incrustadas
de conchas de la mar—
un ancho, transparente,
finísimo cendal,
hay una hermosa joven,
indígena beldad
de ojuelos brilladores,
de labios de coral,
de frente ancha y serena
donde se ven flotar
multicolores plumas
que aprisionando están
la espesa cabellera,
del ébano rival,
que hasta sus pies tendida
besando el suelo va
en ondas que perennes
la brisa hace rizar.
Sus piernas y sus brazos,
de morbidez sin par,

las ciñen cincelados
brochetes de metal
cuyo fulgor brillante
envidia al sol le dan.
Al pie de esa bellísima
indígena vestal
en un pulido tronco
sentado un indio está
que la contempla estático
y en amoroso afán.
Gallardo es el mancebo;
muy tierna es aún su edad;
su porte es distinguido
y tiene aire marcial.
Su rudo arco es flexible;
riquísimo el carcaj;
su cabellera ondeante;
enérgico el mirar;
y es fácil su palabra,
y es firme su ademán.

IV

¿Quiénes son esos hijos de la raza
que libre habita ese risueño edén,
bajo dosel de resonantes palmas
ostentando riquezas y poder?

Oigamósles: su voz tiene ese ritmo
cadencioso, animado, del compás
del rumor de las selvas y los ríos
que interrumpe la agreste soledad.

—“Vanahí, cuando Elim desmaye, entona
conmigo areito de fatal adiós...”.

—“Partes ¿por qué, mi bien?” —¿Por qué? ¿Lo ignoras?
¿No sabes que sin patria no hay honor?

que trae en su seno el rayo
para lanzar en los campos
la furia de la borrasca.

III

En esos días de duelo
y de terrible afán,
en una agreste choza
que el sol no alumbra ya,
porque su techo cubre
con bella majestad
la bóveda sombría
de espeso yareyal,
tendida en suave hamaca
con voluptuosidad,
tejiendo —de cogollos
de verde palma real,
con orlas incrustadas
de conchas de la mar—
un ancho, transparente,
finísimo cendal,
hay una hermosa joven,
indígena beldad
de ojuelos brilladores,
de labios de coral,
de frente ancha y serena
donde se ven flotar
multicolores plumas
que aprisionando están
la espesa cabellera,
del ébano rival,
que hasta sus pies tendida
besando el suelo va
en ondas que perennes
la brisa hace rizar.
Sus piernas y sus brazos,
de morbidez sin par,

las ciñen cincelados
brochetes de metal
cuyo fulgor brillante
envidia al sol le dan.
Al pie de esa bellísima
indígena vestal
en un pulido tronco
sentado un indio está
que la contempla estático
y en amoroso afán.
Gallardo es el mancebo;
muy tierna es aún su edad;
su porte es distinguido
y tiene aire marcial.
Su rudo arco es flexible;
riquísimo el carcaj;
su cabellera ondeante;
enérgico el mirar;
y es fácil su palabra,
y es firme su ademán.

IV

¿Quiénes son esos hijos de la raza
que libre habita ese risueño edén,
bajo dosel de resonantes palmas
ostentando riquezas y poder?

Oigamósles: su voz tiene ese ritmo
cadencioso, animado, del compás
del rumor de las selvas y los ríos
que interrumpe la agreste soledad.

—“Vanahí, cuando Elim desmaye, entona
conmigo areito de fatal adiós...”.

—“Partes ¿por qué, mi bien?” —¿Por qué? ¿Lo ignoras?
¿No sabes que sin patria no hay honor?

¿No sabes que hoy el indio mira alzarse
vagos espectros de terror y afán,
y que eso anuncia que sus dioses lares
quiere alguno del templo derribar?

“¿No sabes que es entonces vilipendio,
según de Louquo la sagrada ley,
el arco destemplan en el sosiego,
dejándolo a los pies de una mujer?”.

—“No lo ignoro, Guarién; mas de mi vida
¿quién consuela el dolor, lejos de ti?
¿quién del amor que sin cesar me inspiras
vendrá aquí a iluminar mi porvenir?

“Y si el presagio de funesta lucha
se cumple, y marchas al combate tú;
si en él encuentras horrorosa tumba,
¿qué será de mi triste juventud?

—“Ora al Zemí para que el triunfo alcance
la grey del gran Caonabo, el salvador
de la tierra infeliz que rudo invade
un destino de mísera opresión.

“Si el *calimete de la paz* no humea
en medio a la cabaña paternal,
y hacia los campos a encender la hoguera
del sacrificio nuestra raza va;

en el combate protectora imagen
será siempre la tuya para mí;
sonriendo la veré doquiera guiarme
y el triunfo a su mandato conseguir”.

Un beso y una lágrima sellaron
esas promesas de su tierno amor;
de ella quedaba el corazón cuitado;
él, rápido, hacia el campo se lanzó.

V

Ya en ecos sonoros
repite el confín
los bélicos aires
que da el tamboril.

Atónita vaga
la tribu doquier,
en grupos compactos
del bosque al través.

El buitio va al templo
y en santa oración
ofrece holocausto
al dios protector.

Su oráculo evoca
y al punto el Zemí,
temblando en el ara,
se escucha gemir.

Y observa la tribu,
llena de inquietud,
que inunda sus ojos
fosfórica luz.

Elim se oscurece;
fatídica voz
resuena, que infunde
terrible pavor:

“¡Indianos! —exclama—
Mabula³ tenaz
impone a Quisqueya
destino fatal:

3. NA.—Genio del mal.

armada del trueno
y el rayo veloz
el Gran Lago⁴ cruza
potente legión,

forjando ya el yugo
que debe oprimir
la raza escogida
que adora al Zemí.

Debeis ya la hoguera
sagrada encender:
¡templad vuestros arcos,
morid o venced!"...

VI

Las altas cimas de las montañas
despiden rayos, rojo fulgor,
que el cielo tiñen con los reflejos
de un gran incendio devastador.

Bien cual fantasmas que evoca un sueño
ya por los campos corriendo van
tribus indianas rudas rugiendo
como las trombas del huracán.

¿Quién es el jefe de esas cohortes?
¿quién les da aliento para sentir
ese entusiasmo con que a las armas
vuelan, ansiosas por combatir?

¿Quién, sino el fiero y audaz cacique,
de la Maguana noble señor

4. NA.—El mar.

aquel soberbio titán indiano
Caonabo, el genio desolador?...

¿Y quién al lado se ve arrogante,
joven, sonriendo, cruzar también?
¿quién, sino el hijo feliz del valle
el denodado y dulce Guarién?

VII

La señal terrible suena
y ya se emprende la marcha:
¿a do van los adalides
de las tribus de Maguana?
—Van al impío cacicazgo
que un traidor de aquella raza

a una horda aventurera
en funesto día entregara;
van a luchar incansables,
por sus dioses, por su patria,
y a llevar el exterminio
doquiera asienten la planta.

Sus agudas flechas mojan
en la mortífera savia
del manzanillo y el guao,
y llevan duras macanas
a cuyo golpe, los cráneos
en pedazos rotos saltan:
¡son los hijos de la muerte,
los genios de la venganza!

¡Oh, mirad cómo los montes
y los altos riscos saltan,
y cómo el espacio atruenan

los himnos que en coro cantan
en que cada nota es rayo
que vibra, parte y abrasa,
dejando sólo cenizas
que el huracán desparrama!

Ya a los límites se acercan
de la invadida comarca
donde las huestes iberas,
en su criminal alianza
con el marianés cacique,
celebran ruidosas zambras;
do, en torno a la cruz que adoran,
templos soberbios levantan
junto a fuertes torreones
que a su defensa preparan.

Pronto en el campo enemigo
se extiende la voz de alarma,
y el eco atruenan disparos
de arcabuces y lombardas;
es que al combate se aprestan
las fuerzas recién aliadas
y —levantando sus tiendas—
a encontrar las otras marchan.

Ya se divisan: el choque
es formidable: ¡Dos razas
van el destino de un mundo
a poner en la balanza!
¡Qué furiosa es la embestida,
qué confusa es la algazara,
cómo el humo denso cubre
la atmósfera y las montañas,
cómo brilla y centellea
el fulgor de las espadas,
cómo las flechas el aire,
silbando, atraviesan raudas,
qué de alaridos siniestros,
qué pavorosa matanza!

Allí están —de un lado, el héroe
invencible de Maguana;
del otro, el infiel cacique
cuyo semblante retrata
la tortura que destroza
todas las fibras de su alma.
Caonabo ansioso le busca
en medio de la batalla;
¡pero en vano! pues esquiva
de ese atleta la mirada.

¿Y Guarién? ¡Mirad! A todos
impávido se adelanta,
ante su flecha se lleva,
como una enorme avalancha,
filas enteras que caen,
estandartes que se arrastran
en aquel polvo sangriento
que huella firme su planta.

Indeciso está el combate;
mas, de repente, se cambia
todo en favor del ibero,
pues que la misma pujanza
de las indígenas fuerzas
su perdición les prepara,
y son más potentes siempre
las españolas lombardas
que arrojan más cerca el fuego
con que la muerte propagan.

¡Oh! ¿qué fatal nueva cunde
en las falanges indianas
que las turba, contraría,
desalienta y anonada?

Guarién, cercado de pronto
por una aleve emboscada,
la arremete valeroso,
y cuando ya al jefe mata,
y a dos hiere, él también cae,

y así que a matarle avanzan
se escucha una voz que grita:

—“¡Deteneos, que no se mata
así a un valiente! Dejadle
y prisionero a mi eracra
llevad ese jefe indiano
que es honra de nuestra raza”.

¡Vencidos están los héroes,
triunfadora está la infamia!
¿Por qué Dios así protege
a quien sus leyes ultraja?

VIII

¡Cómo ha quedado solitaria y triste
la flor del yareyal,
cómo de sombras su corola viste,
cómo al dolor su corazón resiste
de ausencia tan fatal!

Quando en la cumbre azul de la montaña
duerme el radioso Elim,
ella viene al umbral de la cabaña
y a llorar a las flores acompaña
su prematuro fin.

¿Qué es para ella sin Guarién la vida?
— Un valle de aflicción,
fuente ya seca cuyo cauce anida
esa arena infecunda, removida
por soplo de aquilón.

En el templo, las preces matinales,
cuando suena el magüey,
eleva sin cesar; y en los raudales
de su llanto, consuelos perennales
implora del Turey.

Un día creyó que del Zemí la frente
comenzaba a sombrear
una fúnebre aureola, y de repente
sintió su corazón desfalleciente
y opreso de pesar.

¡Misterio tan fatídico algo encierra!
De entonces la infeliz
ve un negro augurio que su mente aterra,
y se inclina llorando hacia la tierra
como flor sin matiz.

Y sus ojos devoran el camino
donde fijos están;
y a la flor y a la brisa, al suave trino
del ave, y a la estrella su destino
demanda con afán.

IX

Extiende la noche sus alas: el viento
agita furioso los árboles ya,
y finge profundo, terrible lamento,
o en silbos agudos perdiéndose va.

No hay pálida estrella que lance fulgores;
las nubes se agrupan en todo el confín;
la tierra se oculta tras densos vapores,
y todo parece que toca a su fin.

¿Quién es esa virgen que va solitaria
cruzando por cimas de horrible fragor,
que avanza incansable, y audaz, temeraria,
no hay nada que a su alma le inspire temor?

¿Adónde dirige tan firme la planta?
Parece una sombra que en la tempestad,
de oscuros abismos la frente levanta
y dice a los vientos furiosos —¡soplad!

¡Miradla! es la hija del plácido Güera,
la casta paloma del índico edén,
la tórtola viuda, la pobre viajera
que, loca de amores, va en pos de Guarién.

¡Oh! lejos, muy lejos, está su adorado;
mas ¿qué hay que no venza constante el amor?
Torrentes y montes doquiera ha cruzado
y todo parece que alienta su ardor.

Mas, pronto ya toca los lindes do un día
sus reales funestos pusiera la grey
que —hipócrita— al yugo las tribus uncía
de Dios profanando piadosa la ley.

X

Es medianoche: en silenciosa calma
yace durmiendo la ciudad altiva
que al vencedor de la inocente raza
lauros y flores entusiasta brinda.

Allí, en alcázar opulento, el genio
que dos mundos atónitos admiran,
sueña —en los brazos de ilusión mecido—
con el vasto poder de sus conquistas.

Y cerca de su lecho, en muelle hamaca,
pasa las horas en tenaz vigilia,
aquel monarca, su vasallo dócil,
que ya la frente ante el pesar inclina.

La sangre de su raza tiñe ahora
aquellos campos que le dieron vida,
y en vez del dulce aroma de sus flores
aliento impuro por doquier respira.

Parece que una voz, del fondo mismo
de su conciencia, sin cesar le grita
y le acusa llamándole ¡perverso,
insensato, traidor y parricida!

En un terrible instante en que se cree
ser presa de una ruda pesadilla
observa que hacia él, pausadamente,
una sombra sus pasos encamina.

Salta del lecho, se incorpora, y trémulo
—“¿quién eres y qué buscas aquí? —grita—
¿serás tú la implacable, aterradora,
fatal imagen de la cruel Inima?”⁵

—“No, Guacanagarí; no temas; vengo
de unas tribus lejanas y enemigas,
sólo a implorar de tu piedad consuelo
para mi alma doliente y afligida.

“Yo soy del valle hermoso que en Maguana
el Güera con sus aguas fertiliza,
donde el amor mi corazón sintiera
que por Guarién, tu prisionero, abriga.

“Yo vengo aquí para que tú, cacique,
señor y dueño de esta raza invicta,
devuelvas a su tribu ese valiente,
¡devuelvas a mi ser toda la vida!”.

—“¡Mujer! Osada eres ¿quién te dijo
que en esta eracra penetrar podías?
¿ni quién que yo para salvarlo tenga
todo el vasto poder del Guamiquina?

“Salvarte debes tú; vete e impide
que, en ti mirando criminal espía,

5. NA.—Primera esposa de Guacanagarí, a quien se dice hizo éste morir de celos
pesar.

de ti sospeche el español, y ahora
junto al mismo Guarién pierdas la vida.

—“¡Oh monarca infeliz! ¿Ese es el premio
que alcanzas ya de tu imprudencia inicua,
y hoy sólo eres miserable esclavo
de quienes nuestra raza sacrifican?”.

—“¡Mujer, déjame en paz! Torna a tus lares.
—“¡Adiós, débil monarca, maldecida
de Louquo sea tu traición infame
y que el mismo arijuna te maldiga!”.

XI

Desconsolada, abatida,
la pobre indígena sale
y sus lágrimas enjuga
de la tibia noche el aire.
El silencio reina en torno
de las tiendas que ve alzarse
y una idea cruza su mente
en aquel terrible instante.
—“¡Oh, si yo pudiera —exclama—
invisible deslizarme
y allí do Guarién se encuentra
penetrando al fin, salvarle!
¿Dónde será que el inicuo
conquistador, en infame
prisión a Guarién encierra?
¡Ah, será allí donde alzarse
esa oscura eracra miro!...
¡Ánimo, pues y adelante!
Y si caigo en poder de ellos
muy dulce será mirarle,
y aunque fuere en el suplicio
¡también morir abrazándole!”.

XII

Con resuelto continente
y con cautelosa planta,
hacia el Fuerte —entre las tiendas
allí esparcidas— avanza.

Ya casi tocando va
el terraplén de la entrada,
cuando una voz en la sombra
—“¿quién vive?” —rápida exclama,
y un sonido se percibe
cual si un arma prepararan.
Heroica entonces, más diestra
que corza de la montaña,
de un solo salto se encuentra
frente a quien la amenazaba.
Con una mano le sella
el labio; la otra señala
la puerta tras que supone
que Guarién preso se halla:

—“¡Abre!” —dice al centinela
que atónito la rechaza;
pero el ademán altivo,
la belleza de la indiana
a quien contempla al reflejo
de una mortecina lámpara,
todo al fin fácil lo vence,
lo confunde y anonada.

—“¿Qué quieres?” —“¡Guarién!” —responde
con un suspiro del alma,
y le hace al fin que comprenda
que, si le franquea la entrada,
le brinda por recompensa
una cantidad no escasa
de oro igual al que en su cuello
y en su diadema resalta.

Nada había entonces que fuese
para la española raza
más atrayente que el oro
que su codicia buscaba.

Así que —al brillo— al instante
el corazón se le ablanda
al centinela, y la puerta
se abrió para dar entrada
a la indígena que, heroica,
pronto a su ídolo abraza
diciéndole: —“Ven, huyamos
al fondo de las montañas,
antes que en un vil suplicio
entreguemos nuestras almas”.

—“¿Dónde está el oro?” —pregunta
el rudo español con ansia...
—“Ven a buscarlo” —le dice,
y casi del viento en alas
los tres, corriendo, ya lejos
de aquella ciudad se escapan.

XIII

Mientras cunde la alarma en el campo
del absorto, temido español,
de las cimas de un monte ignorado
van los tres fugitivos en pos.

¡Oh, qué loco entusiasmo domina
a los hijos del Güera al saber
que en sus lares, ya libre, se encuentra
su indomable caudillo Guarién!

¡Cuántas diumbas alegres! ¡Cuán presto
retumbando se escucha el timbal,

y en sonoros areítos la brisa
lleva el eco por la soledad!

Vanahí, la heroína, hacia el templo
conducida en un trono se ve,
mientras púdicas vírgenes, flores
arrojándole van a sus pies.

El oráculo allí se consulta;
rica ofrenda recibe el Zemí;
porque todo a la tribu presagia
un risueño feliz porvenir.

XIV

De oro colmado el español sediento
en pago vil de su traición se mira;
pero pronto a su alma un pensamiento
el odio a los indígenas inspira.

No puede soportar que aquella raza
a su inocente libertad se entregue;
y un proyecto satánico se traza
con que a perderla fácilmente llege.

Emprendiendo su marcha cauteloso
después que el oro infamador abarca,
y sin que diese treguas al reposo
retorna de Marién a la comarca.

Allí dice, en pretexto de su ausencia
que siguiendo la pista al prisionero
quería él —vivo o muerto— a la presencia
fiel conducirle de su jefe ibero;

mas que, cuando alcanzarle ya podía,
libre en su tribu el prisionero estaba;

que allí, a servirles de seguro guía,
a las fuerzas que enviasen se prestaba.

Describiendo aquel valle despertaba
la codicia en la imbécil muchedumbre,
porque dijo que el oro allí brillaba
de las colinas en la enhiesta cumbre;

mostrándole a la turba que le oía
pedazos del metal envilecido
que, como pago a su traición, había
de los dos fugitivos recibido.

XV

Sobre las verdes colinas
juega el rayo de la aurora,
y la palma cimbradora
mece el aura matinal.
Todo es luz, todo armonía
en el índico caney;
suena el rústico magüey,
da su eco al aire el timbal.

Grupos de vírgenes bellas
de Peravia descendiendo
van al valle, recogiendo
en bullicioso tropel,
en sus cestillos de enea
lindas guirnaldas de flores
ofrenda que a los amores
brinda el fragante vergel.

Con ellas —cantando areitos
de indefinible ternura—
van por la extensa llanura
a la cabaña que allí,

bajo copados yareyes
que sutil el viento mece,
santuario de amor parece
donde habita Vanahí.

Llegan, poniendo a sus plantas
el florífero tesoro,
y formando alegre coro
en torno de la beldad;
Guarién está allí, a su lado,
hermoso, altivo, sonriendo,
las ofrendas recibiendo
con dulce afabilidad.

¿Qué motiva esa entusiasta
y bulliciosa alegría?
—Es que ha llegado ya el día
en que una plácida unión
ligará dos puras almas
en cuyos sueños de amores
vertieron hados traidores
la hiel de la decepción.

XVI

Al templo va la cándida,
la tropical paloma,
entre risueñas vírgenes
y en áureo palanquín;
en torno, al aire agítanse
penachos de albas plumas,
y aromas fragantísimos
inundan el confín.

Guarién, en vago éxtasis,
camina allí a su lado
felice contemplándola
con inefable amor,

mientras la tribu férvida
que su heroísmo adora,
con entusiastas vítores
le aclama su Señor.

Del templo ya los ámbitos
resuenan con las preces
con que el nupcial oráculo
evoca el buitio ya;
y —en el altar postrándose
la indígena pareja—
la bendición benéfica
por fin a unirla va...

XVII

Pero ¡ay! ¿qué ruido los aires hiere?
¿Qué pavorosa visión fatal
cruza el recinto de aquel santuario
como un presagio de adversidad?

Pálidas quedan las puras vírgenes
que, del areito nupcial al son,
en diumba aérea, ricas ofrendas
le consagraban al casto amor.

Es que una horda de aventureros
hijos de Iberia, cercan doquier
el templo augusto, pidiendo a gritos
que allí entregado le sea Guarién.

Ciego de ira, Guarién se lanza;
la tribu toda le sigue allí,
y arremetiendo contra la hueste
traba horrorosa, tremenda lid.

Encarnizada la lucha crece;
doquier la sangre corriendo va

manchando el templo, donde refugio
buscan las hijas del Yareyal.

Hubo un instante fatal, siniestro,
en que de nuevo parte Guarién
contra un compacto grupo que asesta
todos sus tiros tan sólo a él.

¡Ay del caudillo del valle ahora!
¿Quién a salvarle se atreverá
si ya le cercan, y su cabeza
parece en tierra por fin rodar?

¡No! Que allí vela quien a su vida
de ángel custodio le sirve fiel,
la que su rudo, falaz destino,
heroica siempre supo vencer.

Cual si del aire formada fuese,
como una etérea visión, así
rauda aparece la indiana virgen
que aquel combate va a decidir.

Mas cuando el plomo, buscando el pecho
de su adorado Guarién partió,
escudo frágil halló en su seno
¡ay destrozando su corazón!

¡Cayó la virgen inanimada,
tiñendo el valle su sangre está!
Pero llorando juran vengarla
todos los héroes del Yareyal.

Con furia tanta contra la hueste
del castellano traban la lid,
que ya no quedan sino despojos
de aquel sangriento fatal festín.

¡Ni uno tan sólo con vida alienta!
Del exterminio sombra letal

como un sudario los miembros cubre
que allí, dispersos, doquiera están.

XVIII

Honda tristeza, soledad y llanto
es el valle feliz de los amores:
todo se envuelve con funéreo manto
del ocaso a los últimos fulgores.

Allí Guarién sobre el cadáver llora
de la que fue su vida y su delirio;
de aquella que por él, hora tras hora,
probó el cáliz amargo del martirio.

La tribu los suntuosos funerales
de la virgen purísima prepara,
y bajo los espesos yareyales
en su tumba, de un templo eleva el ara.

Desde entonces el valle —do radiosa
su cima el Cerro de Peravia eleva,
en que la heroica Vanahí reposa—
¡el dulce nombre de esta mártir lleva!

XIX

Allí, en la cumbre del Cucurucho
donde los guanos y el yareyal
trémulos fingen vago ropaje
de aéreo fantasma, crepuscular;

allí do tienen ocultos nidos
la barranquera y el tocoroi;
do entre silvestres, nocturnas flores,
de los cocuyos riela el fulgor;

allí es do el hijo del raudo Güera
 oye perenne la voz surgir,
 que al monte, al valle y al río le cuenta
 toda la historia de Vanahí.

Y aún hay quien diga que en el lamento
 de aquella sombra se oyen también
 estas palabras, que el eco lleva,
 y hacen las brisas estremecer:

—“Ese es el valle de mis amores
 donde mi raza no existe ya,
 donde el olvido rodea mi tumba,
 donde es mi reino la soledad.

“Que unos inicuos conquistadores
 ebrios de sangre, dignos de horror,
 mi tumba y templo después hollaron
 con insensata profanación.

Y escarneciendo van mi memoria
 cuantos habitan este confín,
 pues hoy, al valle de mis amores,
 dan otro nombre, llaman Baní...”

Se trata de la más larga de las *Fantasías*, en la que se ha empleado una extensa variedad métrica que va del hexasilabo al dodecasilabo. Toda la exuberancia del valle de Peravia —del que fue ferviente admirador el poeta— ha quedado plasmada en esta fantasía.

Es digno de notar que ocho versos importantes de esta composición aparecidos en la primera edición de las *Fantasías* y en la de Carlos Federico Pérez, faltan en *La lira*. Dichos versos, que pertenecen a las estrofas segunda y tercera de la parte II, son los siguientes:

parecen bandos de cisnes
 que vienen de las montañas
 a empapar en la corriente
 del límpido río sus alas.

Allí raudo y apacible
 va el Güera al mar con sus aguas
 por entre espeso bosque
 de esbeltas sonoras palmas.

AREITOS

ÉL

I

Son tan lánguidos tus ojos,
bella indiana que yo adoro,
¡que por ellos diera mi areo,
mi corona y mi tesoro!

II

Rojos corales como tus labios,
plumas de cisnes de albos destellos
te daría, hermosa, para collares,
para diadema de tus cabellos.

III

Tu cintura es la índica palmera
de la colina que alumbró la aurora;
y es tu planta cual brisa que ligera
mueve apenas las flores que enamora.

IV

Dos caracoles color de rosa
a las riberas del lago azul¹
son tus mejillas junto a tus ojos,
do amor refleja su pura luz.

V

Ni hay en las hojas de la selva umbría,
ni hay en las ondas del inquieto mar,
si sopla el viento, como hay en mi alma,
por tus amores, tan perenne afán.

VI

Si mece tu hamaca el soplo
de la montaña,
y duermes, soñando amores,
en tu cabaña;
yo siempre velo, porque en tu aliento
me revelas que es mío
¡tu pensamiento!

VII

Si las flechas de mi aljaba
lanza el arco cimbrador,
no hieren tanto como los rayos
de tus miradas mi corazón.

1. NA.—Según Lamartine, en su novela histórica titulada *Cristóbal Colón*, Almoila, la india que gobernaba la tribu del Ozama, tenía los ojos azules.

ELLA

I

Tú eres del margen del sonoro Nigua
 el verde, esbelto, cimbrador bambú,
 do a enlazarse amorosa en la mañana
 va la silvestre campanilla azul.

II

De Jobobaba¹ la gruta espléndida,
 la misteriosa urna del sol,
 no tuvo un astro como el que brilla,
 cual tú, en mi cielo de casto amor.

III

Dicen que tienen tus ojos
 reflejos de tempestad,
 relámpagos que iluminan
 y hacen las sombras temblar;
 pero al fijarlos en mí
 con lánguida vaguedad,
 miro en tus ojos el cielo
 y en él mi dicha brillar.

IV

Con mis cabellos tejí la cuerda
 para tu arco de vencedor;
 y en ella puse fragantes flores
 como un emblema de casto amor.

1. NA.—Una de las creencias de los indígenas era que el sol y la luna habían salido de una cueva llamada Jobobaba o Cacibajagua en tierras del cacique Maniatibel.

V

Mi cabaña es un nido de paloma
medio oculto en las flores del vergel;
pero, al mirar el águila que asoma,
nunca tímida el vuelo aquella toma,
pues de ambas nido la cabaña es.

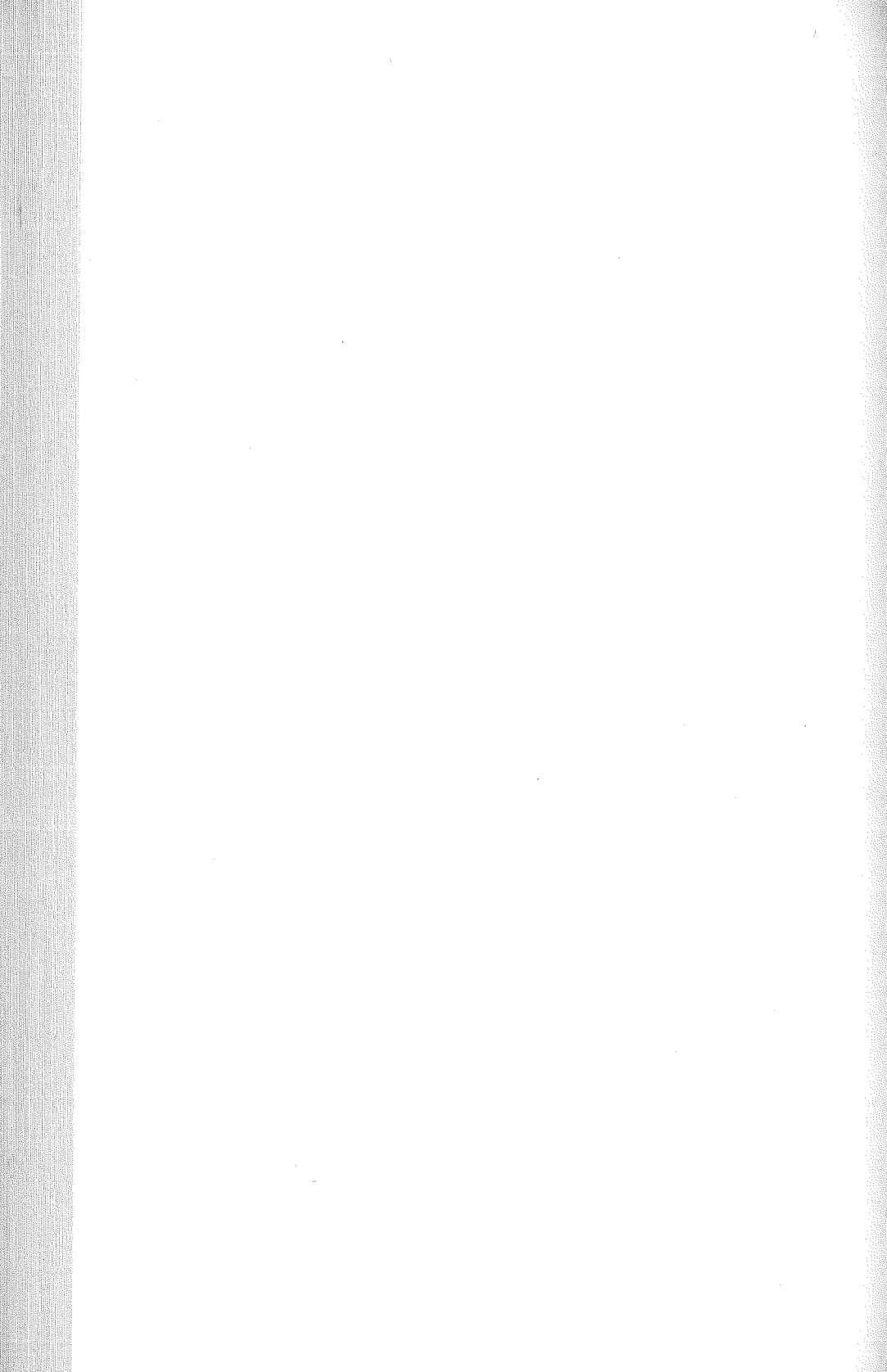
VI

Rizadas plumas
color del iris del cielo traigo
para la frente del héroe indiano
terror del rudo conquistador;
 rubíes de fuego,
marinas conchas, luciente nácar,
para su cinto, para su aljaba,
 pues él me nombra
su favorita virgen de amor.

VII

De nardos y alelíes es mi corona,
 la tuya de oro es;
aunque son ambas de la misma zona
la mía pongo en tu frente de cacique
 la tuya, tú, a mis pies.

Se denominan "areítos" los cantos de nuestros aborígenes, transformados aquí por la imaginación romántica del autor en idílicas evocaciones amorosas dentro del marco tropical antillano.



FLOR DE PALMA
O
LA FUGITIVA DE BORINQUEN¹

I

Sombras de tempestad cruzan el horizonte. La noche es negra, como la conciencia de un réprobo.

Sobre la cumbre lejana e indecisa de las montañas se comienza el duelo de los abismos.

El cielo viene armado de rayos, batería fulminante de su escuadrón de nubes.

La tierra los recibe en sus cavernas profundísimas y en sus crestas inmóviles, reductos inexpugnables que la defienden.

II

El mar asiste de lejos, y se prepara a entrar en la liza furibunda.

Brama, y se inquieta, y levanta sus ondas de espumas, centinelas avanzadas de ese otro abismo invasor de los espacios.

Algo como una sombra imperceptible se dibuja sobre su conmovida superficie.

1. NA.—A fin de no apartarse mucho de la verdad histórica, el autor ha seguido en varios pasajes de este trabajo a Lamartine, W. Irving, E. Nau y otros.

Ora se eleva en el declive de una ola, ya se precipita en el fondo oscuro, sepultado bajo la enorme pesadumbre de las aguas que hierven.

Al fulgor de los relámpagos se reconoce la silueta de una nave que lucha desesperada por alcanzar la próxima orilla.

III

—¿Se salvará?

¡Infelices los que en ella ponen ahora su corazón en Dios, e imploran la vida en el mismo reino de la muerte!

—¿Quiénes son?

Hasta ahora sólo la frágil piragua del aborigen y las carabelas de Colón han surcado ese mar desconocido, misterioso guardián de las playas del Nuevo Mundo.

No es la piragua del pescador que ahora duerme, arrullado por esa solemne armonía de las festividades del trópico, por esa diumba de los elementos ante el santuario de Louquo, porque Coromo, uno de sus hijos predilectos, una de las estrellas oráculos, había anunciado ya la tempestad.

Es entonces la carabela en que Colón regresa a sus dominios, después de haber depuesto a los pies de los reyes de Castilla todas las ofrendas de la magnificencia oriental del mundo “que robó a las brumas de la ígnea zona”.

IV

Aquello era la lucha terrible de lo pequeño en medio de la lucha de lo grande, de lo gigantesco, de lo inconmensurable.

El átomo disputándole su dominio a la mole; el hombre afrontándose a Dios.

Desfallecimientos y osadías; tumulto de las olas y poder del espíritu.

El genio es el brazo invisible de la Omnipotencia avasallando la cólera de la naturaleza.

Colón está allí. Quien más de una vez ha vencido no teme ser vencido nunca.

La oración del cristiano pasa por sus labios mientras la luz de la fe inunda su corazón y las reverberaciones del genio atraviesan su espíritu.

El mar se repliega sobre sí mismo, y las estrellas se asoman sobre la penumbra de la nube blanquecina a contemplar la calma y a enviar un rayo de aliento a la desmantelada carabela.

V

Es medianoche.

Reina ese silencio del letargo de los elementos que descansan de la fatiga de una lucha atormentadora.

La carabela se mece, anclada ya, algo lejos del puerto, y el aire se turba con dos disparos de lombarda hechos a bordo.

El sonido repercute y se dilata por las vecinas costas.

Nada se mueve allá en la tierra.

Colón fija la escudriñadora mirada sondeando el espacio oscuro donde no alcanza a vislumbrar ni el menor reflejo de las luces del puerto de la Navidad.

Sólo allí, en el fondo de las selvas, al través de las hojas, gira el amarillento fulgor de los cocuyos.

Lo atribuye todo a la tempestad.

Pasan, sin embargo, muchos instantes, y ya empieza la inquietud a torturar su ánimo.

VI

Colón aplica el oído al viento, que le trae como un acorde golpear de algo en el agua.

Ya lo siente más próximo; y al fin un bulto informe parece que se mueve en la superficie del mar.

Es una canoa tripulada por dos indios.

Abordan éstos a la carabela, y son recibidos con muestras de la mayor satisfacción.

Uno de ellos es alto, de arrogante y bellísima figura. Plumas de vistosos colores sombrean su frente, y la aljaba y el cinto brillan por la profusión de sus dorados adornos.

Es un pariente de Guacanagarí, gran cacique de la tribu de Marién y aliado de Colón.

Trae para el Almirante un valiosísimo presente que le envía el soberano en señal de bienvenida.

Consiste en dos máscaras de oro macizo, incrustadas de perlas obra tosca pero de méritos, por ser cortada y labrada con la punta de un cuchillo de piedra.

Nota el Almirante en los indios señales de turbación, y los excita a hablar.

Más que con las palabras, con los ademanes, dieron a comprender a Colón que algún siniestro había ocurrido en la Navidad, y que todos los españoles habían muerto.

Colón no se atuvo a la interpretación que su ánimo —prevenido ya por el encuentro de algunos cadáveres de españoles en Monte Cristy— había dado a los ademanes de los indios.

Los despachó a tierra no sin antes haberles obsequiados con bebidas espirituosas y fruslerías de colores vivos.

VII

Empieza el alba a blanquear las regiones del espacio, y ya se presentan visibles los contornos de los montes y las playas de Puerto Real.

Lo que fue primero presentimiento vago de la desgracia, y después vacilación y duda, es ya aterradora realidad.

Allí, cerca, nada se mira de lo que Colón había dejado al emprender su primer viaje a España.

Quiso figurarse que aquello era obra de la tempestad de la noche anterior, pues siempre hay en el corazón humano esa tendencia a engañarse a sí propio, como para ir preparándose a recibir los golpes terribles.

Pero nada había quedado en pie de esa especie de pequeña colonia, embrión del poderío futuro de los conquistadores.

Y además, la arena se veía mezclada con la ceniza, ese sudario del incendio, probando que la mano del hombre había dejado allí las huellas de su destructora acción.

Estaban, pues, de un lado la desmantelada carabela, que el destino y el genio de Colón habían salvado apenas de la furia del mar, y del otro los escombros de la naciente ciudadela de la Navidad.

Eran dos ruinas que se saludaban al nacer el día.

VIII

—¡Oh! Cuando ya mi estrella había recorrido la mitad del camino de los cielos; cuando en el cenit me deslumbraba con sus rayos; cuando acabo de ofrecer al mundo atónito las maravillas de otro mundo, hasta ayer envuelto en nieblas y hoy poderoso, espléndido, digno de ser la base de una civilización jamás alcanzada; cuando yo venía con la fe en mi conquista a enriquecer el porvenir con nuevos triunfos de lo que llaman mi genio; he aquí lo que me brinda mi destino, como para abofetearme con el desengaño y escarnecerme con el desaliento. ¿Por qué habrá de manchar la sangre y quemar el incendio todo lo que se hace para redención de la humanidad?...

Así exclamaba Colón al contemplar aquellas soledades pavorosas, donde su mano tremoló un día el estandarte de Castilla entre los frenéticos vítores de la multitud que le bendecía.

¡Qué contraste del ayer!

La Providencia no quiere nunca que el hombre alcance a invadir su poder, y le avisa con algún estrago que ella siempre está presente, y que es a quien debe confiarse.

IX

El Almirante bajó a tierra.

Su planta hollaba aquella arena de donde parecía surgir la cálida ráfaga del incendio, queriendo devorarlo, y la voz de la agonía de sus compatriotas acusándole.

Cruzó silencioso y con el pecho oprimido esos lugares, y visitó una aldea medio incendiada, donde se veían los vestidos y otros despojos de los europeos.

Allí recibió una embajada del Gran Cacique que venía a saludarle.

Era un hermano de Guacanagarí. Le contó toda la catástrofe con lágrimas en los ojos.

Le dijo cómo, en una noche funesta, Caonabo y Guarionex, ayudados de otros nitáinos de Maguana y de Maguá, comarcas vecinas a las de Marién, habían sorprendido con numerosas tropas indígenas la guarnición de la Navidad, acuchillándola y dispersándola, no habiendo valido ni la pronta cooperación de Guacanagarí, quien con los suyos acudió al combate, y recibió una herida de manos del mismo Caonabo, por lo cual tuvo que retirarse a los montes, donde vivía sin consuelo llorando su adversidad.

Colón quiso apartarse de aquellos lugares, y envió una comisión a recorrer la costa para buscar un punto más a propósito y defendido que se destinase a erigir otra fortaleza.

Uno de sus tenientes —Maldonado— salió, y las instancias de varios indios le hicieron ir hacia la aldea o canoei donde vivía Guacanagarí.

X

En una eracra² de miserable aspecto habita el opulento señor de la tribu de Marién.

Se encuentra acostado en su hamaca sin ninguna de las insignias de su autoridad.

El eclipse del poder ha oscurecido aquella frente.

Su mirada es el reflejo vacilante de un oscuro porvenir.

El inconsciente verdugo de su raza, el débil monarca, entregado a la codicia del extranjero, yace allí sin que —como en otro tiempo—

2. NA.—Choza.

arrullen su oído los areitos de la multitud, ni vengan a postrarse a sus pies los buitíos que le traen los tributos de su extenso cacicazgo.

Es una ruina de la fortuna envuelta en la sombra del olvido.
Maldonado oye sus palabras y se enternece.

—Dí al Guamiquina³ que venga a verme. Díselo. Tengo que hablarle. Quiero desahogar mi corazón; vaciarlo en el suyo. Necesito que me asegure su amistad y su protección; que me aliente con la esperanza. Si no, la vergüenza y el dolor van a mostrarme el camino de la muerte, como mi culpable confianza me ha mostrado el del infortunio.

XI

No faltaba quien, ante el espectáculo de las ruinas de la Navidad, hubiese querido insinuar a Colón la idea de que Guacanagarí era infiel a sus juramentos, y que aquello se debía a su traidora inteligencia con los caciques de las otras tribus rebeldes.

Entre estos instigadores se hallaba un sacerdote —el padre Boil.

Así que, como sucede siempre, aunque Colón no dudase de la sinceridad del soberano de Marién, ese pensamiento venía de vez en cuando a marcar un punto negro en las reflexiones del Almirante.

Pero eso no era sino como un celaje incoloro y fugaz en el horizonte, que se disipaba sin dejar el menor rastro.

No vaciló el Almirante en acudir con su comitiva a la choza de Guacanagarí.

XII

Éste se incorpora a recibirlo.

Ni una sola palabra brota al principio de sus labios.

3. NA.—Colón.

La emoción anuda su garganta, pero las lágrimas inundan las manos de Colón, quien lo estrecha en sus brazos.

Luego comienza a relatar con los más vivos colores las desgracias de los europeos y la suya propia.

Aquella alma se refleja toda entera en las palabras, en los suspiros, en las lamentaciones.

El Almirante oye conmovido tal historia.

En todo había algo que podemos llamar la nobleza de la fatalidad.

No escaseaban en su relato alusiones a la conducta de los españoles para con los pobres indios a quienes hacían sufrir inicuas vejaciones.

—Tú eres, Sehextio⁴, el más grande de los hijos del Turey venidos a nuestras playas. Desde que tú te fuiste a tus dominios, parece que de Coibai llegó algún genio maléfico a inspirar a los Zemís, y en cada rayo de la hoguera de Cacibajagua⁵ venía una maldición de Louquo a perseguirnos. Haz, Sehextio, que cesen nuestros males; salva a los infelices de mi raza. No permitas que me condenen, que me crean cómplice de la injusticia.

—¡Cacique infortunado! He oído la historia de tus amarguras, de las de tus súbditos y de las de mis compañeros. El Todopoderoso, que es testigo de tu lealtad, te protegerá en la lucha con tu destino. Mi corazón te compadece y compadece a tu raza, que de hoy más será objeto de mi predilección. Cuenta con que mi amistad te colmará de beneficios; con que yo seré tu compañero en la adversa como en la próspera fortuna.

Aquella entrevista acabó por el magnífico presente que Guacagnarí hizo a Colón de una corona de oro y dos calabazas⁶ llenas de este mismo metal tan codiciado por los conquistadores.

4. NA.—Señoría.

5. NA.—El sol.

6. NA.—Fruto del higüeno de forma ovalada o redonda, hueco, con una abertura en uno de los extremos.

XIII

Guacanagarí fue invitado por el Almirante a visitar la carabela. Partió con él, y al llegar a la playa donde estaban los vestigios de la antigua Navidad, nuevo llanto y nuevas plegarias del cacique vinieron a arraigar más en Colón la creencia en la fidelidad de aquel indio.

Al llegar a bordo de la "Marigalante", se les hicieron los honores, y las lombardas estremecían el viento con sus disparos, mientras algunos indios acudían a la playa, en donde hasta entonces no se habían presentado.

Colón se apresuró a hacer grata al cacique su visita y lo colmó de atenciones y regalos.

Después le enseñó las menores particularidades de la nave, hasta que el indio quedó sorprendido con la vista de los caballos que traían de Europa. Explicándole Colón el uso a que se destinaban, manifestó el cacique deseos de ver en ejercicio aquellos "hijos del viento", como los llamó desde luego. Le fue ofrecido por el Almirante, que quería en todo mostrarse generoso, y avasallar la voluntad y el corazón de su aliado.

Pero otra sorpresa mayor debía venir a cambiar por completo la situación del cacique.

XIV

La "Marigalante" traía a su bordo algunos prisioneros caribes hechos en Caniba, y además nueve indias hermosísimas de Borinquen (isla vecina) que se habían sacado de entre las garras de los caníbales.

Una había entre ellas que descollaba por su encantadora belleza, sus atractivos y seducciones y sus distinguidos modales.

Los españoles la llamaban doña Catalina; pero su verdadero nombre indígena era Anaibelca, que significa Flor de Palma.

Esta india era hija de Bayoan, rey de Borinquen.

En una excursión de su padre a las islas que habitaban los caribes halló un buque portugués que aquellos habían capturado, matando al dueño que tenía a bordo a su esposa.

Bayoan rescató a doña Luz de entre los caníbales, y después se unió a ésta, con la cual tuvo a Anaibelca, quien, muertos sus padres, ocupó el trono de Borinquen.

Allí también fue hecha prisionera junto con las demás indias que la acompañaban.

Su madre la había educado cuanto era posible hacerlo.

Flor de Palma, fruto de la unión de dos razas, tenía en su espíritu los selváticos instintos de una naturaleza exuberante e inculta, moderados por la civilizadora tendencia de la sangre europea que corría por sus venas.

Era el fuego comprimido del volcán.

Casi blanca, sus cabellos negros le caían hasta las plantas.

Sus ojos, sobre todo, tenían un poder de fascinación tal, que difícil era mirarla sin que se experimentara el vértigo de la pasión desvaneciendo todos los sentidos.

Era el trópico con toda su incandescencia, irradiando detrás de aquellas pupilas de palpitaciones infinitas.

Mirarla era caer rendido a sus pies.

Cada rayo de aquellos ojos era un beso del alma, como consagración del deleite supremo de la vida.

XV

A bordo de aquella nave tenía, como era natural, multitud de admiradores.

Ojeda —alma de hielo, que nunca había vislumbrado la dicha a través de un relámpago de amor— tuvo que confesar que hay magnetismo en la mujer, como lo hay en la ambición, ídolo al cual él quemaba incienso en los altares del poder.

Flor de Palma lo comprendía y, sin ceder nunca, atizaba esa llama esperando utilizarla, si acaso era llegado el momento, para algún fin que le fuere favorable.

Porque Flor de Palma también sentía en su corazón que algo le indicaba el camino del trono. La hija de Bayoan se entregaba al sueño apacible del amor, y siempre tocaba su frente, donde había como el presentimiento del peso de una nueva corona.

Flor de Palma, aunque su madre era una europea, no pudo abrigar simpatías hacia los españoles.

La sangre indígena circulaba con más fuerzas en sus venas. El torrente de las selvas del Nuevo Mundo es más poderoso que los ríos cuyo cauce ensancha el arte en las pobladas comarcas de allende el Atlántico.

El germen del odio a sus libertadores estaba latente en su corazón.

XVI

Guacanagarí no hizo sino ver a Flor de Palma y entre todas sus compañeras ninguna le causó tanta impresión.

El mártir de la fortaleza de la Navidad sintió que algo se interponía entre su desgracia de ayer y su indecisión de hoy.

Era la luz de esa mirada que hacía del pasado una sombra, porque vivificaba, esclarecía con espléndidos resplandores el porvenir de su vida.

Guacanagarí se regeneraba con aquel bautismo de fuego, unción benéfica de su alma víctima, cauterio de su lacerado corazón.

El era de hermoso y cautivador semblante, sombreado por un tinte de melancolía que interesaba vivamente.

En sus ojos había también el reflejo de la selva inculta bajo el cielo de los trópicos.

Las dos naturalezas obedecían unísonas a la atracción de su origen.

Flor de Palma halló el pajarillo incauto que quería fascinar con su aliento.

El soplo del huracán doblaba la encina.

El torrente la llevaba al abismo.

El vislumbre de la mirada de una mujer decidía el destino de un mundo.

Siempre es así.

La gota de agua, el rayo de sol, la débil ráfaga de aire, la molécula de arena, tienen la potencia de todas las fuerzas imaginables en el universo, en el tiempo y en el espacio.

Dios está así en un minuto como en la misma eternidad.

XVII

Colón, que comprendió cuanto había influido favorablemente en el alma del cacique el encuentro de aquella mujer para hacerle olvidar sus infortunios, y creyendo que ese amor sería un lazo más que lo sujetaría a su poder, dejó solo a Guacanagarí con las indias de Borinquen.

Pronto se enteró Guacanagarí de todas las circunstancias de la situación en que se encontraban y ellas le manifestaron su deseo de evadirse de la prisión a que las tenían condenadas los españoles.

Al mirar de cerca aquellas playas, debían sentir la aspiración a la libertad a que ellas convidaban.

—Vuestro deseo es un mandato. Preparaos, —les dijo Guacanagarí—. Una luz en el vecino monte os señalará mi cabaña. Allí os protegerán mi arco y toda mi tribu. Soy el cacique del más poderoso de los reinos de Haití.

Esto despertó más en Flor de Palma el amor por aquel indio.

Una mirada más llena de pasión acabó de enloquecer a Guacanagarí, quien le dijo con solemne acento:

—¡Hija de Bayoan, tú serás la reina de Marién!

—¡Y yo la esposa del poderoso cacique, mi libertador y libertador de mis hermanas de cautiverio!

El pacto estaba hecho.

Cuando Colón volvió, ignorando que en aquel instante el mundo de sus sacrificios iba a resbalar ante sus plantas, puso fin a aquella entrevista.

Guacanagarí se retiró satisfecho.

Colón también lo estaba.

Sólo Ojeda vio con malos ojos eso que él llamaba una debilidad del Almirante.

XVIII

A la mañana siguiente unos emisarios del cacique vinieron a bordo a saludar al Almirante. Entre ellos estaba el hermano de Guacanagarí.

El verdadero objeto de esta visita era concertar el plan de evasión de las borinqueñas.

Todo fue en un instante convenido.

Flor de Palma deliraba con la libertad, pero más fascinación ejercía en ella la esperanza del trono.

La noche anterior había tenido sueños de halagadores presagios.

Se veía ya conducida en un palanquín de oro, muellemente reclinada, con la corona en las sienas, bajo un dosel de verdes palmas y odorífero arrayán, por un camino donde la multitud regaba flores ante ella y las vírgenes cantaban los areitos sagrados al son de los tamboriles y las flautas rústicas, sacudiendo los abanicos de plumas de cisnes, para ahuyentar los insectos y producir el aire perfumado a su alrededor.

—Seré reina —se decía—. Tendré bajo mi dominio al gran Guacanagarí y sus vasallos. Ningún extranjero vendrá a profanar las regiones de mi reino. Yo seré la dueña de los destinos de Marién y haré que los demás caciques de la isla se sometan a mi poder. El amor es mi talismán. Todos serán mis admiradores y mis esclavos.

XIX

Guacanagarí no durmió aquella noche memorable.

Las ruinas de la Navidad no le debieron un solo recuerdo.

Todo su espíritu estaba poseído por Anaibelca.

Ella era la solución del problema de aquella vida de azares.

El no había pensado jamás que algo pudiera sacudir así la inercia de su ambición, dormida en el fondo de su naturaleza rústica.

Ahora se sentía verdadero monarca.

Osaría romper las ligaduras con que otro ser lo atara al poste de la sumisión.

—¿Qué vale una corona vacilante en las sienas sin aliento de amor en el corazón? Guamiquina es un protector; pero yo todo lo abandono por Anaibelca. Un fantasma es el deber, cuando la naturaleza habla. Louquo sabe que en mí no se ha engendrado el deseo de la traición... ¡Ah, yo jamás sería traidor! Yo seré, sí, el esclavo de Anaibelca, que me brinda la fortuna en la copa del deleite. ¡Yo, poseedor de aquellos encantos! Yo, partícipe de ese lecho de rosas tendido por un espíritu del Turey a la sombra de los árboles del

paraíso. ¡Mi esposa, mi reina, mi ángel; tú... todo lo puedes; yo soy tuyo...!

La aurora sorprendió al cacique en su hamaca.

En cada uno de sus rayos creyó recibir una caricia de Flor de Palma, una dulce mirada de sus ojos y un castísimo beso de sus labios.

XX

Era una noche de luna, pero signos de tempestad había en el cielo y no soplaban el terral con la mansedumbre acostumbrada.

Envolvía el espacio una niebla opaca.

La playa resonaba con el embate repetido de las olas.

Todo era allí soledad. Ni una luz en las cabañas de los pescadores.

Sólo allá, lejos, medio oculta por los árboles y en el declive de una montaña, el rojo resplandor de una hoguera se divisaba desde a bordo de la carabela.

Crugían las antenas y silbaban las vergas de la nave.

Los centinelas estaban oprimidos bajo el peso de aquella atmósfera de plomo.

Apenas veían ni oían nada.

XXI

Eran las doce.

Una cuerda pendía del costado de la carabela hacia el frente de la playa.

Con sigilosa planta, como sombras evocadas por el genio de la noche, una a una, precedidas por Flor de Palma, fueron saliendo las borinqueñas de la bodega de la nave, e inclinadas, se escurrieron hasta salvar la obra muerta, y agarradas a la cuerda cayeron al agua, deslizándose a nado en las ondas.

El ruido que hacían tantos brazos agitando el mar puso en alerta a los centinelas.

El disparo de un tiro fue la señal de alarma en el buque.

A este siguieron otros sobre las infelices fugitivas, a quienes, al fulgor de un rayo de la luna que asomaba en ese instante, se veía nadar a todo brazo para salvar la legua de distancia que las separaba de la playa.

Todo fue confusión a bordo.

Tres marinos se arrojaron al mar en pos de las indias.

Cuatro de ellas fueron apresadas casi al tocar la arena.

Las demás se salvaron. Flor de Palma entre ellas.

Su pie hollaba ya el trono de Marién.

XXII

Guacanagarí la recibió en sus brazos.

Ansiaba gozar las primicias de ese amor que lo iba empujando a la traición.

Ya había preparado el santuario para aquella deidad de sus delirios.

Una rústica barbacoa⁷ de troncos de cedro con flexibles varaes de corteza de caña de bambúes, tapizada de fragante savorei y hojas de arrayán bajo un dosel de mimbres y flores, ocupaba uno de los extremos de la eracra, al lado de la hamaca del cacique.

Pero... ¡inútiles preparativos!

—¡Huyamos, huyamos! —exclamó Flor de Palma casi arrastrando en sus brazos a Guacanagarí—. ¡Si nos quedamos aquí, somos perdidos! Los españoles vienen en nuestra persecución.

—Pero ¿adónde vamos, si todos los caciques de las otras tribus son mis adversarios? ¡Cómo voy a entregarme, si me sacrificarían!

—Es preciso huir. Si Ojeda, tu rival, sabe que eres cómplice de nuestra fuga, también los españoles te sacrificarían.

—¿Qué quieres entonces?

—Es preciso que, para salvarnos, también ofrezcas en holocausto tu vida.

7. NA.—Cama indígena.

—¡Pues sea! ¡Manda, tú eres mi reina!

—Vamos a ofrecer a tu vecino la paz. Yo voy a unir en uno solo todos los cacicazgos de Haití. Yo te haré grande. ¡Obedéceme y serás feliz!

El débil Guacanagarí, como el junco al embate del viento a las orillas de nuestros ríos, se doblaba ante aquella poderosa voluntad y, en medio de las sombras de la noche, abandona su cabaña y cruza aquellos montes seguido de Flor de Palma, sus compañeras y los suyos.

El primer paso en el camino de la traición estaba dado. Aquella situación era terrible para él.

XXIII

Al día siguiente Colón manda a reclamar de Guacanagarí las indias de Borinquen.

Ojeda se presta a desempeñar esta comisión.

Llevaba perversas intenciones.

Iba a decir que el cacique se había obstinado en no entregar su presa; que había insultado a los españoles; que tenía varios indios apostados para atacarlos; que en esa virtud él no había podido contener a sus soldados y había tenido que dejarle la muerte.

Los celos encendieron en aquel corazón la hoguera de la venganza.

XXIV

Pero la cabaña del cacique estaba desierta. Nada había allí sino los preparativos para la boda de la noche anterior.

Ojeda, a su vista, sintió hervir su sangre y presa de furia y encono destrozó con sus propias manos aquellos objetos que le recordaban su desdicha.

Renegó de su suerte, viendo ya sus sueños desvanecidos.

En vano siguió por los montes buscando a Guacanagarí y a las fugitivas.

Ni una sola huella encontró como indicio de su tránsito.

XXV

Dejemos a Colón meditando profundamente sobre su debilidad; al padre Boil echándosela en cara y a Ojeda rabiando y urdiendo planes de venganza; y sigamos a los fugitivos.

Estos llegaron a los límites que separan el cacicazgo de Marién del de la Maguana, y se hallaban a las márgenes del caudaloso Guayayaco.⁸

Flor de Palma, en una canoa espléndidamente adornada, y con un acompañamiento regio, del cual formaban parte sus compatriotas, cruzó aquellas impetuosas corrientes, penetrando en la comarca que gobernaban el indómito Caonabo y la hermosa y célebre reina poetisa Anacaona.

Fue recibida con benevolencia por ambos.

Valiéndose de cuantos medios pueden poner en práctica la belleza y el talento, Flor de Palma conquistó las simpatías de la corte de Maguana, y Guacanagarí recibió la feliz nueva de que la paz y la alianza se celebraban entre él y su implacable enemigo.

Guacanagarí y Flor de Palma hicieron después su entrada en la capital de la Maguana en medio de regias pompas.

El abrazo de los caciques y sus mutuos juramentos auguraban una era de felicidad para Quisqueya y Haití.

Flor de Palma había sido enviada por la Providencia para decidir el destino de aquella raza oprimida.

XXVI

Faltaba celebrar las bodas de Guacanagarí y Flor de Palma.

Hasta entonces no habían sido sino dos amantes, a pesar de que el cacique ardía en deseos de poseerla.

Caonabo y Anacaona quisieron que aquella augusta ceremonia se celebrase con todo el fausto debido, como que ella significaba la

8. NA.—Hoy Artibonito.

reconciliación de todas las tribus hermanas, el triunfo sobre los conquistadores y la grandeza futura de la isla.

Bohechío, Gran Jefe de la confederación haitiano-quisqueyana, soberano de Jaragua, Guarionex, cacique de Maguá y Cayacoa, señor de Iguayagua, debían asistir a este ruidoso festival.

XXVII

¿Qué diremos que se parezca a una descripción de este solemne acto entre los aborígenes?

Nada faltaba allí.

La naturaleza asistía en toda su encantadora sencillez, en toda su radiante plenitud de vida, a aquellas nupcias en que el amor conducía al tálamo a una mujer y que aquel tálamo era un trono opulentísimo.

Sobre el altar del santuario del Zemí, hecho de palmas y bambúes, se veía el oro resplandecer entre los canarís de luciente barro, incrustados de menudísimas conchas y atestados de flores y frutas.

Caracoles y lambís⁹ enormes reflejaban en sus tintes de iris la diáfana luz del día y los fulgores de la hoguera de perfumado aloe.

Las vírgenes del sol, vestales del templo del Turey, casi desnudas y todas coronadas de aelíes y arrayán sagrado, con cestillos de mimbres llenos de yerbas aromáticas, llevaban las ofrendas del culto y rodeaban a Flor de Palma.

Esta se hallaba junto a Anacaona, sacerdotisa de la grey y que había compuesto el areito nupcial, bajo un dosel de oro recamado de nácar.

Flor de Palma irradiaba luz de belleza y majestad.

En sus cabellos, que le servían de manto, brillaba todo un variado pensil de la zona del trópico.

Un cendal de sarovei finísimo, orlado de plumas de vistosos colores, rodeaba su esbelta cintura y le caía hasta las rodillas.

Brochetes de oro y de coral ceñían sus brazos y sus torneadas piernas.

Guacanagarí era todo magnificencia. Corona, cinto, aljaba y arco eran otras tantas maravillas del arte indígena.

Lo mismo estaban los demás caciques.

Los buitíos ostentaban en las pinturas de los Zemís sobre su cuerpo caprichosísimos adornos, y Anaibai, el buitío de Marién, evocador del oráculo sagrado, llevaba un manto de filamentos de magüey y en él representada la gruta de Cacibajagua, y el sol y la luna saliendo con su corte de planetas, precedidas por cuatro estrellas, símbolos de los "hijos predilectos de la potencia creadora del Universo".

La orquesta de timbales, tamboriles, flautas, güiros, arpas rústicas y panderetas o magüeyes se encontraba allí con el coro de la multitud que invadía todo el vasto recinto del templo.

XXVIII

La palabra de Anaibai vibró entre el estruendo de las aclamaciones populares, y el silencio reinó inclinándose todos, mientras se hacía la consulta del Zemí sobre la suerte de los esposos.

El oráculo era favorable.

La multitud se entregó al regocijo.

Entre el cerco de las vírgenes del sol, que danzaban cantando el melodioso areito nupcial al son de la orquesta, y regando las flores de sus cestillos a los pies de los esposos, llevaba Anacaona de la mano a Guacanagarí y Bohechío a Flor de Palma hacia el altar donde el buitío puso la corona del cacique de Marién en la frente de la esposa, uniéndoles las manos e invocando la bendición del Zemí.

Todo fue entonces el delirio de la alegría suprema.

Los ecos de la música, los cantos y las aclamaciones ensordecían el espacio y ese día se pasó entregado a la embriaguez de la celebración de tan fausto acontecimiento.

Los caciques asistieron a los divertidos juegos del batei⁹ y Flor de Palma mostró en ellos una asombrosa habilidad que dejó encantados a los indios.

Todos miraban en la nueva reina vinculada la prosperidad de la raza indígena.

9. NA.—Juego de pelota.

XXIX

Los españoles seguían haciendo incursiones en los dominios de Marién y Caonabo quería expulsarlos de inmediato del territorio de Haití.

El entusiasmo animaba a las tribus de la isla.

Flor de Palma, dueña de la voluntad de Guacanagarí, hacía que este cooperase al pensamiento salvador.

Anaibai, el buitío de Marién, exaltaba con sus consejos el alma del cacique.

Le pintaba con colores horribles la ferocidad de los extranjeros y le hacía ver cuán vergonzosa era su dominación.

En Guacanagarí se había efectuado la transformación más violenta.

Su alma, que había flotado sobre un abismo, se cernía sobre otras regiones de luz.

Su amor, cada día más creciente por Flor de Palma, le personificaba en ella la patria.

Salvar a la patria era salvarla a ella.

Estaba decidido a dar su vida por aquella vida.

XXX

Llegó el día de la gran batalla.

Al lado de Caonabo y de los nitainos de Maguana, Guacanagarí blandió también el arco.

La lucha fue tremenda.

Millares de víctimas mordieron el polvo sangriento.

Allí fue que Guacanagarí pudo ver con asombro maniobrar a los caballos traídos por los europeos.

¡Cuán lejos estuvo de pensar el día en que visitó la carabela que aquellos animales se emplearían contra él!

Ojeda mandaba el ejército contrario e hizo prodigios de valor.

El combate estuvo indeciso por algún tiempo.

Pero al fin la presencia de Flor de Palma, armada también de un arco, peleando con denuedo al lado de Guacanagarí, contribuyó a reanimar a los indios y el triunfo fue completo.

Marién se había libertado de sus opresores.

Hasta la misma playa de Puerto Real fueron perseguidos los restos de los españoles que se embarcaron precipitadamente. Guacanagarí y Flor de Palma tomaron posesión del mando de su cacicazgo.

Caonabo, durante la batalla, había sentido primero admiración por la bravura de la esposa de Guacanagarí.

Después su imagen no se apartaba de su pensamiento.

Anacaona era bella, era inteligente; Flor de Palma unía a todo esto el valor.

Para el guerrero de Maguana el valor eclipsaba lo demás.

Ante sus ojos una amazona superaba a una poetisa.

XXXI

Flor de Palma no abandonaba su idea favorita de unir los reinos de Haití y de Quisqueya.

Lo había dicho un día: "El amor será mi talismán".

Debía comenzar por la fascinación de los caciques y ya casi tendía la red al guerrero de Maguana.

Ella lo comprendía.

Caonabo siempre enviaba emisarios al cacique de Marién con valiosos presentes para Flor de Palma.

Anacaona lo notaba, y a pesar de su virtud, los celos iban apoderándose de su corazón.

Algo avisa siempre a la mujer que hay una sombra, por imperceptible que sea, que le cercena la plenitud de la luz con que el amor de un ser la envolvía.

Y los celos son tempestades ocultas en el alma, como los rayos en la nube.

Un ligero choque, y la chispa eléctrica brota, y produce el cataclismo de la naturaleza por la agitación de todos los elementos.

XXXII

Una noche en que Guacanagarí estaba entregado al reposo en su opulento alcázar sintió como si una mano de hierro pesara sobre su frente.

Un sueño horroroso lo perseguía.

Soñó que le arrebataban la corona de sus sienes y que un monstruo la sumergía en un lago de sangre.

Despertó.

Volvió la vista hacia el lecho de Flor de Palma.

Estaba vacío.

Quiso levantarse.

Alguien lo impedía.

—¿Adónde vas, cacique de Marién? ¡Detente!, —le dijo una mujer que al punto reconoció.

Era Anaima, hermana de Aniguáiba, la cual fue esposa de Guacanagarí.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Anaibelca? —exclamó el cacique.

—No preguntes por tu esposa, cacique de Marién. Ella no ha perecido como aquella infeliz hermana mía que condujiste al sepulcro y cuyo amor no merecías tú.

—¡Déjame, mujer funesta, y devuélveme a Anaibelca, que sin duda es víctima de tu furor y tu venganza!

—¡No!, yo no soy sacrificadora de seres inocentes; no soy como tú, que siempre inmolas tu raza y tu familia a la pasión por el extranjero.

—Pero ¿qué quieres de mí? Habla y retírate.

—Sí, voy a hablar. Escúchame: Aniguáiba y yo vivíamos un día tranquilas bajo la choza de nuestros padres y tú te presentaste en ella para turbar nuestro reposo. El amor inflamó mi alma y fuiste tú mi único delirio. Yo devoraba en silencio mi pasión esperando el instante en que me llevases al altar. Pero el desengaño más terrible me sumió en el abatimiento. No era yo el objeto de tus esperanzas. Aniguáiba fue quien ciñó a sus sienes la corona. Desde entonces mi vida es la de la sombra que llora sobre las tumbas de la raza que has entregado al verdugo de otras tierras. Pero no he sido yo únicamente la mártir de tu ambición. Mi pobre hermana llevó una vida de atroces penalidades hasta que al fin sucumbió maldiciéndote.

—¡Anaima, tú me calumnias!

—¡No! Yo seguía tus pasos y he asistido a todas tus conferencias con el extranjero. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió bajo aquel árbol entre tú y un hidalgo español? ¿No sabes que yo oía tus palabras, que eran la sentencia de muerte de mi hermana?

—Anaima, ¡por piedad!, retírate. Déjame pasar tranquilo los días de mi existencia.

—¡No! Sondea tu conciencia y oye en el fondo la voz del remordimiento que te acusa.

—Pero ¿qué deseas, por qué vienes así a martirizarme? Déjame ir a buscar a Anaibelca.

—¡Cacique de Marién! El extranjero será tu verdugo, como lo ha sido de tu raza. El castigo de Louquo está pendiente sobre tu cabeza. Yo vengo a anunciártelo. Esa Anaibelca, esa extranjera, ha de serte infiel, como lo fuiste tú a mi infeliz hermana.

—¡Retírate, monstruo!

—¡Sí, tú morirás despreciado de los tuyos y escarnecido de los extraños. ¡Cacique de Marién: la hora de mi venganza se acerca!
¡Adiós!

XXXIII

Cuando aquella mujer salió, Guacanagarí se lanzó fuera de su alcázar buscando a Flor de Palma.

A pocos pasos la halló, tendida en el césped, bajo una frondosa ceiba.

Flor de Palma se incorporó.

—¿Me buscabas? —le dice.

—Sí, Anaibelca, ¿qué haces aquí?

—Vine a sustraerme de sueños horribles que pesaban sobre mi espíritu. Quería que el viento perfumado de la noche los llevase a otros seres menos felices que yo.

—¿Y qué soñabas tú, Anaibelca mía?

—Soñé que tú estabas en brazos de otra mujer y que me habías olvidado.

—¡Ah! ¡No, jamás! Yo también tuve sueños de siniestro augurio. Soñé que un monstruo me arrebatara la corona, sumergiéndola en un lago de sangre.

—¡La corona está tan firme en tu cabeza, como tu amor en mi corazón!

Si Guacanagarí hubiese llegado a aquel sitio un poco antes hubiera visto deslizarse entre el follaje una sombra que huía.

Las palabras de Anaíma resonaban en los oídos del cacique: —“Anaibelca te será infiel”— había dicho al retirarse.

XXXIV

La infeliz Anacaona sufría horriblemente.

Sin que el extranjero estuviera por aquellos lugares, Caonabo salía siempre a hacer excursiones por las montañas, atravesando el Guayayuco.

Una noche la reina de Maguana envió uno de los favoritos o servidores de su corte, para que siguiese los pasos del guerrero, y éste fue visto entrando en el alcázar de Guacanagarí.

Aquello fue un rayo para la infeliz Anacaona.

La tempestad se desencadenó en el regio hogar.

Los celos le impulsaban al crimen, y velaba la ocasión de vengarse de la reina de Marién que le había arrebatado su amor.

XXXV

Sigamos a los españoles.

Desposeídos de Marién la escuadra hizo rumbo para el oriente.

Los vientos la obligaron a detenerse cerca de la boca del Bajabonico en cuya costa vecina hizo Colón fundar una ciudad a la que dio el nombre de Isabela.

Muy pronto hubo entre los mismos conquistadores serios disturbios y Colón, para distraerlos, organizó una expedición al interior de la isla.

Se apoderaron de mucha parte del territorio.

Ojeda quería penetrar en Marién, y merced a favorables circunstancias, logró acercarse a los dominios de Guacanagarí.

Caonabo acudió en socorro de su aliado.

Libráronse varios combates que no decidieron el triunfo.

Mientras tanto Flor de Palma seguía ejerciendo mayor ascendiente en el corazón de Caonabo y ya en Guacanagarí empieza a nacer el temor de que el valiente cacique de Maguana se apoderara de su esposa y de su reino.

XXXVI

Anaima velaba siempre.

Veía casi realizarse sus deseos porque comprendía que la ambición atizaba la hoguera del amor culpable en el corazón de Flor de Palma.

Visitó a Anacaona y obtuvo que ella, en la mayor intimidad, le hiciese partícipe de sus sufrimientos y de sus deseos.

Fue desde entonces su aliada en sus proyectos de venganza.

XXXVII

Ojeda con sus tropas estaba ya casi a las puertas de la ciudad de Guacanagarí.

Había enviado al cacique un emisario intimidándole la rendición.

Flor de Palma, Caonabo y el buitío Anaibai hicieron que Guacanagarí contestase con dignidad rechazando aquella insolente pretensión.

XXXVIII

Era una noche lóbrega.

Ni una estrella se veía en el firmamento.

Guacanagarí dormía profundamente.

Flor de Palma había colocado a la cabecera del cacique algunas ramas de un árbol cuya virtud narcótica es conocida: el manzanillo.

Mientras tanto, ella velaba.

Pocos instantes después un hombre penetraba en la alcoba de la reina de Marién.

Era Caonabo.

Se sentó al lado de Flor de Palma y le dijo:

—Es preciso que tu decisión sea pronta. El extranjero está a las puertas de la ciudad. Si no me amas, mañana desampararé tu reino y tu débil esposo tendrá que entregarlo al vencedor.

—¿Cómo quieres que manche con el adulterio el tálamo conyugal?

—¿Prefieres entonces perder la corona y la fortuna? ¡Pues sea! ¡Adiós!

—No; no te retirarás. Quiero que quedes en Marién, que nos defiendas, que asegures la corona en nuestras sienas. Louquo premiará tu sacrificio. Pero no me exijas que sea culpable.

—¡Bien! Yo mataré a Guacanagarí y el culpable entonces seré yo.

Y así diciendo, templó el arco, e iba a asestar la flecha al corazón del cacique.

—¡Detente! ¿Cómo permitir que en mi presencia se sacrifique a mi esposo?

Un suspiro cruzó el ámbito de la alcoba, y Flor de Palma, trémula, vio que Guacanagarí movía una mano como llamándola.

Quitó prontamente las hojas de manzanillo de la cabecera del lecho.

—Huye, —dijo a Caonabo— mis hojas han perdido su virtud. Guacanagarí despertará y entonces...

Caonabo salió.

Flor de Palma fue en pos de él hacia la puerta.

—Anaibelca —dice Caonabo— por última vez ¿serás mía?

—¡Cacique de Maguana, seré tuya si me prometes unir tu reino al mío bajo mi dominación!

Caonabo vaciló un instante.

—¡Pues sea! Mañana estará sometido mi reino a tu poder.

—¡Mi ambición empieza a cumplirse! —murmuró Flor de Palma—. ¡Seré reina de Haití y de Quisqueya!

XXXIX

Acababa de pronunciar Flor de Palma estas palabras, y apenas Caonabo había avanzado veinte pasos, cuando un silbido agudo estremeció el viento y la punta de una flecha atravesaba el corazón de la reina de Marién.

Cayó en tierra a la puerta de su alcázar inundándola de sangre. Guacanagarí acudió al ruido que hizo el cuerpo al caer.

La vio, tendida, con la rama de manzanillo aún en la mano.

Tocó su corazón.

Había muerto.

Lloró como un niño junto a su cadáver y a sus alaridos toda la corte vino a presenciar el doloroso espectáculo.

XL

Pocos instantes después todo era confusión en la capital de Marién.

La noticia de la muerte de Flor de Palma cundió de un extremo a otro.

Parece que los españoles, aprovechándose de esta circunstancia, asaltaron la ciudad, y la más horrible carnicería puso fin a la dominación de Guacanagarí.

Este, llevándose el cadáver de su esposa, para que no cayese en manos de Ojeda y los conquistadores, huyó con todos los suyos hacia los dominios de Caonabo, que se había salvado cruzando los montes.

XLI

¿Quién había dado muerte a Flor de Palma?

¿Sería algún indio comprado por Ojeda?

¿Sería alguno que sirvió de instrumento a la venganza de Anacaona?

¿O sería Anáima, la sombra tenaz y perseguidora del cacique de Marién?

El impenetrable velo del misterio cubría este crimen.

En vano se hacían esfuerzos para hallar al culpable.

XLII

Guacanagarí había caído en un abatimiento invencible desde la muerte de su esposa.

En su corazón se levantó una borrasca de dudas y pesares que iba consumiendo su existencia.

Sobre todo, jamás se le apartaban de la memoria las ramas de manzanillo que halló en las manos de Flor de Palma cuando acudió al ruido que hiciera la caída de su cuerpo.

—¿Qué significaba aquella mortífera planta? ¿Había ido Flor de Palma a recogerla para darse la muerte? ¿O intentaba ella quitarle la vida, para seguir a otro?

Todo esto iba y venía en su imaginación sumergiéndole en la más insoportable de las incertidumbres y el más abrumador de los tormentos.

XLIII

Preparábase un formidable ataque de todos los caciques reunidos contra los españoles.

Bohechío, Caonabo, Guarionex y Cayacoa invadieron el reino de Marién en unión de Guacanagarí.

Pero como este último, a igual que siempre, vacilaba, estuvo a punto de estallar un conflicto entre él y Caonabo.

De aquí surgió de nuevo la división entre ambos caciques.

Guacanagarí, una vez muerta Flor de Palma, no sentía que la patria le exigiese ningún sacrificio, y desentendiéndose del ataque, envió emisarios secretos a Colón, proponiéndole la paz.

Este aceptó.

El cacique de Marién imploró el perdón del Almirante y de nuevo fue el más adicto a los españoles.

Pero entre ellos tenía muchos enemigos.

Ojeda no pudo perdonarle nunca la fuga de Flor de Palma.

XLIV

Anacaona se había retirado a Jaragua donde gobernaba con su hermano Bohechío. Aquel reino no había sido todavía hollado por la planta del extranjero.

Bartolomé Colón, hermano del Almirante, fue recibido allí con la mayor cordialidad. Pactó con Bohechío el pago de tributos por parte del cacicazgo y todo aseguraba el triunfo completo de los españoles.

Pero, embarcado Colón para España, empezaron los vejámenes y persecuciones a sumir en la más horrorosa situación a los pobres indígenas.

A Guacanagarí se le impusieron odiosas y gravísimas contribuciones y se le veía con desconfianza.

El pobre cacique era objeto de una saña cada vez más creciente.

Estaba despreciado por los españoles y casi abandonado de los suyos.

XLV

Sus días le encaminaban a la tumba.

Tenía en su corazón todo el peso de los recuerdos de su infortunada vida.

El remordimiento era el compañero inseparable de su conciencia.

Cuando ya, en el fondo del bosque, lloraba en el mayor desamparo toda su perdida felicidad, he aquí que aquella sombra fatídica, aquella Anaima implacable, se le aparece un día.

—Aquí estoy, le dice. Vengo a visitarte en tus últimos momentos. Vengo a revelarte al borde de la tumba el secreto de tus últimas desgracias. Te lo dije un día: “Tu Anaibelca te será infiel y morirás despreciado de los tuyos y escarnecido de los extraños”. ¡Estás mirándolo!

—¡Oh! ¡Perdón, piedad! ¡Que no sepa yo la historia de mis últimos infortunios!

—Sí, es preciso que la oigas. Es preciso que sepas de lo que esos extranjeros son capaces en esta nuestra pobre tierra. ¿No recuerdas aquel ramo mortífero que viste en la mano de Anaibelca cuando cayó sin vida?

—¡Oh sí! Dime ¿Qué significaba?

—Estaba puesto por ella a la cabecera de tu lecho, para adormecerte, mientras se entregaba a tu rival.

—¿A mi rival? ¿Y quién era mi rival?

—Caonabo, tu aliado, que, sin saberlo, vengaba a mi infeliz hermana, haciéndote víctima del adulterio de tu esposa.

—¡Ah infame!...

—¿Sabes quién se vengó de esa mujer que llevara a tu hogar, con un amor mentido, la traición y el deshonor?

—¡Dímelo! ¿Quién?

—Fui yo, a quien Anacaona comunicó sus deseos, y que me presté a ejecutarlos, para ser también su vengadora.

—¡Anaima, te perdono!

—Yo no he sido sino la enviada de la justicia del Turey. Tu destino se ha cumplido. Ahora, muere en paz.

Y Guacanagarí, el débil monarca de Marién, pocos instantes después exhalaba solitario el último suspiro.

De acuerdo con Carlos Federico Pérez, esta fantasía formaba parte de la primera edición de las *Fantasías* y, hasta la selección hecha por el crítico y publicada por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en 1970, no había vuelto a publicarse, siendo prácticamente desconocida por el público lector. Como se advierte, el poeta ha empleado la *prosa poética*, que gozó de la preferencia de los románticos hispanoamericanos, sobre todo de aquellos que cultivaron los tópicos indigenistas.

El Juncos Verde.

El hallazgo de un juncos verde a un pajarito
de miada. Labratos suspensas...
a despertar en los sueños las más bellas
juncos esperanzas.

J. G. García. Memorias p^o de...
I

Jugay sobre el...
sobre el...
sobre el...

OTROS POEMAS

SONETO

—Improvisado—

*En el día de la anexión de
Santo Domingo a España.*

Vi a mi patria nacer, e independiente,
rompiendo el yugo de ambición tirana,
lauros ceñirse, de su gloria ufana,
entre el aplauso de extranjera gente.

Después, aunque buscando diligente
la dulce paz, desde su edad temprana
la traidora ambición, codicia insana,
su seno desgarró, manchó su frente.

Pero altiva y heroica su bandera
siempre la senda holló de la victoria:
nunca fue a extraños déspotas vendida.

Hoy que lo manda así la suerte fiera
juremos a esa patria darle gloria
¡darle la libertad con nuestra vida!

18 de marzo de 1861

José Joaquín Pérez, en un arrebatado patriótico, escribió este soneto a los dieciséis años, el mismo día en que el gobierno del general Pedro Santana proclamó la anexión de la República Dominicana a España. Estos catorce versos prueban que, desde muy temprana edad, había en el poeta una fuerte vocación nacionalista que se manifestaría reiteradamente a lo largo de su dilatada obra.

DIEZ Y SIETE AÑOS

Al saludar la aurora me sorprende
el ángel de mi fe, sobre el camino
donde al par de mi vida mi destino
marchitas flores recogiendo va.

Una aurora que traza entre sus rayos
melancólica tímida esperanza;
¡días que el hoy a comprender no alcanza,
días que en el ayer quedaron ya!

Otra aurora, tal vez sea la postrera
que marque un rumbo a mi contraria suerte;
ornada de ciprés tal vez la muerte
al entrar a otra edad me diga ¡ven!
O tal vez la ilusión de otros amores
plácidos goces a mi vida trae...
y cual el lago en que la flor se cae
me lleve a una región de inmenso bien.

Si es verdad que es el prisma misterioso
del porvenir la ya pasada historia;
si en la existencia siempre una memoria
puede al hombre el mañana definir;
¡ay! entonces fatídica, agorera,
mi estrella se alza allá en el horizonte
diciendo "aún a padecer disparte
largo es tu cautiverio y tu gemir".

¿Qué le debí a mis sueños de esperanza,
 qué a la luz de mi fe? Rudas y lentas
 horas de tristes agonías, sangrientas
 lágrimas, hijas de dolor y afán...
 Las espinas del negro desengaño,
 las redes de una vil hipocresía.
 En el amor de la mujer, la fría
 ceniza que restaba del volcán...

En diez y siete años otras tantas
 pendientes que llevaron a un abismo
 de mísero y tenaz escepticismo
 mis creencias de plácida niñez...
 Diez y siete Calvarios donde viera
 la cruz del sacrificio levantada
 y por la turba del dolor cercada
 con frenética, vil insensatez...

¿Yo no tendré mi redención acaso
 expiando la miseria de la vida?
 ¿No dejaré al cruzar, en mi partida,
 ni un nombre, ni un recuerdo al porvenir?
 ¡Ay, pobre aquel que con la gloria sueña
 y al humo vano del renombre fía
 los hijos de su loca fantasía,
 las esperanzas que miró lucir...!

.....

Vamos, pues, a colgar de los altares
 de una edad borrascosa los despojos
 que ayer mis tristes y abatidos ojos
 miraron agruparse en derredor.
 Vamos, pues, a postrarnos en la tumba
 do yacen del ayer las ilusiones
 y al compás de fatídicas canciones
 saludar de esta aurora el resplandor.

No haya tregua y sigamos imprimiendo
doquiera exista espacio nuestra huella,
diciendo ¡adiós! a la esperanza bella,
diciendo ¡ven! al llanto y al pesar.
Ellos serán mis dulces compañeros
hasta que arranque de mi lira un día
mi postrero suspiro de agonía
que me lleve a otro mundo a despertar.

27 de abril, 1862

Poema que recoge el ambiente nostálgico y el pesimismo melancólico que fueron tan característicos del romanticismo. La emoción, traspasada por el desengaño y el escepticismo, es presa de fatales augurios y de desesperanza.

BANÍ

*A mi querido amigo
Fco. Gregorio Billini*

Ya diviso tus colinas,
ya tus palmares diviso,
 encantado paraíso
que en mis delirios soñé.
Permite a un bardo de Ozama
que te admire y te bendiga
y que a su suerte enemiga
un adiós eterno dé.

Ya dejo mi hogar, mi cielo,
mi ciudad y mis amores,
porque allí no brinda flores
sino abrojos el gozar,
y vengo a ti, lindo valle,
en tu lecho de esmeralda
a tejer una guirnalda
para mi sien adornar.

Dámela sí, y en tus montes,
en tus bosques y llanuras,
en tus playas y espesuras,
en tu río murmurador,
beberé el raudal fecundo
de mi entusiasmo ferviente;
¡tú serás mi musa ardiente,
tú mi genio inspirador!

.....

Valle de luz y de flores,
cuán bello a mi vista eres;
la cuna de mis placeres
miro por ti con desdén,
por ti, do tiene su trono
fijado la dulce Flora,
la Primavera su Aurora,
Naturaleza su Edén.

Con tus bohíos pintorescos
en cuyos techos de cana
cuando asoma la mañana
fulgura un sol tropical,
pareces movable nido,
colgado de las colinas,
mecido por los ondinas
de belleza sin igual.

Besa tus pies majestuoso
y murmurante en sus giros
el Banilejo, al suspiro
de la brisa entre el manglar;
y el pino sacude al viento,
plantado en la verde orilla,
la enhiesta frente que humilla
para sus linfas tocar.

Allí la cabra, en la cumbre
de los peñascos se asoma,
y corre de loma en loma
del agua huyendo al rumor;
y el pájaro enamorado
al hender rápido el viento
mezcla a este lánguido acento
su trino conmovedor.

Y quién escuchar pudiera
el lenguaje misterioso
con que al bosque, al sol radioso
que en oriente ve nacer,
cuenta este río las historias
que al resplandor de la luna
ha mirado, una por una,
en su margen suceder.

.....

¡Cómo se ostenta —ceñido
de azulada bruma leve—
con tintes color de nieve
sombreados de carmesí,
el Cucurucho altanero,
centinela vigilante
que anuncia al viajero errante
que un paraíso hay allí...!

¡Ay! en su cumbre los años
han puesto su mano ruda,
y mientras que todo muda
y se cambia en la creación,
él, perenne, al Tiempo ha visto
generaciones hundiendo,
y ha resistido tremendo
la ley de la destrucción.

.....

Allí está el Hato —el mugido
de la vaca así lo anuncia—
que ya al aprisco renuncia
porque se alza y brilla el sol;
ya sacude su pereza;
con lento paso camina;
y en la sabana vecina
pace el tostado pajón.

Ora un jinete, ligero,
al potro enjaezado monta,
y cruza, con marcha pronta,
el bravo toro a enlazar;
ora conduce el hatero
su manada desde Paya,
mientras con el tiple ensaya
rústico, alegre cantar...

.....

Mas... ¿qué guarda, lindo valle,
aquella eminencia inculta
que tras las nubes oculta
su grandiosa majestad?
La miro, y ante mis ojos
finge su cúspide altiva
una sombra fugitiva,
errante, en la inmensidad.

A ella corro y me sorprende
no sé qué murmullo vago,
que anuncia el siniestro amago
de huracán asolador...
¡Ah, es un torrente!... Le veo;
ruge, salta, y en la roca
con rápido empuje choca,
¡tremendo, amenazador...!

En sus desiertas riberas
 apenas el árbol crece;
 todo en torno amarillece
 y se ve mustio morir;
 llevándose en la corriente
 troncos y hojas impelidas,
 cual ve el alma suspendidas
 ilusiones lejos huir...

Sigue, impetuosa cascada,
 como el hombre, tu camino,
 mientras tu último destino
 señale el dedo de Dios;
 que yo guardaré perenne
 tu recuerdo en mi memoria,
 y de mi vida en la historia
 irá tu imagen en pos...

Campos, aves y torrentes,
 colinas, palmas y flores;
 sol de puros resplandores;
 fascinadora creación;
 ¡ante vuestro inmenso encanto
 no tiene el arpa un acento,
 y trémulo y sin aliento
 se anonada el corazón...!

1860-62

Siendo aún muy joven, el poeta expresó su profundo sentimiento de la naturaleza, exaltando la flora tropical —exuberante y luminosa—, en versos cargados de entusiasmo jubiloso.

De acuerdo con Carlos Federico Pérez, el poema "Bani", aunque aparece con fecha de 1880 en la recopilación que figura en *La lira de José Joaquín Pérez* (1928), corresponde en realidad a una fecha muy anterior, probablemente entre 1860 y 1862, de acuerdo con el lugar que dicho poema ocupa en la libreta manuscrita titulada *Ráfagas tropicales*.

Carlos Federico Pérez observa que, a pesar de que en *La lira* los versos están separados en cuartetos, el agrupamiento en octavillas es más favorable, cambio que hemos acogido en la presente edición.

16 DE AGOSTO

A los dominicanos

Alzad entre la bélica
y atronadora liza
de libertad el lábaro
que el triunfo inmortaliza
y a los tiranos míseros
el polvo hace besar.

Cantad, hijos de América,
al son de los cañones
con voz potente, mágica,
a innúmeras naciones
el porvenir magnífico
que al fin vais a alcanzar...

Baldón de un pueblo, alzáronse
en bulliciosa orgía,
en delirante vértigo,
sicarios mil un día
y el pabellón raquíptico
de Iberia los cubrió.

Vendiéronse a un sacrilego
poder, en cambio al oro
que ambicionara un sátrapa,
quien el genial decoro
de los patriotas férvidos
con el terror ahogó.

Dos años, en las márgenes
de Ozama, gemidora,
la Libertad, sus ínclitos
guerreros vio que el hora
gloriosa, bella, espléndida
quisieron oír sonar,

para lanzarse intrépidos
en el combate, fieles
a recoger su lábaro
ceñido de laureles,
y el poderoso cántico
de redención alzar...

¡Al fin llegó! Y el ímpetu
atronador que llena
de la comarca el ámbito
do murmurante suena
el eco libre y raudo
del Yaque y del Camú,

anuncia que algún héroe
la Libertad proclama:
sobre su frente mírase
de un Dios la inmensa llama,
y entre su mano agítase
el pabellón de Cruz.

En ruina sus alcázares
miró el tirano fiero
y en su medroso ánimo,—
del crimen compañero—
ve alzarse espectro tétrico,
nuncio de asolación.

El son duro, terrífico,
de mil viles cadenas
despedazadas hiérole,
y entre las rudas penas
del ostracismo, mártires
inmola a su ambición.

¡Hijos del Yaque aurífero,
blandid el noble acero!
La libertad su trípode
en vuestro pecho fiero
tendrá y el rudo oráculo
fatídico escuchad.

Que lleva al campo, intrépidos
para lidiar, los bravos:
¡romped el yugo mísero
de estúpidos esclavos!
¡Volad, oh nobles Hércules,
a combatir, volad!

Asolador, magnífico
sangriento en la pelea
vuestro blasón heroico
espanto a Iberia sea:
que sois hijos de América
la libre —aunque fatal.

Ejemplo os da la pléyade
de las demás naciones
que al continente míranse
del Sud, alzar pendones
en sus gigantes cúspides
de gloria perennal.

Oculto, potentísima,
del Hacedor la mano
trazó sobre los límites
del cielo americano

el lema sacro, espléndido:
 "Ser libres o morir".

Y el mar en ronco estrépito,
 y el aura de los campos,
 del sol la lumbre vívida
 en sus dorados lamos,
 nos dicen, en son mágico:
 "Vencer sólo es vivir".

¡Esclava hija del trópico,
 Polonia americana!
 Tu acero empuña —y sálvate
 de la opresión tirana:
 la lucha es grande —arrójate
 conquista tu laurel.

Laurel que nunca alcánzase
 a hallar aquí en la tierra
 que sólo Dios en única
 creación para ti encierra...
 ¡Enjague Dios tus lágrimas,
 bendiga tu poder...!

Agosto, 1863

Este poema fue escrito en agosto de 1863, fecha que marca el inicio de la guerra restauradora, acontecimiento de honda significación y decisivas repercusiones en la historia dominicana del siglo XIX.

En esta composición ensaya el poeta la denominada estrofa manzoniana, siguiendo los pasos de Alejandro Manzoni (1785-1873), poeta italiano muy conocido por su novela *Los novios*, autor de la oda "El cinco de mayo" (escrita en memoria de Napoleón), que gozó de gran aceptación entre los románticos hispanoamericanos. La estrofa manzoniana está compuesta de heptasílabos de terminación esdrújula alternados y el verso final de terminación aguda.

Como puede advertirse, en la séptima y décimotercera estrofas falta el esdrújulo. El quinto verso de la séptima dice: "El eco libre y raudo"; el tercer verso de la décimotercera reza: "vuestro blasón heroico".

LAS FLORES DEL TORRENTE

(Alegoría)

Dos flores un torrente que cruza el alto monte
en sus riberas quiso mirar siempre lucir;
y el rayo enamorado del sol, en su horizonte,
para las castas flores se vio bello surgir.

Siguiendo va en su curso, cantares pregonando,
la mole gigantesca que salta y rueda y cae,
y a cada golpe rudo que va en las peñas dando
las flores estremece, que hacia su orilla atrae.

“¡Ay! pobrecillas flores, constantes, solitarias,
hijas de este desierto de atronadora voz;
¿qué hacéis junto al torrente? ¿por qué tan temerarias
la injusta suerte os lleva de un precipicio en pos?”.

Así cada viajero, atónito, decía
a aquellas blancas flores, si allí las vio al pasar;
de ellas los tiernos cálices el viento remecía,
“—felices así somos—” fingiendo replicar.

Los ecos de los bosques, santuarios de la calma,
solemnes templos mudos que alzara la creación,
vibrando respondían también: —“Feliz el alma
que escucha junto a otra alma, la voz de una pasión”.

¿Comprendes? Es el vasto desierto: la inclemente,
la mísera existencia que nos brindó el dolor;
las flores, nuestras almas; la voz de ese torrente,
el eco tempestuoso de nuestro dulce amor.

Poema de carácter amoroso incluido en *La lira*, entre las composiciones finales de la primera década (1871-1880), pero que, según Carlos Federico Pérez, corresponde a los años 1865-66.

¡ADIÓS!...

*Al Ilustrado Presbítero
Fernando Arturo de Meriño
desterrado por Báez*

Proscrito ¡adiós! Aún veo sobre tu frente
ceñida del martirio la corona;
a otro cielo, a otra playa te abandona
de un sátrapa vulgar torpe opresión.
¡No importa! El lento giro de las auras,
la ola que besa del bajel la prora,
llévente una esperanza bienhechora
con la voz que suspira en mi canción.

¡No importa! De ese déspota el encono,
ensañado del solio en la alta cumbre,
la insaciable, obsecada muchedumbre,
que lo eleva, mañana ha de vengar.
Que la ley del más fuerte, un débil sopro
aniquila del noble poderío
de la justicia, que tu heroico brío
y tu abnegado esfuerzo harán triunfar.

¿Cuál tu crimen hoy fue? Cuando la patria,
ya libre, agita su pendón glorioso,
y oprime con su pie del poderoso
la sangrienta e indómita cerviz;
cuando del cáliz —ya apurado— aparta
el labio, donde asoma una sonrisa,
y ve que de su triunfo inmortaliza
la memoria ¿—qué mal la hace infeliz?

¡Ay...! Es que mira profanar su seno,
arrancando uno a uno sus blasones,
porque en viles, ingratos corazones
la ambición erigió sangriento altar.
Y una turba frenética —proscrita
del patriotismo por la ley sagrada—
trae al suelo inmortal de la Primada
al que contra su vida osó atentar.

Y tú, —patriota, e hijo de la santa
ley que el Cristo enseñó desde el Calvario—
al intruso y odiado mandatario
haces la frente ante tu voz rendir.
Le recuerdas su crimen, le amedrentas,
del pueblo exaltas el furor, y un rudo
cautiverio señalas al que pudo
burlarse de la gloria y el sufrir...

De rabia y de salvaje ira el perverso
victimario tembló; de la conciencia
el eco aterrador, en tu presencia,
le hizo pensar en la venganza cruel.
Y arrojando el sarcástico, insolente
grito de maldición y despotismo;
viendo cercano el fondo del abismo
do va a hundirse su efímero poder,

al Apóstol, ungido por la noble,
salvadora, patriótica fe, lanza
su primera sentencia de venganza
la primera, inflexible proscrición,

y tú, humilde discípulo del Cristo,
heroico defensor de sus doctrinas
de paz y de virtud, en pos caminas
de otra ribera, en alas del turbión...

¡No importa! sigue pregonando siempre
de la verdad el poderoso imperio;
revelando a la pobre humanidad,
leyendo el porvenir y su misterio.
Enseña a los tiranos que es el polvo
la deleznable imagen de su vida;
y que mañana en él, triste, abatida,
se verá su insolente majestad.

Dile a esta patria —ayer mísera sierva,
redimida después— hoy engañada,
que aguce presto la inflexible espada
de su justicia y su triunfante honor,
para que un día enlazando a su futuro,
la historia, su heroísmo sobrehumano,
diga que nunca pudo otro tirano
imponerle su cetro destructor...

¡Adiós! Mártir campeón de un noble pueblo;
desde otros tristes, apartados climas,
mira lucir en las gigantes cimas
de tu patria y mi patria, hoy infeliz,
la bandera que ya los fieles hijos
de Agosto van a enarbolar, librando
del anti-nacional, pérfido bando,
la abatida e indómita cerviz.

¡Aliénteles tu ejemplo! Y la corona
para tu frente inmaculada tejen;
cuando al tirano en la impotencia dejen
ese triunfo será tuyo también;
entonces, al cantarlo en la insonora
lira que ¡adiós! hoy, lánguida, te dice,

yo te diré: "Tu predicción bendice
la Patria —libre ya—. Proscrito, ¡ven!...

1865

También incursionó José Joaquín Pérez en el ámbito de la llamada "Poesía política", campo frecuentado por nuestros poetas decimonónicos para expresar su posición frente a determinados acontecimientos de la historia nacional.

En este poema, el punto de partida es la expulsión de que fue objeto el presbítero Fernando Arturo de Meriño —maestro de José Joaquín—, luego de que pronunciara su famoso discurso ante la Asamblea Nacional Constituyente para responder al juramento de Buenaventura Báez como Presidente de la nación, y a quien el sacerdote y político reprochó públicamente su actitud indiferente ante la guerra restauradora y su aceptación del título de Mariscal de Campo español, en momentos en que la República se hallaba en plena confrontación revolucionaria, tratando de reconquistar la soberanía perdida. Ni que decir tiene que el flamante presidente, que había pasado del "destierro al solio" con la misma facilidad que se descendía del "solio ante la barra del Senado", dispuso de inmediato el extrañamiento del Padre Meriño.

TU CUNA Y SU SEPULCRO

A mi hija

¡Hija, no tienes madre! Yo bendigo
su memoria hoy en ti: la imagen eres,
aquí en la cuna, de la luz que sigo
en el perdido edén de mis placeres.

¡Hija, no tienes madre! A otro horizonte
voló tu astro de luz, flor sin rocío;
tras la cima cayó del pardo monte
dejándote en el triste valle umbrío.

Hija, yo —sin tu madre— ave que muda
a la peña su nido porque un día
fue a su bosque de amor borrasca ruda,
yo, ¿qué puedo ofrecerte, Eugenia mía?

Tú eres bello girón de la corona,
mustia ya, de mis últimos amores;
fragmento de una vida que abandona
su senda ornada de fragantes flores.

Verde rama del árbol débil, seco,
do encontré una morada hospitalaria,
yo te trasplantaré donde oye el eco
del bravo mar mi roca solitaria.

Allí, libre del mundo y de amor ciego,
te cuidarán mis manos paternas
y serán para ti más fértil riego
de este llanto que vierto los raudales.

Ya has pisado el umbral do a verse alcanza
el campo estéril de la incierta vida.
¡Dios te brinde, hija mía, la esperanza
de cruzarlo feliz y sonreída...!

¡Mañana! ¡El porvenir! ¡También perdidos
cual el pasado irán, pobre hija mía!
¿Por qué miré a tu cuna alzarse unidos
los tristes restos de mi esposa un día...?

¡Tu cuna y su sepulcro! Y yo besando
una flor entreabierta, otra marchita...
Y mis trémulos labios recitando
una historia... con lágrimas escrita.

Tú no la comprendiste; ella tampoco.
Muda tú... de inocencia... ¡Ella de muerte!
Mas cada vez que ese recuerdo evoco
yo no sé por qué quiero y temo verte.

Hija, si la felicidad es tan precaria,
si tú, cual ella y como yo, algún día
alzas de amor tu férvida plegaria,
nunca esperes la calma y la alegría.

Mientras más apacible el mar se cruza,
tiende la negra tempestad sus alas;
y el árbol más y más se desmenuza
si ornado se halla de fragantes galas.

.....

¡Hija sin madre, huérfana en la cuna!
¡Pedazo de mi alma y de su vida!

¡Dios conmigo te brinde la fortuna;
cruza el camino alegre y sonreída!

Este poema —profunda meditación ante la vida y la muerte— expresa la desgarrada condición del autor frente al deceso de su esposa y la incertidumbre que lo embarga cuando piensa en el futuro de su hija, de nombre Eugenia, igual que la madre. En la edición de la obra poética de José Joaquín, preparada por Carlos Federico Pérez, se suprimió una estrofa completa, la penúltima, cuyos versos dicen:

“¡Ay! ¿Tú morir? ¿El solitario nido
dejar que te labré junto a mi seno?
¡No! Vive y crece aunque después, vertido
apuremos del mal todo el veneno”.

HOJAS

(En un álbum)

La hoja primera que del árbol cae
al ímpetu del viento que la mece,
y halla una tumba, que al pasar la atrae,
donde otra nace esbelta y reverdece.

He aquí la imagen que se ofrece al alma
cuando, al dejar en tu álbum su memoria,
en ti contempla la felice calma,
por ti recuerda su perdida historia.

Mis sueños, hojas fueron que en la cumbre
del árbol de la vida se mecían;
auras de amor en leda muchedumbre
sobre ellas, al pasar, languidecían.

La hoja primera... el raudo torbellino
un día la arrebató; su tumba cierta
le dio falaz y mísero el destino
allí donde a la vida otra despierta.

Tú, —la corona del amor tejiendo
como aquel árbol donde la hoja nace—
yo, —mis hojas ya secas— esparciendo:
que una, en su tumba, para ti aquí yace.

En esta blanca página primera
mi nombre escribo y mi fatal memoria:
junto a los sueños que el placer te diera
vengo yo a unir mi pesarosa historia.

Así —detengo mi atrevida mano—
y quiera el cielo que estas blancas hojas,
cual las del árbol que adorné yo en vano
no entre el polvo mañana las recojas.

Ellas su aroma brinden al que venga
cual viajero, a grabar su nombre en ellas,
nombre que para ti siempre contenga
de eternas dichas, indelebles huellas.

Es notoria la similitud de este poema con "Tu cuna y su sepulcro", escrito por el poeta, como ya se dijo, a la muerte de su esposa y el nacimiento de su hija Eugenia.

CUBA Y PUERTO RICO

De América en los ámbitos
dos pueblos entre horrores,
bajo la planta férrea
de ignaros opresores,
gimiendo viven míseros
sin gloria y libertad.

Sus leyes son las páginas
que, con la sangre humeante
de sacrosantas víctimas,
escribe a cada instante
un alevoso sátrapa,
ibérico chacal...

¡Mirad! Son los caníbales
de la vetusta Europa:
los que en festín espléndido
y en turbulenta tropa
vi destrozar famélicos
mi pobre patria ayer.

¡Los que después, en cínica
y vergonzosa huida

allá tras el Atlántico,
miraron su raída
bandera, al soplo mágico
de libertad caer!

¡Miradlos hoy vengándose!...
dos hijas de esa raza,
dos candorosas vírgenes
que igual destino enlaza,
se rinden al impúdico
deseo del opresor.

La una, de su pálida
y altiva frente bella
hoy borra potentísima
de oprobio vil la huella;
la otra, yace exánime;
¡mas vengarán su honor!...

¡Indiana de ojos lánguidos,
matrona del Caribe!
bajo sus palmas, trémula
de ira, el nombre escribe
que un día en gloriosos mármoles
se mire fulgurar.

¡Guay! ruge, álzate impávida,
leona de Occidente,
no más tus hijos ínclitos
doblen la egregia frente;
no dejes a los bárbaros
volverte a maniar.

Contempla cual refléjase
tu estrella solitaria,
con sus destellos vívidos
en la urna cineraria
de López y otros mártires
que viste sucumbir.

Escucha: levantándose
de sus sangrientas fosas
con misterioso estrépito
sus sombras pavorosas,
¡venganza! Cuba, implórate,
vengarlos o morir.

Mañana de la América
serás la predilecta,
y allá, en tus campos fértiles,
de aquella raza abyecta
que destrozó la ergástula,
que te ayudó a vencer,

harás la noble, ingénita
estirpe del progreso,
y en el trabajo espléndido
tendrás fácil acceso
al templo donde miranse
las artes florecer....

Y tú, la pobre huérfana,
tú, que has pedido tanto
desesperada, el único
consuelo a tu quebranto,
el maternal, purísimo
bien de la libertad;

¿qué aguardas, di? ¿Qué horóscopo
funesto te destina
a ver perennes déspotas
de tu baldón y ruina,
de tus despojos míseros,
haciendo la heredad?

De tu actitud pacífica
se burla el vil ibero,
y cada vez que trémula
te ve a sus pies —más fiero,

vengando en ti la heroica
cubana oposición—

tus indefensos mártires
cobarde pisotea;
y a fin que nunca, intrépida,
Borinquen libre sea,
te anula empobreciéndote,
¡te colma de irrisión!

¡No duermas, no, que débiles
sus hordas divididas
hoy puedes ver inútiles
ante tus pies rendidas:
tu enseña sople el hálito
¡de sacra libertad!

De Lares ya las víctimas
su ejemplo te ofrecieron;
combate en hueste innúmera,
y si ellos sucumbieron,
hoy, más felice, indómita,
su sangre haz de vengar...

¡Oh, pueblos de la América
también siervos un día!
¿por qué en luchas estériles
y en indolencia impía,
dejais a vuestras débiles
hermanas perecer?

¿No veis que audaz la cínica,
la aventurera España,
aún sueña su despótica,
su maldecida saña
emplear contra la pléyade
que vio —libre— perder?

¡Hijas del gran Bolívar,
legión de vencedoras!

dos lauros hay magníficos,
y brillan dos auroras
en ese cielo mágico,
¡que el iris irradió!

Protejan vuestros lábaros
la libertad doquiera;
que, con el ancho Océano,
de Europa la altanera,
la encantadora América
¡Dios mismo separó!

1873

Composición patriótica de fuerte contenido antillano-americanista, en la que se increpa a España por mantener la dominación colonial en Cuba y Puerto Rico y prolongar allí un despotismo que engendraría la guerra de liberación en las dos islas hermanas. Los esdrújulos de la estrofa manzoniana confieren su tono heroico al poema.

ALBA Y OCASO

I

Eres, niña, del alba de la vida
primer rayo de luz que el éter dora:
por ti al amor y a la ilusión convida
el cielo, el ave, el mar, la flor, la aurora.

Tus cantares de dulce melodía
los ecos son de un porvenir de gloria;
todo en ti es puro afecto, simpatía;
algo así que no muere en la memoria.

II

Yo soy un rayo de la luz cautiva
que ya la bruma de la tarde apaga,
y al que le da su adiós la fugitiva
y pobre alondra que en el bosque vaga.

Mi noche de pavor ya se adelanta
envuelta en la tiniebla borrascosa;
y doquiera que imprimo ya la planta
la última flor de mi ilusión reposa.

III

¡Ah, si pudieran en el mundo un día
el alba y el ocaso confundirse!
Feliz entonces ¡cuán feliz sería
el que en las sombras solo espera hundirse!

1873

La niñez —fuente de vida y de ilusión creadora en la obra de José Joaquín Pérez— es siempre motivación optimista, etapa de ilusiones y buenos augurios, que el poeta contrasta con el ocaso y las brumas otoñales de la senectud. Esta parece haber sido una de sus grandes preocupaciones de toda la vida, ya que el texto, fechado en 1873, revela que el autor apenas tenía veintiocho años de edad cuando lo escribió.

RÁFAGAS

I

Auras marinas, sollozadores
ecos que cruzan la soledad,
 aladas brisas
de otras riberas, do mis amores
¡ay! me escuchasteis un día cantar;
sobre esta roca, do meditando
triste y proscrito me veis llorar;
 auras marinas
decidme al menos que allá, esperando,
hay quien lamente mi soledad.

II

Benditas horas que ayer volasteis
de un torbellino fatal en pos,
 dulces memorias,
celestes goces que ya pasasteis
¿por qué con lágrimas os dije adiós?...
Donde en el mundo mi incierta planta
tenaz y rudo destino guió,
 benditas horas,
nunca volvisteis; en ansia tanta
lo que amo sólo de mí fue en pos.

III

Ángel tan bello ¿podrá olvidarse?
 Amor tan casto ¿podrá morir?
 Se prometieron,
 lánguidas ambas, al encontrarse,
 nuestras miradas el porvenir.
 Y desde entonces cada sonrisa,
 cada suspiro de amor febril
 de ángel tan bello,
 llorando siempre me trae la brisa
 ¡cuando a mis plantas viene a morir!

IV

Nido de flores que al pie de Ozama
 mece el susurro de aura de amor,
 las ilusiones,
 Patria infelice, que el bardo ama,
 en ti nacieron y tuyas son.
 Y aunque ostentes negra corona
 que adverso el hado te preparó;
 nido de flores,
 ¡ay! mi recuerdo no te abandona,
 ¡guardas mi vida, guardas mi amor!

V

Azules ondas que vais perennes
 cruzando abismos y a otro confín,
 entre arenosas,
 lejanas playas, ecos solemnnes,
 besos de espuma dais al morir;
 ya tibio el rayo del sol os hiera,
 ya os ciñe parda niebla sutil;
 azules ondas
 como a mi alma que no os espere
 la muerte lejos de aquel confín.

VI

Id, y a la Eva que creó en mi sueño,
de mi ser mismo sonriendo un Dios,
 que placentera
al suyo ardiente mi labio uniera
y entre su seno me comprimió;
llevad mis cantos sollozadores
y en vuestro triste, postrer rumor,
 oiga esa Eva
una plegaria de mis amores
¡para que pronto nos una Dios!

1873.

Poema escrito en Saint Thomas en 1865. Son notorias en estos versos la nostalgia y las evocaciones de la patria lejana. Obsérvese que el poeta termina el segundo y el último verso de cada estrofa en la misma palabra.

ECOS DEL DESTIERRO

¿Adónde vas, humilde trova mía,
así cruzando los extensos mares,
con el eco fatal de la agonía
que lanzo lejos de mis patrios lares?...

¡Ay! Dime si a mi triste afán perenne
darás —volviendo— plácida esperanza,
o si rudo el destino su solemne
sentencia contra el bardo errante lanza.

Dí si una pobre, triste, solitaria
madre que llora sin cesar, me augura
—dirigiendo hacia el cielo su plegaria—
penas amargas o eternal ventura.

Dí si aún resuena lúgubre en su oído
aquel ¡adiós! del alma que le diera,
o si en su seno casto, bendecido,
mañana reclinado verme espera.

¡Ay! ¡Dime, dime! En tan funesto día
dispersas vi mis ilusiones bellas;
campos de flores, do el reflejo ardía
de un cielo azul de nítidas estrellas.

Y hoy... la esperanza en abandono llora
en los escombros y cenizas yertas
¡de tantas dichas, que aún el alma adora,
de tantas dulces ilusiones muertas...!

Ve, ráfaga fugaz, del alma aliento,
cruzando abismos, a la patria mía;
que a ti no puede un sátrapa violento
imponerte su ruda tiranía.

Juega en las linfas del Ozama undoso,
besa los muros do Colón, cautivo,
de negra y vil ingratitud quejoso,
el peso enorme soportara altivo.

Y si en la Ceiba centenaria miras
muda ya el arpa que pulsé inspirado
con los trinos de amor con que suspiras
haz que vibre mi nombre ya olvidado.

Yo soy el pobre bardo peregrino
que aquellas flores sorprendió en su aurora,
y que, al suyo ligando su destino,
cuando ellas mueren, con tristeza llora...

Yo soy aquel cantor que entre su seno
la alondra cariñosa comprimía
mientras en el nido, de hojas secas lleno,
verdes guirnaldas con afán ponía.

Yo soy el trovador de esas colinas
que de Galindo en la feraz altura,
velado por las sombras vespertinas,
rindió culto al amor y a la hermosura...

Ve, ráfaga, suspira, gime y canta,
a mi ángel puro con tu incienso aroma;
ella el santuario de mi vida encanta
cuando su imagen en mi mente asoma.

Ve y si junto a mi madre, mi inocente,
dulce huérfana, implora por mí al cielo,
estampa un beso en su virgínea frente
signo de amor y paternal desvelo.

Y a todo lleva, humilde trova mía,
así cruzando los extensos mares,
el eco de la angustia y la agonía
que lanzo, ¡lejos de los patrios lares...!

1873

En esta conocida elegía de José Joaquín Pérez, considerada por Pedro Henríquez Ureña como "un nocturno susurrante, sin crescendos furiosos", hay versos que recuerdan a Rubén Darío, como ocurre en la undécima estrofa: "yo soy aquel cantor que entre su seno/ la alondra cariñoso comprimía". Darío dice: "Yo soy aquel que ayer no más decía/ el verso azul y la canción profana". Sólo que el célebre poema del genial nicaragüense pertenece a *Cantos de vida y esperanza*, publicado en 1905, y el poema de Pérez está fechado en 1873.

RÁFAGAS

RETO

Que descubran psicólogos y sabios,
que pinten todos los artistas eso:
en la púrpura ardiente de tus labios
la dulce huella de la miel de un beso!

EN EL ESPEJO

Consultas el espejo que te miente
porque está fijo y terso y no se empaña;
consúltale del río a la corriente
que se agita y se enturbia y que fielmente
copia tu alma y tu faz, y... ¡no te engaña!

EN SU ABANICO

Ocultas siempre tu encendida boca
tras la cimbria de tul de tu abanico,
porque pájaros hay que, en ansia loca,
la crean flor que a libar la miel provoca
¡y en ella posen con amor su pico!...

EN UN BAILE

¿Lo que eres? ¿supones que lo ignoro?
 Una flor, con los pétalos de oro,
 que en el cieno brillante de esta cumbre
 recibe luz de sol, aire sonoro,
 ¡y los besos de alada muchedumbre!

EN SU TUMBA

Sobre su cuerpo, de belleza olímpica,
 cae el polvo del mundo en que ha nacido;
 sobre su alma, que vuela hasta lo etéreo,
 ¡cae el sudario del glacial olvido!

EN LA TUMBA DE UN NIÑO

¡Dichoso aquel que, inocente,
 queda en su cuna dormido,
 y al despertar, sonreído,
 ante Dios alza la frente
 en un ángel convertido!

EN MI RETRATO

¿Me conoces? El tiempo ha consumido
 la juventud con que brilló mi frente;
 pero jamás las sombras del olvido
 del invariable corazón ardiente
 ¡mi afecto y tu memoria han extinguido!...

Un poema de igual título, fechado en 1873, expresa la nostalgia provocada por el exilio. Ahora, impulsados por estas "Ráfagas", vuelan recuerdos íntimos, evocaciones obsesivas sobre besos melifluos, la boca de la mujer amada, el espejo que refleja su hermosura y el discreto abanico que la oculta, y una meditación final sobre la suerte.

GUAIGUASA¹

(Episodio del destierro)

*A mi querido amigo y
compañero de destierro...*

I

¡Adiós! trémulo el aire en son doliente
a las riberas de la patria un día
donde la altiva libertad moría
con sollozos y lágrimas llevó.

¡Adiós! repitió el eco de los valles.
¡Adiós! dijo el Ozama en su corriente
y tras el horizonte, velozmente,
la noche todo en lóbreguez lo hundió...

1. NA.—Islote desierto, cercano a Pto. Cabello (Venezuela), donde pasamos veinte días en cuarentena los proscritos de 1868 a consecuencia del triunfo de la revolución a favor de Báez.

—¿Adónde van los hijos de Quisqueya
que, del sol tropical al vivo fuego,
bajo sus palmas, en feliz sosiego,
cantaron del amor el dulce afán?

Ved los rayos fugaces del crepúsculo
en sus pálidas frentes ya muriendo...
¡Son mártires de un crimen vil, horrendo;
no tienen patria, y a buscarla van!

II

Empuja la nave fugaz torbellino.
Contienen sus iras las trombas del mar.
¿Adónde nos lleva furioso el destino?
Proscritos, ¡ay! ¿nunca tendremos hogar?...

¡Oh, el cielo nos quita la triste esperanza
de alguna ribera tras ese confín!
Y América brilla; y allá, en lontananza,
al libre le ofrece su noble festín.

Detrás de esas olas dejamos un mundo
de afectos y goces, de llanto y dolor;
y al monstruo del Ganges sorbiendo iracundo
mil vidas de seres que son nuestro amor.

La horrible epidemia nos sigue doquiera...
¿Escuchas? En medio del ruido del mar
una honda agonía responde agorera...
¡Murió!... — dice el eco... ¡Nos hace temblar!...

¡Horror!... Un cadáver flotando en las olas.
¡Satánico signo de inicua expiación!
¡Oh sátrapa, tiembla! El mártir que inmolabas
llevaba en su frente de Cristo la unción.²

2. NA.— El presbítero Dionisio N. de Moya muerto del cólera abordo del "Dos Hermanos" cerca del Pto. Cabello.

.....

Ya vemos el Puerto que manso refleja
la enseña que a su Héroe Colombia entregó:
mas ¡ay! esa tierra sagrada se aleja...
¡Llevamos estigma del cólera en pos!

Allá, entre las nieblas, aislado levanta
sus rocas abruptas, do choca la mar,
desierto un islote... y allí nuestra planta
tan sólo podremos por fin estampar...

III

¡Güaigüasa! El peregrino tu soledad bendice
tus arenales cálidos él besa con amor,
si hambriento ya y desnudo, en ti Dios le predice,
que al fin halla un consuelo del mundo en la extensión.

IV

¿Te acuerdas, dulce amigo? —Era la hora
en que el silbo del viento en los palmares
de otra orilla del mar, voz gemidora,
fingía traer de los paternos lares.

Como el árabe planta en el desierto
del *simoun* rudo ante el furor, su tienda,
así el proscrito ya ve huir, incierto,
del mundo lejos la escabrosa senda.

Y el pasado de amor y de esperanza
y su presente de letal martirio
ya cada leve ola, que se avanza
o se aleja, le cuenta en su delirio...

Ya el celaje postrero de occidente
 el lejano confín del monte dora,
 y del proscrito la oración ferviente
 va a cruzar fugitiva y gemidora.

Entonces el misterio va acercando
 almas rendidas del dolor al peso
 y el aura nocturnal nos trae temblando
 de una madre infeliz el casto beso.

El sueño de los mártires sombrea
 la duda inicua con pesar profundo
 y el insomnio tenaz fantasmas crea
 mientras se aduerme fatigado el mundo.

—¡La Patria! —Envuelta en su cendal sangriento,
 con la mustia corona desprendida,
 al borde de un abismo tiene asiento:
 ¡la empuja un monstruo, y se verá perdida!

¡Horror! ¡Horror! ¡Perdón, que es inocente!
 —Pobre huérfana ¿cuál es tu delito?...
 —Insaciable caníbal ¡ay, detente!
 ¡No la tortures, Satanás maldito!

.....

Espantosa visión la mente ofusca
 y parece que tiembla el duro lecho
 de arena y roca, do el descanso busca,
 quien halla el mundo a su dolor estrecho.

.....

Mas ¡ay! ya de la aurora el tenue rayo
 otro siglo de angustia en sólo un día
 le ofrece al proscrito en su desmayo.
 ¡Pálida luz que a la esperanza guía!

La oración matinal su labio mueve:
busca en vano el errante peregrino
quien le bendiga y con un beso leve
en la lucha le aliente del destino.

Alza los ojos y no encuentra el cielo
que en su nítido azul reflejó un día
la ilusión de un amor que fue el anhelo
de aquella infancia que tan presto huía.

Vuelve en torno la vista: el patrio río
su raudo Ozama, con fragantes flores,
no embalsama la brisa, ni el vacío
llena el canto de alegres ruiseñores.

No hay verde musgo ni sutil la niebla
la cumbre azul de la montaña oculta
ni la antigua ciudad el ruido puebla...
¡Todo una vaga soledad sepulta!

Pero en cambio... sus lágrimas orea
tibia ráfaga y óyese el estruendo
de la costa do débil se cimbreo
tostado el árbol que nació muriendo.

Y por límite... el mar, e iris de espumas,
y piedras que calcina un sol de fuego,
y sola allá, indecisa, entre las brumas,
una ciudad en lánguido sosiego.

¡Oh terrible contraste! Allí se olvida
de la noche, fugaz, todo el misterio.
Allí... ¡cantos de goces a la vida!
Aquí... ¡rudo gemir del cautiverio!

.....
¡Saludemos por fin del sol la lumbre!
Huelle la arena la desnuda planta

que allí, cerca, infinita muchedumbre
de lindos caracoles se abrillanta.

Con ellos... las primicias del destierro
brindaremos también a esas hermosas
que, cual nosotros, el dogal de hierro
por la Patria soportan valerosas.

Collares y diademas preparemos
a las hijas, proscritas, del Ozama,
a las que un día coronar veremos
¡los héroes mil que el patriotismo inflama!

Y después... a vagar, del seco arbusto
en pos del tronco para tosca leña,
ya que al fin, el destino, asaz injusto,
¡en humillarnos con tesón se empeña!

.....

¡Ah, ved! Ligerero ese batel se avanza
blanqueando al sol la empavesada lona:
mas tímido al llegar... —“No hay esperanza”
se nos dice ¡y... fugaz nos abandona!

¡No hay esperanza! Y todos los tormentos
quien ¡ay! exhausto, con valor domina
sin un mendrugo que roer, hambrientos,
¡sin una gota de agua cristalina!

—“¡Confía en Dios!”— dice entonces a mi oído
con expresión sincera y cariñosa
mi pobre padre enfermo y afligido.
¡Y escucha Dios nuestra plegaria ansiosa!

Sí, que al hermano, al infeliz proscrito,
la hospitalaria Venezuela ampara
y retorna el batel, y se oye el grito
de ardiente animación que el mar cruzara.

¡Ya tanto el porvenir no nos asombra!
Y preparamos, con creciente anhelo,
el rústico festín, que por alfombra
tiene la tierra y por techumbre el cielo.

V

¡Güaigüasa! nunca olvida tus arenales cálidos
ni las hirvientes olas de tu cerúleo mar
ni la ígnea caricia del abrasado trópico
el pobre peregrino que vuelve hoy al hogar.

La historia, aún palpitante, a cada fibra trémula
del corazón le arranca, de noble gratitud,
raudal inextinguible de bendecidas lágrimas,
y un himno al insonoro patriótico laúd.

Jamás, jamás el labio se moverá sacrilego
para expresar del alma la noble indignación
con que a la frente adusta del patricida réprobo
la libertad le ordena lanzar su maldición.

¡Jamás! Tú nos brindaste un mundo entre tus límites.
De nuestra planta guardas la huella al porvenir.
Tu nombre hoy bendice la voz de aquellos mártires:
¡mi patria hoy a tu historia su nombre debe unir!

1874

Al parecer este poema fue escrito al iniciarse el destierro del poeta, aunque figura 874 como año en que el texto fue compuesto; es decir, al regreso de su autor al país.

LA VUELTA AL HOGAR

Ondas y brisas, brumas, rumores,
suspiros y ecos del ancho mar,
¡adiós! que aromas de puras flores,
¡adiós! que todo cuanto se alcanza,
dicha, esperanza,
y amor me llaman allá en mi hogar.

¡Ya ve el proscrito sus patrios lares!
Ve azules cumbres lejos sombrear
grupos de nieblas crepusculares,
y el ansia siente del paraíso
que darle quiso
Dios en el seno del dulce hogar...

Si peregrino, si solitario,
otras regiones se fue a cruzar
la ley temiendo de un victimario,
¿el caos qué importa si un sol luciente
brilla en su frente
y hoy, sonreído, vuelve al hogar?

¡No más torturas en su alma libre!
¡No más memoria de su pesar!
¡No el odio estéril sus rayos vibre,
que el patriotismo ya sólo espera
por vez primera
calma y consuelo bajo el hogar!

Virgen de América, suspiradora
cautiva indiana, vuelve a gozar;
si atrás hay sangre, luz hay ahora...
Ayer el hierro y hoy es la idea...
¡Tu gloria sea
vcr a tus hijos junto al hogar!

¡Cuán bella eres acariciando
todos unidos los que al vagar,
errantes unos y otros luchando,
sufrieron ruda la tiranía
que hacer quería
huérfanos tristes sin pan ni hogar...!

¡Ya no hay festines patibularios!
¡Ya no hay venganzas con que saciar
su vil conciencia crueles sicarios!
¡Ya no hay vencidos ni vencedores!
¡Sólo hay de flores
castas coronas en el hogar...!

¡Mi dulce Ozama! Tu bardo amante
a tus riberas torna a cantar,
y tras él deja, por ti anhelante,
lejanos climas y humilde historia,
tierna memoria
¡del peregrino vuelto al hogar...!

Bajo tus ceibas y tus palmares
sobre tu césped y entre el manglar
aún se oye el eco de los cantares
de aquella infancia, fugaz, que en horas
engañadoras
¡llenó sus sueños de amor y hogar!

Y ¡ven! le dice cada paloma
tímida y mansa que ve cruzar
desde la cumbre de enhiesta loma
cuando las alas tiende y su arrullo
mezcla al murmullo
del río que baña su dulce hogar.

Y ¡ven! le dice ronco el estruendo
que hace en las rocas lejos el mar...
¡El mar! que un día su adiós oyendo
fue de ola en ola su adiós llevando,
luego tornando
con hondos ayes del pobre hogar.

¡Y todo cuanto su ser le diera!
¡Ven! dice el polvo que va a besar,
donde mañana como postrera
ráfaga cruce su vida breve,
donde se eleve
¡su tumba humilde junto al hogar!

Así, —suspiros, brisas, rumores,
lánguidas ondas y ecos del mar—
¡adiós! decidme, que todo: amores,
gloria, esperanza, paz bendecida,
tiene hoy la vida
del pobre bardo vuelto al hogar...

1874

Es la más conocida de sus composiciones del exilio, escrita mientras regresaba a su patria natal después de seis años de extrañamiento. La alegría del retorno se expresa casi siempre en una exaltación jubilosa de la naturaleza.

QUISQUEYANA

*A mi amigo el distinguido
bardo José F. Pellerano.*

Yo he cruzado —al tibio, dulce
y melancólico rayo
de sol que ciñe en desmayo
su velo crepuscular—
esas desiertas sabanas,
esas montañas vecinas,
esas risueñas colinas,
esas playas y ese mar.

De todo guardo un recuerdo;
a todo llevo un suspiro;
ya del aura el tenue giro,
ya del viento airado el son;
y en cada tronco grabados
y en cada roca escondidos
y en cada flor esparcidos
sus sueños ve el corazón.

Allí, en cadenciosos tumbos,
viene el Ozama impelido.

por el follaje ceñido
de su margen oriental,
y, en su curso, de Galindo
aromas y flores trae,
y después rugiente cae
al hondo seno del mar.

Allá se destaca triste
la ruina del Almirante,
página ilustre y gigante
de nefanda historia ayer,
espectro que oye y recoge
de la ciudad los clamores,
donde orgullosos señores
tuvieron su impuro harén.

Acá, sentado en las rocas
do el mar sus olas estrella,
del tiempo adusto la huella
llevando en su frente audaz,
la extensa costa vigila
el alto, sombrío Homenaje,
al que rinde vasallaje,
el buque extraño al pasar.

Ante su mole arrogante
la frente baja y humilla
la vecina Torrecilla
que avanza su punta al mar,
faja de verde follaje
que engalanada se ostenta
cuando en ella transparenta
su lumbre el sol matinal.

Tras las olas que allí, humildes,
iris levantan de espumas,
se ve, ceñido de brumas,
de la Caleta el perfil;
do va ligera la barca,
del pez dorado que asoma

y de la mansa paloma
la pesca y la caza a unir.

Y es este seno de rocas
que responde en ronco ruido
ante el solemne rugido
de las olas de la mar,
la mansión de aves pacíficas,
Cueva de las Golondrinas,
que en nidos de algas marinas
pasan vela nocturnal.

¡Oh! cómo el contraste presta
profundas meditaciones
si en formidables legiones
del piélago surge allí
el tiburón que, famélico,
contra su presa se ensaña
y en sangrientas olas baña
la roca...y el nido al fin!

.....

¡Qué pavor el alma hiela,
si en la Boca del Infierno
ve, en cambio variable, eterno,
con ruido amedrentador,
teñirse tenaz la onda
de fatídicos colores,
y a sulfurosos vapores
dar perenne exhalación...!

.....

Bajo esa bóveda oscura
de peñascos que se enlazan,
y desprenderse amenazan

en su rudo retemblar,
 ¡cuántas veces, confiado,
 la infantil edād me viera
 del Tripero a la ribera
 en turbión de olas rodar...!

Y luego, trepando al Faro,
 tender la mirada ansiosa
 y en vaga y vertiginosa
 confusión, no distinguir
 ni los campos, ni los mares,
 ni las montañas, ni el cielo,
 ni acá, entre compacto velo,
 el Matadero y San Gil.

.....

Magnífico panorama
 lejos las costas ofrecen,
 do sus anchas hojas mecen,
 junto al esbelto palmar,
 los uveros y los mangos,
 y el naranjo que sombrea
 rústicos techos de enea
 de tanto campestre hogar.

Y en el extenso vacío,
 de altos javillos cercado,
 la Sabana del Estado
 con su verde pajonal,
 do el buey perezoso paca,
 piafa el caballo altanero,
 y enlaza al toro, certero,
 el más ágil mayoral.

Y más allá... ¡la delicia
 de nuestros días estivales,
 al pie de lindos cocales
 con dulcísimo rumor,

bordando la extensa playa
los caracoles marinos
que reflejos peregrinos
dan, a la lumbre del sol!

¡Güibia! ¡Güibia! en tus orillas
más de un suspiro dí al cielo
cuando, libre de albo velo,
en tus aguas sorprendí
más de una virgen confiada
en mi niñez candorosa...
¡Ah! y entonces... ¡cuán odiosa
esa tierna edad creí!

.....

Contéplase allá sombrío
un esqueleto de piedra,
que ostenta de musgo y yedra
la corona sepulcral.
Es un vestigio solemne
de esas épocas gloriosas
de epopeyas luminosas,
de sublime heroicidad.

¡San Jerónimo! Ante el fuego
de sus rotos torreones
caídos vieron sus pendones
pueblos extraños ayer;
y aún hoy —cuando audaz la planta
sus laberintos visita—
en cada piedra palpita
de esos héroes el poder.

Y allí coqueteando, alegres,
al pie del mudo gigante
tantas quintas, de elegante

aspecto, siguiendo van,
 con sus frescos bosquecillos,
 sus pájaros a millares,
 bulliciosos palomares,
 ¡todo fantástico, ideal...!

.....

¡Cuadro sublime! A las faldas
 de esos montes que la niebla
 con sus albos grupos puebla,
 so la cumbre verdi-azul,
 cruza el Jaina, serpea el Nigua,
 y en valles y pedregales
 hay palmas, cañaverales,
 juegos de sombra y de luz.

¡Y tras ellos San Cristóbal!
 ¡Baní!... Ese valle de flores,
 síntesis de los primores
 del quisqueyano pensil.
 ¡Y lindo palmar de Ocoa!
 ¡Y los conucos del Vía
 y la pompa y bizarría
 de otras bellezas sin fin!

Y si tornamos la idea
 desde el pueblo de Los Minas,
 que entre flores campesinas
 destaca su majestad,
 las soledades inmensas
 de las pampas orientales
 horizontes perennales
 ofrecen aquí y allá.

Y los Tres Brazos enlazan
 bosques de robles y encinas,
 hatos mil y mil colinas

y anchas vegas de labor,
que fecundan Yabacao,
el Ozama, el Isabela,
en cuyas linfas su estela
mil canoas dejan en pos.

Y encadenándose luego
ríos y montes y llanuras,
cañadas, riscos y alturas,
del Cibao y Samaná,
tocan al límite extenso
donde la riqueza ostenta
la región más opulenta
de inagotable caudal.

.....

¡Oh! Bendiga Dios la tierra
de los libres, paraíso
donde Dios brindarme quiso
mi hogar, mi gloria y mi amor.
Y que el polvo que reciban
mis pobres restos un día
sea tu polvo ¡patria mía!
y oigas mi postrer adiós.

1874.

“Quisqueyana” es una especie de contrapartida de “La vuelta al hogar”. En el primer poema cuentan menos los sentimientos del proscrito que vuelve a la patria que en el segundo. En “Quisqueyana” abundan descripciones sobre lugares y poblaciones de la ciudad de Santo Domingo y otras poblaciones cercanas a la capital, algunos de ellos borrados por el proceso de transformación urbana ocurrido en el siglo XX. El énfasis, como se ha visto, está en el entorno físico.

LA INDUSTRIA ACRÍCOLA

*El campo es vuestra herencia;
en él gozaos.—*

Andrés Bello.

Perdida ya, sin rumbo, tras la niebla
del porvenir, en perezosa calma;
la frente desceñida
del lauro del poder; rota la palma
que la victoria le brindó; abatida
y soñolienta la mirada, veo
la patria cuyo bien fingió el deseo.

No más en la sombrosa
selva antigua que guarda áureo tesoro,
la brisa vagarosa
murmura las brillantes armonías
de las glorias preclaras de otros días;
y ya del sol la lumbre
si besa la azulada altiva cumbre
se entolda con el humo de sangrienta
lucha de hermanos que el rencor sustenta.

¡Oh! cuánta noble vida,
cuánto aliento se extingue! ¡Cuánto brioso
empuje desfallece!... Y sonreída

ahí está, vigorosa, exuberante,
con el manto silvestre de verdura
cubriendo sus encantos, la primera
tierra de promisión que el genio viera
surgir de entre las brumas,
ofreciendo al osado navegante
¡sus montes flores y su mar espumas!

Todo aquí vive por su propia obra:
prolífica y feraz naturaleza
en el germen del fruto a dar empieza
primicia al porvenir; y nada cobra
en fatal indolencia sumergido
el que se vio para gozar nacido.
Mientras tanto, afanosas,
al dulce yugo del trabajo uncidas,
coronadas de luz, enriquecidas
y en torno de la víctima, —ruidosas
al festín de la industria las hermanas
del Mar Caribe van; y el himno entona
de paz y redención la ardiente zona.

Ante la vista atónita, se muestra
un vacío en el festín... ¿Do está la virgen
que fue asombro del mundo americano,
la que alzó un día en su potente diestra
el cetro augusto del saber humano?
Allí se tuerce en convulsiva rabia;
allí, hambrienta, destroza sus laureles,
y pisotean sus títulos de sabia
en infame can-can sus hijos crueles.

¿No habrá quien la detenga un solo instante?
¿No hay quien grite al abismo
que perdone a la pobre virgen loca
cuyo pie vacilante
al borde aterrador, sin fuerzas, toca?

¡Ah, sí! que ya se mece
del Hudson en la onda pasajera

la nave en cuyo mástil aparece
del coloso del Norte la bandera.

Denso el humo ya flota
en los aires, dejando atrás el hielo,
y en el limpio horizonte, verde brota
bajo el azul purísimo del cielo,
y así, como entre diáfanos cristales,
una línea indecisa
que tiene de los sueños orientales
el perfume, la magia, la sonrisa.

Un hombre está en la proa
de la nave fugaz: su frente mustia
pálida sombra de mortal angustia,
de larga enfermedad torturadora
cubre, augurando su postrero día;
mas un fúlgido rayo de alegría
brilla en sus ojos; en el pecho siente
dulce dilatación, ensanche ansiado,
y a un éxtasis de fe su vida entrega;
el aire puro que en las olas llega
de virginal aroma está impregnado,
y hay algo que le dice de improviso
que aquello es para él un paraíso.

Allí Isabel de Torres, altanera
su cúspide a las nubes avecina:
a su falda el viandante la pradera
verdear ve, y la colina,
y el valle inculto que el trabajo implora;
y él, en su mente rápida y creadora,
puebla el campo de haciendas a millares,
y transforma humildísimos hogares,
que pasto son para el pillaje impío.
en mansiones de paz y poderío.

Sigue la nave y por las costas mira
el ya asombrado huésped la hermosura
de sin igual vegetación perenne;

aquí fértil sabana, allá una altura,
y trayéndole al mar su murmurío
¡a cada paso en su raudal un río!

Y allá, en el fondo de la gran bahía,
del pacífico golfo azul radiante,
orgullo estéril de la patria mía
y de otros pueblos ambición constante,
Samaná, la fastuosa pordiosera
donde saluda el sol y deja el día
una sola estación —¡la Primavera!

Ya el Ozama en sus linfas y en el viento
al hombre de los sueños trae el vago
rumor de la ciudad antigua, donde
el tiempo rudo estrago
hizo en cada soberbio monumento
que alguna historia de grandeza esconde.
Ya su pie huella el polvo que palpita
con los restos de cien generaciones,
donde la guerra su estandarte agita,
donde todo lo matan las pasiones.

¡Y el extranjero con dolor suspira!...
Y ante sí ve pasar la muchedumbre
que vegeta en el ocio innoble; y luego
vuela al campo, y allí doquiera mira
que el trópico jamás vertió su fuego
en otra zona con tan viva lumbre
como en ésta que fue la maravilla
que el mundo de Colón diera a Castilla.

Para saciar la sed al indolente
habitador —el de la hojosa selva
poderoso cacique— el cocotero,
bajo el plumaje que sombrea su frente
meciéndose altanero,
guarda dulce ambrosía en urnas de oro,
y cuaja el naranjal como un tesoro

en globos de esmeralda el cristalino
grano que el néctar delicioso encierra.

Aquí del árbol de la indiana grey,
ofrenda al culto del Zemí divino,
"Árbitro de la paz y de la guerra",
sus frutos cuelga el tropical mamey;
y en festones de verde enredadera
la jima ondula al viento
enlazada al corozo corpulento
o arrastrándose humilde en la ladera.

Aquí, bajo la bóveda sombrosa,
el mango con sus hojas le prepara
blando lecho a su prole numerosa;
y el fresco cajuilar, en forma rara,
sus pomos ve crecer, de ámbar luciente
y luminosa púrpura vestidas,
entre el verde follaje confundidas.

El bicolor caimito
lácteo raudal de su esponjoso seno
al tocarlo derrama; y el bendito
árbol de pan sus dones
en rústico festín brinda sereno
al sustento de mil generaciones.

El plátano protege
bajo el amplio dosel su "dulce carga"
de pesados racimos; y al pie teje
su extenso bejucal la yuca amarga
de mortífero jugo y que presenta
sus fibras para torta succulenta.

Allí el maíz doblega,
coqueteando, la espiga,
y el grano nutritivo que aprisiona
entre múltiples hojas, dócil lega
para cuantos le tienden mano amiga
bajo la ígnea zona.

En áspera corteza
su color carmesí guarda el zapote;
y rastrero el melón, en la maleza
se oculta, mientras altiva, coronada,
la piña eleva la imperial cabeza.

Níveos vellones en su seno cría,
que defiende con dardos punzadores,
la guanábana; y crece cada día
y el fruto de sus plácidos amores,
que madura del sol el tibio rayo,
sostiene el hueco tronco del papayo.

El quebradizo jobo,
cuyas ramas el viento fértil troncha,
se reviste de frutas apiñadas;
y el leve polvo térreo en dura concha
conserva el algarrobo.

El tamarindo cuelga sus hermosas
alabastrinas rosas,
que en girándulas bellas convertidas
se columpian del céfiro medidas.

La guayaba, esa pera deliciosa
del Edén antillano, su infinita
agreste variedad doquier procrea;
y émula junto a ella se cimbre
la ebúrnea pomarrosa
cuyo perfume a devorarla incita.

Con varios tintes la ciruela esplende
en grupos multiformes; y fragante
la simple chirimoya ser pretende
del dulcísimo anón rival constante.

Cual rocío de corales encendidos
el camoní silvestre menudea;

y para el pasto por doquier tendidos
bosques tiene la yerba de guinea...

Mas ¡ay! que la implacable
hacha derriba el tronco y el arbusto;
y la inocente flor mustia pregona
desdichas de la suerte inexorable.
Todo es erial lo que con ceño adusto
ahora contempla el pobre campesino
a orillas del camino;
y viene la paloma
que ante la luz bebió y el dulce aroma
de la floresta, y en arrullo triste,
plegando el ala, con dolor murmura,
el adiós de su eterna desventura.

El fuego ya consume
del bosque secular la lozanía;
lleva el humo a los cielos el perfume
de lo que sólo para bien vivía;
y cenizas no más, cenizas yertas,
el viento de la noche esparce ahora
gimiendo en las desiertas
soledades que va a encontrar la aurora

¡Oh! cómo la miseria los hogares
devorará sin compasión, y hambriento
vagará el infeliz a quien sustento
fácil daban los frutos a millares.

Pero ¡no! que allí, en vez del abundante
espontáneo tesoro que a los hijos
del trópico ofreció naturaleza,
de otro clima de fuego, exuberante,
la producción empieza
a conquistar un porvenir brillante.

La que del sol la cuna
vio mecerse en las nieblas del oriente,
y se bañó en el cálido torrente

de los perfumes de otra zona indiana:
la que del cinamono y del incienso
y el opio soporífero vivía
en grata compañía
en las de Java y de Ceilán remotas
regiones de la luz; la que el inmenso
poder de tantos reyes extendiera;
la que en ricos panales
de dulcísima miel cruzando fuera
de Arabia los desiertos arenales,
del móvil Golfo Pérsico las olas,
del Mar Rojo la rápida corriente,
yendo así, sin cesar, de gente en gente,
hasta tocar las playas españolas;
la que Colón —después que dio a Castilla
el mundo de su mar— trajo a la tierra
de su soñada predilecta antilla;
la planta de las plantas maravilla
que el oro en granos de cristal encierra
esa es la que mece ya su espiga
en ese campo que arrasó el incendio...

¡Oh! mirad cómo ahora la fatiga
del trabajo, el enjambre bullicioso,
de antes inermes errabundos seres,
acuden a buscar, y el don precioso
que a sus hogares lleve
el pan que les negó la guerra aleve.

La caña salvadora,
honor, paz y poder, gloria y fortuna,
las ciencias y las artes atesora
de la que fue de América la cuna.

De Ozama en la ribera
se apiña la asombrada muchedumbre.
¿Qué busca? ¿Qué hay allí? ¿Es que algún nuevo
caudillo victorioso ya la cumbre
asalta del poder?

¡No! que un inmóvil
monstruo enorme de hierro el suelo oprime,
y parece que gime
cuanto cede a su peso formidable.

Es un gigante cuya entraña absorbe
fuego no más; y ávido, insaciable,
con sus dientes tritura
la débil caña; y rápido el torrente
cae de la miel, que sube, y en la altura
bulle, hierve, se cuaja y de repente
se torna en alba azúcar transparente.

Ya numeroso ejército se apresta
para llevar el monstruo a su destino...
¡Ved! No es esa la turba que a la muerte
envía un déspota vil; no es esa fiesta
de caníbales ya con que sin tino
a la patria preparan ruda suerte.
No dejan tras de sí los combatientes
de una madre infeliz las agonías;
de una esposa las lágrimas ardientes,
duelo, miseria y orfandad impías:
el arma con que van a la pelea
¡benedicida de Dios por siempre sea!

Pero quién es el ser que misterioso
así los males de mi patria llora;
¿quién es el que amoroso
fija en la pobre huérfana antillana
el pensamiento; y desde aquella hora
feliz, la nombra predilecta hermana?
Es un proscrito de la infausta tierra
que al déspota de Europa yace uncida,
y que ya en cruda guerra
quiere en la libertad hallar la vida;
es un hijo de Cuba, es un hermano,
precursor de la industria salvadora,
profeta de una ley que Dios adora,
¡Colón del nuevo mundo quisqueyano!

¿Su nombre preguntáis?
Oído en actitud de reverente
y humilde adoración: ¡Joaquín Delgado!

¡De confín en confín, de gente en gente,
lo transmite la brisa vagarosa
y en cada corazón está grabado!

¡Ese hombre es un héroe! Todo inspira
temor al corazón más esforzado,
y él, en la fe del porvenir templado,
marcha firme y sereno al bien que aspira.

En torno de él levanta
fatal clamor de pavorosa ruina
la torpe multitud, que no adivina
cómo va a conjurar desgracia tanta
quien vierte a manos llenas los raudales
de inmensos capitales
en campos donde el plomo al hombre hiere,
y en manos de caudillos sin conciencia
el fruto, apenas sazonado, muere.

Y él oye que le llaman visionario
como al errante genovés un día;
pero, loco sublime y temerario,
también desdeña ese clamor, y fía
a la fortuna de la audacia ciega
el tesoro de bienes que le entrega.

¡No importan los pronósticos! La vida
de miradas de seres se asegura,
y La Esperanza augura
la redención de la infeliz perdida
hija del infortunio. Ya el silbido
de la máquina anuncia que ha cesado
el del plomo homicida; y cuando humea
la altiva y encumbrada chimenea,
su penacho flotante purifica

la atmósfera que vicia el corrompido
aliento envenenado
del mal que a mi Quisqueya sacrifica.
¡Oh!, ¡cómo se atropellan
unos tras otros ya por el camino,
repletos del producto sacarino,
los bocoyes que al puerto van! ¡Cual cruge
del tardo buey robusto la coyunda!
¡Cómo del conductor alegra el grito
a la ciudad que fue la esclava inmunda
de tanto y tanto sátrapa maldito!...

Torna la nave que llevó a otro puerto
el riquísimo fruto... ¡Hosanna! ¡Albricias!
¡Oro trae, y otros vienen, decididos,
a gozar de la industria las primicias
por múltiples ventajas atraídos!

Se una a La Esperanza
la Caridad también: Lamar se lanza
denodado a la lid: del bosque rudo
ni un árbol queda en pie: todo es rüido
de ansiada destrucción lo que había sido
¡santuario eterno de silencio mudo!

¿Pero sólo al intrépido extranjero
será dado obtener tan noble gloria?
¡No! en la heroica legión, brilla el primero,
entre los hijos de Quisqueya, el nombre
de un joven cuya frente ayer ceñía
con sus flores el genio; y por la vía
del trabajo incesante
el placer abandona,
y va a buscar al campo
más digna y más espléndida corona.

De Abreu imitadores
engrosan el ejército triunfante
Heredia, Saviñón, Sánchez y Bona...
¡Adelante! ¡Adelante!

¡Cíclopes inmortales de la industria
titanes del deber y salvadores
de la tierra infeliz de mis amores!

No hay fuerza ni poder que dique sea
al torrente impetuoso,
y por doquier pasea
su estandarte la idea
del progreso invasor, maravilloso.

Del Jura en las orillas
el undívago viento dobla y mece
las leves flores de la caña esbelta
y la ambición, envuelta,
en el humo fugaz, se desvanece.

Al oriente saluda
su regeneración esa comarca
que el Soco riega y que en su seno abarca
el Porvenir famoso y La Angelina,
y ya en pos de otras glorias se encamina.

También el Norte que vivió admirando
la aromática hoja de sus vegas,
ve al pie de su montaña
que el mar domina, señorear la caña,
su vida, ya precaria, conservando.

El Güera en su raudal besa la planta
del tallo cimbrador que en miel rebosa
y la colina hermosa
el fuego de la máquina abrillanta.

Y que más. Los centrales,
que a todos favorecen,
se multiplican ya, la vida acrecen,
realizando los bellos ideales
de los pueblos que incultos no perecen:
Hatton y Hernández y Cambiaso, dignos
¡son de cantarse en nacionales himnos!

¡Quisqueya, ríe y canta
 en tu triunfo inmortal! ¡Tienes la base
 del futuro poder de tu grandeza!

Ya el patriotismo a vislumbrarte empieza
 en la cima, radiante,
 dictando leyes, y a tus pies rendida
 la multitud que te creyó vencida.

Por tus montes y selvas y llanuras
 cruzar veremos los veloces trenes,
 llevando los tesoros con que auguras
 inagotable cantidad de bienes;
 y por alambre eléctrico enlazadas
 sus extensas magníficas regiones
 sentirán palpitar alborozadas
 unísonos de amor los corazones.
 Tendrá cada rincón la voz que vibre
 en la escuela, en la prensa, en la tribuna;
 serás rica, fecunda, sabia y libre,
 emporio de la próspera fortuna.

Y mientras cesa tu destino rudo,
 y bajo el solio de la luz te veas
 ¡tierra de promisión, yo te saludo!
 ¡Patria del porvenir, bendita seas!

1882

José Joaquín Pérez —igual que algunos de sus coetáneos, como Salomé Ureña— cantó las glorias del progreso económico y social en versos que hoy constituyen un testimonio del auge azucarero en el último cuarto del siglo XIX. El año 1882 —fecha del extenso poema— marca el final del breve gobierno de Fernando Arturo de Meriño. Ya para entonces había más de una docena de ingenios funcionando en el país.

Fue a fines del siglo pasado cuando la República Dominicana recibió una importante oleada de inmigrantes —sobre todo de cubanos llegados como resultado de la guerra independentista en la isla vecina— que jugaron un decisivo papel en el desarrollo de la industria azucarera.

Carlos Federico Pérez señala la relación de este poema con la "Silva a la agricultura de la zona tórrida", de Andrés Bello. Tanto José Joaquín como Bello se solazan en la descripción de la naturaleza.

ÁNGEL PERDOMO

¿Por qué están tristes los héroes?
¿por qué los mártires cantan?
¿y por qué la patria a todos,
mártires y héroes ensalza?

Los héroes han visto hundirse
con el sol de la esperanza
a un compañero querido,
modelo de virtud santa.

Los mártires en el cielo
su nombre glorioso aclaman,
y en nimbo de sacro fuego
está el del héroe sin mancha.

Pero Quisqueya que a todos,
héroes y mártires, ama,
para todos tiene un culto
de admiración en el alma.

Y el sacrificio en la vida
al de la muerte compara:
que es lo mismo morir mártir
que vivir sin esperanza.

¿Veis esa tumba? Su cruz
pobre, humilde y solitaria,
eleva un recuerdo que es signo
de incomparable desgracia.

Pues quien en ella reposa,
obrero digno, entusiasta,
de ese porvenir que fundan
el trabajo y la constancia.....

Un día, en que de las cimas
de las cerúleas montañas
iluminó el sol espléndido
el día más grande en la patria;

fue de los que, en holocausto,
del patrio amor ante el ara,
el voto sagrado hicieron
de morir en la demanda.

Y Dios sobre él veló entonces;
y a su frente inmaculada,
ciñendo el laurel del triunfo
ciñó del mártir la palma.

Porque Él quiso que en el cáliz
de la victoria apurara
las heces del infortunio
que el tiempo a los héroes guarda.

Y un día, en que el aniversario
de Febrero celebraba,
sucumbió el predestinado
pasto de voraces llamas.

Un noble y digno servicio
aquel día le demandaba;
y puso fin a su vida
su abnegación por la patria.

No será mucho que, justa,
llame a Perdomo la fama
el Ricaurte quisqueyano,
aunque en paz fuese su hazaña

¡Descanse aquel noble héroe!
¡descanse el insigne mártir!
¡y con honra el nombre guarde
en sus anales la patria!

Porque al caer, abrasado
su cuerpo por ígneas llamas,
al cielo también ardiendo
¡llevó en patrio amor el alma!

1883.

Poema que evoca la muerte accidental de Ángel Perdomo, febrerista sancarleño que, siendo Jefe del Parque de Artillería de la Fortaleza de Santo Domingo, hallara su trágico fin en una explosión ocurrida en 1881.

A ETNAÍ

¿Que si es bella Etnaí? ¿No lo es acaso
el violado clavel, al que no igualan
el nítido jazmín, el blanco lirio,
y ni aún el mismo nardo le aventaja?

Y ¿quién es Etnaí? Joven oriunda
de las salvajes tribus africanas
nacida en el Maniel. Graciosa perla
que en belleza compite con la garza.

De abierto tulipán el tinte negro
su bello rostro de azabache esmalta,
y asoma tras la risa de sus labios
de ricas perlas, primorosa sarta.

Verdad que sus cabellos no se extienden
en luengos rizos por ebúrnea espalda;
la cabeza orgullosa ostenta altiva
bucles rizados por candente lava.

En la curva turgente de su seno
los dos globos artísticos resaltan
cual en las negras sombras de la noche
las radiaciones de la Vía Láctea.

No es la bella Etnaí tímida corza,
 humilde oveja, ni paloma mansa,
 ¡sino altiva leona de Numidia
 y de Guinea indómita jirafa!

Se suele deleitar la joven india
 oyendo el dulce susurrar del aura,
 y la linda trigueña se enamora
 del erguido penacho de la palma;

mientras que sólo a mi Etnaí conmueven
 el ciclón que los árboles desgaja,
 el turbulento mar que brama airado
 y el trueno que retumba en la montaña.

Y... ¿me ama Etnaí? Cuando sus ojos
 se fijan en los míos... cuando estalla
 en súbita explosión su amor sublime...
 ¡a incógnita región vuela mi alma!

No contienen sus besos el almíbar
 que en blanda cera las abejas labran,
 sino el fluido eléctrico que enciende
 del cráter de un volcán la hirviente lava.

¿Comprendéis a Etnaí? No es la criolla
 sierva del hombre y del amante esclava;
 ¡es la reina de Saba que domina
 al más sabio de todos los monarcas!

Nutren su corazón dignas virtudes;
 su ideal es la pura democracia.
 ¡Poetas, saludad la joven negra,
 oriunda de las castas africanas!

1883

En este canto a la belleza de la mujer negra, descendiente de las etnias africanas, el poeta logra, gracias a la influencia parnasiana que se advierte en los versos, un texto de gran precisión descriptiva, a base de metáforas que festejan los atributos de la beldad negra.

BOLÍVAR

Su delirio sobre el Chimborazo

Desde el remoto ámbito
do altivo y caudaloso
en turbulentos ímpetus
al Dios del mar undoso
el Orinoco espléndido
tributo eterno da:

envuelto en los magníficos
sublimes esplendores
del manto de Iris, rápido
yo vine; y los horrores
veía desvaneciéndose
ante mis pasos ya.

Las fuentes amazónicas
mi planta hollado había;
mas mi ambición la cúspide
del Universo, un día
tocar quiso, y los límites
sondear del porvenir.

El rastro de otros ínclitos
titanes de la ciencia
busco entre el polvo; y lánzome
audaz a la presencia
de esa región do el ánimo
se siente sucumbir.

Ningún mortal intrépido
holló la frente adusta
a que ciñó el Altísimo
la más rica y augusta
corona, como símbolo
de la inmortalidad;

preciso era un espíritu
tenaz y prepotente
forjado por los cíclopes
sobre su yunque ardiente,
para escalar la cúspide
de aquella inmensidad.

Y yo exclamé: "Si rápida
ha sido mi carrera,
y si este iris simbólico
me sirve de bandera;
si mares, ríos, vorágines
cruzando fui doquier;

"si de Colombia al mágico
trofeo, muda la tierra
ante mi paso póstrase;
si el Tiempo no me aterra;
si un bien supremo impúlsame;
si Dios vive en mi ser;

"¿por qué no puedo, impávido,
sobre el vestusto y cano
gigante, hasta el empíreo
subir, y de su arcano

decir al mundo atónito
la oscura realidad?”.

—“Si, yo podré...” Un espíritu
entonces me arrebató,
y a la región incógnita
do el rayo se desata
me asciende; y caigo exánime,
sin luz, sin libertad.

Convulso veo los límites
del firmamento mismo;
mis pies tocan los hórridos
umbrales del abismo;
y allí la mente ofúscase
bajo febril ardor.

Voraz la llama súbita
de un sueño delirante
produce al alma vértigos;
y al fin, el Dios amante
que guía a Colombia, inspírame
audacia, y fe, y valor.

¡Al punto el Tiempo yérguese!
De rasgos venerables,
ceñudo, calvo, trémulo,
despojos deleznales
de siglos carga, y dóblase
bajo pesada hoz;
y así a mi oído, en lugubre
cadencia, cual lejano
murmullo de profético
anuncio sobrehumano,
llegó el eco terrífico
de su vibrante voz:

—“Yo soy, me dijo, el único
que engendra las edades;
en mí tiene su horóscopo

la fama que tú invades;
yo no conozco límites;
y eterno es mi existir.

“No hay para mí sarcófagos,
pues triunfo de la muerte;
y del pasado el vórtice
calla a mis pies inerte;
por mí el presente agítase
y es mío el porvenir.

“Dime, hombre, niño o héroe,
¿por qué así te envanece?
¿crees tú que es algo el mísero
planeta en que apareces?
Si todo eso es un átomo
¿te elevarás sobre él?

“Esos instantes rápidos
que, ufano, siglos llamas,
¿que son, piensas, la única
medida en que me aclamas?
¿De la verdad encúmbrese
tu sombra en el dintel?

“¡Ay, todo! Esas tus múltiples
osadas ambiciones,
y tu altanero espíritu
de innúmeras pasiones,
y el mundo que deslízase;
mortal, dime ¿qué son?

“¡Menos que un punto mínimo
e informe en mi presencia,
que ese infinito absórbese
al cual doy la existencia
y va en mi ser imbíbido,
porque él es mi creación...!”

Terror sagrado embárgame
y exclamo conmovido:
¿Cómo es, Tiempo, que el tímido
mortal, envanecido
no ha de sentirse, viéndose
aquí la frente erguir?

“Yo sobre todos álzome;
la tierra ya domino;
del Hacedor el ámbito
mirar es mi destino;
y siento el hondo báratro
bajo mis pies hervir.

“Los astros con sus vívidos
destellos me circundan;
mido el espacio y muéstranse
los seres que lo inundan;
y el misterioso oráculo
del mundo leo en tu faz...”

—“Observa bien,— replícame—
y guarda en tu memoria
esta enseñanza espléndida,
que, como digna gloria,
allá, a la tierra, ávida
de luz, repetirás...”

Entonces el fantástico
ser, mudo ante mí queda;
una glacial atmósfera
sobre mi frente rueda;
y raudo e instantáneo
desparecer lo vi...

Absorto, yerto, exánime,
caí...pero me grita
Colombia... abro los párpados...
¡mi ser ya resucita...

soy hombre al fin... y trémulo
escribo lo que oí...!

1883

La estrofa manzoniana, que el poeta había empleado en una composición patriótica de juventud ("16 de agosto"), volvió a gozar de su preferencia en la etapa de evolución para cantar las excelencias del nacionalismo americano, a través de sus representantes cimeros.

A LA PATRIA

EL 16 DE AGOSTO

De ámbito en ámbito en los aires vaga
clamor de libertad: el pueblo triste
a quien la dura servidumbre amaga
arreos de fuerza y de pujanza viste.

El opresor ya tiembla y en el muro
de su alcázar grabado está el destino,
horóscopo fatal, y al fin su impuro
poder verá caer presto y sin tino.

Alienta, ¡pobre virgen! de tu frente
el resplandor la América deslumbre;
álzate al porvenir; y sonriente
contempla al mundo desde enhiesta cumbre.

Tus héroes y tus mártires te dieron
múltiple vida ya; y ¡ay, si un osado
pretende aun humillarte! que ya huyeron
los viles que tu seno han profanado.

Si fue San Juan el Gólgota sangriento
de la fiera hecatombe de un verdugo;
fue el Tabor Capotillo donde al viento
desplegar su bandera a Dios le plugo.

¡Patria! tu nombre solo es un poema
de luz, de libertad y de victoria...
Eres de la esperanza fiel emblema
para el que aspire a conquistar la gloria.

1883.

En este poema, escrito al conmemorarse el vigésimo aniversario de la gesta de Capotillo, Pérez retoma la temática de "16 de agosto" (1863), que hemos incluido también en la presente edición. En "A la patria", el poeta recurre al serventesio en lugar de la estrofa manzoniana empleada en aquel texto de juventud y en muchas otras composiciones.

A SANTO DOMINGO

*En una velada de la Sociedad
"Amigos del País"*

Monte espeso, niebla y sombras
los pardos muros circundan
de las ruinas solitarias
que ya alegre el sol no alumbra,
y las palmas cimbradoras
tal parece que murmuran
como un preludio doliente
de los cantos de la tumba;
mientras tú, ciudad antigua,
de sabios y de héroes cuna,
duermes sin sueños de gloria,
porque el pasado te abruma.

Si aún eres dócil esclava,
heredera de las culpas
de otro siglo aventurero
de conquistas infecundas,
en las páginas de piedra
de tus escombros sepulta
la historia, escrita con sangre
de tu raza noble y pura;
y álzate, y de ese pasado
de tu eterna desventura
desvía el recuerdo y contempla
que el porvenir te saluda.

Despierta, ciudad, y dile
a esta Patria que te escucha
que, como reina y señora,
el índico mar la arrulla:
dile que ya tú prefieres,
alborozada, otra lucha
en que brindan otras glorias
los trofeos de la fortuna;
que el arma rompan sus bravos,
y extingan la saña injusta
de corazones do el odio
fratricida se acumula,
y de la paz el emblema,
en que el trabajo fecunda,
con ambas manos levante
a más envidiable altura;
que la ciencia inagotable
guíe su prole fecunda
a arrebatarle el secreto
que sus entrañas ocultan,
y el arte, modificando
sus formas de gracia suma,
corone su frente egregia
con la luz que en él fulgura;
que abra el cauce de sus ríos,
que al mar sus fuerzas disputan,
al regar la fértil zona
que invita a la agricultura;
que horade esa inmensa mole
de cordilleras que cruzan
los valles donde está el germen
de su grandeza futura;
que le abra paso a la indómita
fuerza que todo lo impulsa
y da vigorosa vida
al comercio y a la industria;
y que escuchen sus ciudades
y hasta sus selvas incultas
la palabra del progreso
que el hilo eléctrico anuncia.

¡Ciudad antigua! tú tienes
una misión noble, augusta,
y tu palabra es la vida
para el pueblo que te escucha;
si no duermes y si olvidas
tus días de incesante lucha,
y el cetro de tu grandeza
elevas a tanta altura,
no hallará pronto en tus ruinas
ecos la brisa nocturna,
ni habrá en tus palmas preludios
de los cantos de la tumba,
y entonces, deslumbradora,
no se pudiera ver nunca
en el festín del progreso
más bella que tú ¡ninguna!

Guerrera de estéril gloria,
ya la paz tu dicha funda...
ya el trabajo te engrandece...
¡Ya el porvenir te saluda!

1884

De nuevo, los ideales de progreso de la corriente positivista hacen su aparición en la poesía de Pérez. Escrito en octosílabos romanceados, el poema celebra las virtudes de la vetusta ciudad, las bondades del trabajo, y la tranquilidad política que durante el brevísimo tiempo disfrutaron los dominicanos entre el gobierno de Luperón (1884) hasta el de Francisco Gregorio Billini (1884).

CIUDAD NUEVA

Campo inculto, tendido en solitaria
quietud al pie de la vetusta y triste
muralla, que la heroica y legendaria
ciudad defiende aún ¡despierta ahora!

Cuando nada resiste
a la voz del progreso triunfadora;
cuando el *rail* y el alambre estremecidos,
llevan la humanidad, llevan la idea
a cumbres do la luz esplendorea,
donde enjambres de pueblos redimidos
al sol del porvenir alzan la frente;
"campo de soledad", llena de gente,
de ruido, de armonía,
de trabajo, de vida, de fe ardiente
tu ámbito mudo y tu extensión vacía.

Bata el mar, bese el aire, dore el cielo
las plazas y alamedas,
las torres de tus templos, tus hogares;
dale grata expansión, dulce consuelo,
a los que, entre estos muros seculares,
el rigor del estío
enerva de calor, mata de hastío.

Nacerás como hija predilecta
de la antigua matrona
que siempre, de la abyecta
servidumbre triunfante, su memoria
guarda, cual premio de su excelsa gloria.

Heredera serás, no de los vicios
de su primera edad; ni de tu cuna
el cendal va a teñir sangre inocente,
derramada en horribles sacrificios
por la mano de un déspota egoísta
que al indio flagelaba inicualemente
con el látigo vil de la conquista.
No; tus cimientos regará el fecundo
sudor del libre que en la paz alcanza
el premio halagador de la esperanza
y el noble aplauso que le rinde el mundo.

Nueva ciudad donde en civil contienda
rudo el plomo sembró pavor y duelo;
donde, a la voz atronadora, horrenda,
del cañón fratricida, tembló el suelo;
mañana óigase al fin, del yunque herido
vibrar el eco, y el primer tañido
de la campana congregar los fieles;
y en la escuela, en la prensa, en la tribuna,
coseche los magníficos laureles
que sólo dan honor, gloria y fortuna.

No te arredre el contraste misterioso,
ley a que está la humanidad sujeta,
si bulle junto al seno del reposo
tu alborozada multitud inquieta,
y si elevan al par fragantes huertos
y cipreses y sauces pensativos,
la ciudad tenebrosa de los muertos
y la ciudad radiante de los vivos.

¡Oh, ciudad de los sueños de la idea,
creación de los delirios del progreso

pronto surge a la vida, y pronto sea
en la patria feliz enaltecido
tan célebre suceso
de la paz dulce fruto bendecido!

¡Oh, si pudiera yo, como aquel griego,
Anfión, que de Beocia en los eriales,
al eco de su lira sonora,
e invocando a los dioses inmortales,
vio edificada una ciudad famosa;
de mis cantos perennes la armonía
a ti consagraría,
hasta que el polvo, do la planta huella,
removido se alzase, y de repente
muros y arcos y torres y columnas
y pórticos, la más suntuosa y bella
mansión tomaran, y en la edad presente
fuera pasmo y perpetua maravilla
en esta de Colón preciada antilla!

1885

Ciudad Nueva, que hoy constituye una barriada de clase media en la que se ubican pequeños comercios y talleres artesanales de diversa índole, fue construida fuera de las murallas coloniales, iniciándose así el proceso de expansión urbana de Santo Domingo, lento en los primeros años del siglo, muy acelerado después, sobre todo, luego de la caída de Trujillo y la insurrección de abril del 65. El poeta celebra el nacimiento del barrio en versos que poseen sabor de oda neoclásica.

¿DÓNDE ESTÁ DIOS?

A mi hija Elminda

“¿Dónde está Dios?”. Me lo preguntas, hija,
y “allí” te digo señalando el cielo;
le buscas, no le ves, y en mí tu fija
mirada inquiera si engañarte anhelo.

“¿Dónde está?” me repites afanosa,
y “allí” respondo, y el vacío te muestro,
el sol, la tierra, el mar y cada cosa
de todo lo que es tuyo y lo que es nuestro.

¿Y lo dudas aún? ¡Ah, ya comprendo!
Un Dios buscas de formas corporales;
pero grande y extraño y estupendo
que descuelle entre todos los mortales.

Dios no se ve, porque su ser esencia
es de cuanto en el mundo tiene vida;
Dios está entre ti misma, en tu conciencia,
que es su templo sin ámbito y medida.

Para elevarle tu oración, no acudas
sino allí donde el mundo no te inquiete:

prosterna el alma en expansiones mudas
y que Dios las acoja e interprete.

Haz el bien, ama al prójimo, practica
las virtudes que el Cristo ha proclamado:
esa la religión es que predica
el evangelio del amor sagrado.

Y cuando alguna sombra, leve o densa,
la pulcritud de tu candor empañe,
o falaz tentación te halle indefensa
y con su brillo seductor te engañe;

ven a mí, a confesarte, que yo soy
un enviado de paz y de consuelo,
y sacerdote del hogar te doy
la absolución que te promete el cielo.

1886

Ajena a toda rebeldía romántica, esta composición, como todas las que el poeta dedicó a la intimidad hogareña, está imbuida de las más ortodoxas creencias y prácticas cristianas, frutos de un país y una época dominados por la tradición católica.

DAD LIMOSNAS

A mis hijas

¡Así! Dad lo que os sobra a la indigencia;
el mendigo es sagrado hijo de Dios;
con limosnas se salva la conciencia,
se va del bien y de la dicha en pos.

Más bellas sois cuando a la puerta os veo
esperando, agrupadas, con afán,
a ese anciano infeliz cuyo deseo
es un pedazo de mugriento pan.

¡Está solo en el mundo! Y él tenía
cuanto pudo anhelar para existir:
una familia que por él vivía,
juventud, ilusiones, porvenir.

Pero vino la hora en que su hielo
sobre esa frente acumuló la edad:
y pobre, sin amparo y sin consuelo,
sorprendióle la ruda adversidad.

Trajo el hambre la peste a los hogares
del humilde tugurio de su amor,
y huyendo a los instintos criminales
limosna pide por salvar su honor.

¡Hijas! Tiene secretos el destino
que no alcanza la mente a penetrar...
¡Ay, quién sabe si pobre y peregrino
al mismo que os dio el ser vereis vagar!

Y entonces lo que dais a ese mendigo
con dulce unción de candorosa fe,
para daros sustento, luz y abrigo,
con creces de otras manos cobraré.

¡Hijas, dad lo que os sobra a la indigencia;
el mendigo es sagrado hijo de Dios;
con limosna se salva la conciencia,
se va del bien y de la dicha en pos!

1886

Como la anterior, esta composición rezuma un fuerte olor a ortodoxia católica de la época, pero aquí no hay, como en la otra, planteamientos gnoseológicos de importancia, sino una reflexión sobre las bondades de la caridad hacia el prójimo, en tanto recurso de salvación.

CLAROS Y NIEBLAS.

A la eminente poetisa Lola Rodríguez de Tió.

Mi rubia de ojos de color de cielo,
pimpollo matinal de primavera,
con candor infantil y vivo anhelo,
hacia mí se dirige a la carrera.

Trae un libro en sus manos y, sonriendo,
me lo entrega, y me dice—en el bendito
lenguaje que aún apenas yo comprendo:
—“¡Papá, mira qué libro tan bonito!”

—“¿Quién lo manda?”— pregunto, dando un beso
a ese ángel tutelar de mi alma sola,
y de ternura en ardoroso exceso,
me abraza y dice:— “Te lo manda Lola.”

Lola es el nombre de una hermana mía;
pero ¡qué coincidencia bienhechora!
aquel bello volumen me lo envía
del mismo nombre una gentil cantora.

¡Y hubo fiesta en mi hogar! Rápidamente
fue la obra por todos admirada;
y hubo raudal de besos en la frente
de la imagen que adorna su portada.

Mi rubia —al verla— murmuró: —¡Qué linda!
y en coro las demás lo repitieron;
y al decir:— “¡Es mamá!” mi dulce Elminda,
sus grandes ojos garzos más se abrieron.

¡Oh, qué augurio de bien para mí encierra
de ese libro el feliz advenimiento!
¡de los seres que adoro aquí, en la tierra,
es símbolo, es memoria, es monumento!

Después leí... ¡Qué páginas! Olores
de lirios en la agreste selva umbría;
incienso del altar; leves rumores
de un concierto de eterna melodía.

Arrullos de caricias maternas;
himnos de un corazón viril, patriota;
do quiera luz y glorias inmortales
¡palpitando en los ritmos de la nota!...

Mis hijas escuchaban silenciosas,
y, a veces, ver brillar me parecía
en sus vagas pupilas, misteriosas
irradiaciones de la mente mía.

Jamás olvidaré las impresiones
que hizo mi voz, en lágrimas bañada,
en esos infantiles corazones,
al leer aquella página sagrada,

que de un mártir bendice la memoria,
bardo infeliz y compañero mío,
que en triste lucha fraternal, sin gloria,
a morir empujara el hado impío!

1. (NA) El poeta dominicano Juan Isidro Ortea.

.....

Desde entonces mis ángeles suspiran
porque el "Libro de Lola" yo les lea;
y así, cada vez más, siempre me inspiran
de su eximio valor más alta idea.

1886.

El libro de una poetisa amiga, la puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió, sirve de motivo para dibujar una tierna escena de familia en la que aparecen las hijas del poeta: esos dioscecillos tutelares que mitigaban su soledad y nutrían su imaginación.

CUADRO INFANTIL

Cuatro rizadas cabelleras blondas,
ojos grandes que el rayo azul reflejan
y labios purpurinos que semejan
frescos pimpollos de granado en flor;

mejillas de rosados caracoles,
do graba el sonreír leves hoyuelos...
¡he aquí el cuadro feliz de los desvelos
de mi incesante paternal amor!

Así, como en un ramo entrelazadas
flores que hizo brotar la primavera,
la matinal irradiación primera
palpitaciones de placer les da;

y en el pródigo afán del alma virgen,
por dar a otra alma virgen luz y vida,
parece que en sus besos confundida
toda la esencia de sus seres va.

Aquel rumor de arrullos inefables,
que hoy alas, éter, aire, cielo y gloria,
y algo más que ideal, a la memoria
finge, cual sueño de perenne bien;

pues siente el corazón que ya pasaron
para él, del tiempo las borrascas rudas;
y en el fondo glacial, donde están mudas
las ilusiones, renacer se ven.

¡Oh, qué resurrección en mi Calvario
sobre la cruz de mi agonía se augura!
¡Oh, qué cáliz henchido de amargura
de mi labio sediento aparto así!

¡Hijas, sublime encarnación de mi alma,
renuevos de mi ser, cuando os bendigo,
pienso y siento que Dios está conmigo,
y el bien de su creación contempla en mí!

1887

Excepto por la penúltima estrofa, en la que emergen recuerdos dolorosos y amargos, este poema está lleno de júbilo paterno, regocijo espiritual ante la contemplación gozosa de las hijas, que el poeta vincula a la naturaleza en graciosas metáforas, especialmente en las estrofas primera y segunda.

EL AMOR DE MAGDALENA

(Croquis bíblico)

Blonda como un trigal la cabellera
que al viento en rizos y al desgaire vaga;
los ojos de un azul color de cielo
con reflejos de aurora en la mirada;
erguido el busto escultural; los labios
con la expresión de la bondad del alma;
y la luz y la brisa jugueteando
en los contornos de su veste blanca;
va Jesús sobre el lago Tiberiades
de pie en la popa de su frágil barca.

En la orilla del lago, recogiendo
conchas y flores y campestres galas
para adornar su espléndida hermosura,
que es asombro y orgullo de su raza,
está la galilea de ojos de fuego,
la voluble y fastuosa cortesana,
ante la cual los corazones tiemblan
y en el deleite del amor se embriagan.

Ve a Jesús, y algo siente que la turba;
pero no es la ansiedad lasciva y vana
que despierta en su ser cuando a otros hombres
tiende la red de sus desnudas gracias,
sino el ardor de una pasión intensa
que la enciende, seduce y avasalla
y hace olvidar el mundo y sus placeres:
¡es un amor en que se abisma el alma!

La tarde ya adormece sus fulgores
en las linfas del lago, en la montaña;
el crepúsculo en sombra va envolviéndose,
y hay como convulsiones de borrasca
en el rugido del soplar del viento
contra el que lucha con vigor la barca.

Por la orilla del lago, jadeante,
con los cabellos en desorden, pálida,
como la evocación de un sueño lúgubre,
la infeliz hija ardiente de Magdala
corre, invocando la piedad divina,
para que salve del peligro al nauta
a quien quiere ofrecer el sacrificio
de morir junto a Él entre las aguas.

Jesús, entonces, a la vista atónita
de aquella que lo sigue y que lo ama,
tiende la mano; y al conjuro, cesa
el ímpetu bravío de la borrasca;
y, al suspiro apacible del favonio,
la leve arena de la orilla alcanza.

A los pies del gallardo Nazareno
Magdalena la impúdica se abraza,
e imprime en ellos como ofrenda un beso
de amor, purificado por sus lágrimas.

Jesús de la ignominia la redime:
su amor le da también, la pura y casta

pasión que Él siente por quien cae, rendido,
sin fe en un Dios que las conciencias salva;
y envolviéndola en luz, dándole el beso
feliz de su perdón y de su gracia,
¡hace así de la triste pecadora
la más bella y sublime de las santas!

1888

Este constituye uno de los poemas del autor más encomiados por la crítica y el público. En la edición de *La lira* aparece una división entre la segunda y la tercera estrofas, suprimida en la recopilación realizada por Carlos Federico Pérez. Este señala la influencia parnasiana en "El amor de Magdalena", evidente en el tópico bíblico — al que tanto acudieron los parnasianos— y en aspectos formales del poema.

TU SUSPIRO

Caía sobre tus rizos de oro sueltos
un rayo melancólico de luna,
y en tus ojos de dulce azul de cielo
palpitaba un poema de ternura.

Entreabríase tu boca, que es un nido
donde aletean para volar los besos;
y en el ambiente perfumado y tibio
había como embriagueces de un deseo.

De níveo y vaporoso tul vestidos
tus contornos de altiva estatua griega,
envueltos parecían en luz de un nimbo
que algo de mundos siderales era.

Con voz convulsa de emoción te dije:
“El tema de unos versos necesito...”
y alzaste al cielo la mirada triste,
¡y escuché la respuesta en un suspiro!

1890

Adviértase la doble asonancia de los versos en este breve poema del período de madurez, sobre un tema poco frecuente en su última década de vida.

POBRES MUJERES

¡Al fin la indignación que me tortura
como un volcán que se comprime estalle!
¡Tiranía del deber! ¿por qué me exiges
que, hipócrita, mis ansias de amor calle?

¡Oh! la mujer, la miserable sierva,
del monstruo secular del egoísmo,
que llamó sociedad el hombre, busca
la luz, la redención; y halla el abismo.

¿Por qué, si arde en sus venas y si brota
de todo el ser el perennal, ferviente
anhelo de otro ser, ha de ocultarlo,
ruborizarse y doblegar la frente?

¿Por qué no ha de postrarse ante las plantas
del ídolo y señor de su albedrío;
y en la embriaguez de su pasión decirle:
"yo te adoro, soy tuya, sé tú mío"?...

¡Oh! mi dulce poeta, a quien las musas
sonríen desde la cumbre de la gloria,
yo quisiera, extasiado en ti, decirte
de mis sueños de amor la última historia.

Yo quisiera decirte que en mis noches
insomnios hay en que tu imagen vaga;
y que luego la aurora me sorprende
y el casto ardor del corazón no apaga.

Yo quisiera... Mas no, porque me impone
la esfinge del deber, con ceño adusto,
que de Tántalo sufra el sacrificio
o que muera en el lecho de Procusto...

1890

Un tono enérgico, logrado a base de adjetivaciones cortantes (hipócrita, miserable), y exclamaciones e interrogaciones alternadas, canalizan quejas de amor y reproches contenidos.

IN MEMORIAM

En la muerte del Pbro. Francisco X. Billini

¿Bronces? ¿Mármoles? Ruines monumentos
de la soberbia y del orgullo humano....
¡Jamás! La excelsitud del gran humilde
algo quiere más noble y menos vano.

El que del polvo en que morir pedía
alzó al pobre un hogar, templo a la ciencia,
tribuna a la verdad, al arte escuelas,
y altares para el Dios de su conciencia;

quiere su única gloria: que en sus obras
se perpetúe su immaculado nombre:
la solitaria caridad bendita
busca el premio de Dios; nunca del hombre.

1890

Francisco Xavier Billini, miembro de la extensa y preclara familia de ascendencia italiana, se distinguió por su altruismo, sus obras benéficas y en favor de la educación, que lo convierten en el más importante filántropo dominicano del siglo XIX. A su incansable labor se debe la creación de varias instituciones dedicadas a los niños, los pobres y los desamparados, aparte del hallazgo que constituye el haber descubierto en la Catedral de Santo Domingo los restos de Cristóbal Colón en 1877. A la memoria de Billini dedica el poeta este breve texto, consignado como el último de la Segunda Década de su producción en *La lira*.

HIMNO A COLÓN

*Con motivo del hallazgo de sus restos
en la Catedral de Santo Domingo.*

CORO

Tus naves sacrosantos
conserva, y tu memoria
la tierra de tu gloria,
el mundo de tu amor;
que graba en tu sepulcro
con indeleble huella:
*"Colón es de Quisqueya;
su nombre es nuestro honor."*

I

Al través de los siglos tu nombre
brilló más cuando absorta la tierra
supo dónde, en cuál tumba, se encierra
de tus restos el polvo inmortal;
y jamás palpitar se sintieron
con mayor alborozo que el día
en que un pueblo de libres venía
a rendirles tributo leal.

II

Aquí nunca el clamor de la ira
ni la envidia interrumpe el reposo
de ese sueño perenne y glorioso
que protege el patriótico amor.
Aquí todo al Gran Mártir bendice:
palmas, brisas, torrentes y flores,
de las olas del mar los rumores
y del astro del inca el fulgor.

III

Duerme en paz, genio ilustre, sublime,
semidiós y creador de otro mundo;
nueva vida te ofrece el fecundo
noble afecto de América ya:
y al saber que tus restos descansan
en la tierra que fuera tu anhelo,
hoy eleva sus votos al cielo
porque así venerarte podrá.

IV

¡Venid, pueblos, besad ese polvo
que el contacto del libre estremece!...
Tu memoria, Colón, no perece,
y a elevarte va al mundo en loor,
monumento grandioso en que digas
a los hombres, al orbe, a la historia:
"de la América libre es mi gloria;
de Quisqueya mi tumba y mi amor."

En este himno, compuesto a raíz del hallazgo del Padre Billini en la Catedral, Pérez revive su vieja admiración por la figura del Almirante (recuérdense los versos de "El junco verde"), tributándole un nuevo homenaje al marino genovés.

MI MUSA

A Cristina Morales

Cuando en lenta agonía temblando se hunde
tras esos montes pálidos el sol,
y apenas una que otra luz difunde
tenue brillo en su vaga oscilación;

cuando está de la tarde la postrera
nota vibrando en homenaje a Dios;
con una misteriosa compañera
voy a la sombra de unos sauces yo.

Ella, la única, dulce confidente
de mis sueños tristísimos de amor,
hace caer sobre mi mustia frente
un velo de fatal meditación.

Recoge entre sus labios mi plegaria;
se impregna de mi ser, de mi dolor,
y se eleva hasta el cielo, solitaria,
buscando para mí resignación.

Esa es la musa que los muertos días
de mis goces purísimos cantó,
y hoy halla llena de cenizas frías
la tumba de mi pobre corazón.

1892

Soledad, recogimiento y meditación describen el ámbito natural del poeta en la última década de su vida. Un paisaje crepuscular, agonizante, enmarca las reflexiones poéticas del autor. El texto es una triste confesión premonitoria.

MI HIJO

Sobre la cuna de dorados mimbres
palideces de sol cayendo iban,
y el rubio niño, en inefable éxtasis,
las sintió jugar en sus pupilas.

La luz crepuscular duerme en la sombra
y en los labios del niño la sonrisa;
la noche envuelve en lo infinito al ángel
que se lleva el amor del alma mía!

1893

En sólo dos estrofas logra el poeta atrapar la atmósfera de inocencia y pureza del mundo infantil.

MIS CANAS

A mi hija Delia

Besándome en la frente, Delia mía,
con el ardor de tu filial ternura,
en uno de los rizos que caía
de mi oscuro cabello, la blancura
de unas canas ayer te sorprendía.

Y fue tal tu emoción que, dando un grito,
súbita alarma en el hogar pusiste,
y con la voz entrecortada y triste:
—“Ya está viejo mi pobre papacito”—
a todos agrupados les dijiste.

¡Ya estoy viejo!...Mas no porque la planta
glacial del tiempo se estampó en mi frente,
ni del vicio voraz en la candente
hoguera, consumirse vi la santa
ilusión por el bien que el alma siente.

¡Ya estoy viejo, es verdad! Mas quien creyera
que cuando, en esta lucha de la vida,
altivo el corazón el triunfo espera,
al clavar en la cumbre mi bandera
¡cada cana es señal de una caída!

Sí, hija mía, yo he cruzado, hora tras hora,
y angustia tras angustia, ese camino,
que va ascendiendo y cuyo fin se ignora;
que al bañarse una vez en luz de aurora
llena siempre de sombras el destino.

Son estas canas las cenizas yertas
del fuego en que ardió ayer mi pensamiento;
¡son la nieve que cubre las desiertas
soledades del alma, y monumento
en que reposan esperanzas muertas!

Pero besa esas canas, hija mía,
que son contraste de tus rizos de oro,
pues si tienen su historia tan sombría,
por gozar de tus gracias, que yo adoro,
¡cualquiera mi vejez envidiaría!

1894

Más que aceptación de la senectud sin haber cumplido todavía el poeta los cincuenta años de edad, este texto prueba no sólo la corta esperanza de vida en aquel período finisecular, sino la actitud de resignación ante las propias realidades. Ni siquiera "el fuego en que ardió ayer" su pensamiento puede evitar las "soledades del alma", las "esperanzas muertas" surgidas en ese duro lapso que marca la última década del siglo pasado.

MI LIBRO DE CUBA

*A su distinguida autora
Lola Rodríguez de Tió.*

Así te quiero ver: siempre ceñida
de agrestes flores de la selva indiana,
arrancando a la lira americana
himnos de nueva y de fecunda vida.

Así te quiero oír: con cantos suaves,
ecos sin fin de indefinibles cosas,
como palpitaciones misteriosas
de hojas de bosques y de nidos de aves.

Así, encarnando lo que flota y vaga
y en colores y aromas se deslíe,
y con la lumbre matinal sonrío,
y con la sombra nocturnal se apaga...

Que profundices —te dirán los sabios—
que crees un dogma de enseñanza ruda,
hollandando el templo de la ciencia, muda,
sin un eco de amor entre los labios;

que de lava de abismos hondos sea
la lira que tan dulces cantos vibra;
y que triture el corazón su fibra
en el yunque de bronce de la idea.

Apóstoles son esos de la ruina
de cuanto el alma en su ilusión alienta;
porque del bien la humanidad sedienta,
en pos de todo lo ideal camina.

Asciende al éter, y en el tenue velo
envuelta de su luz multicolora,
del cáliz de tu alma soñadora
rebose el néctar del amor del cielo.

Que en tu ilusión apasionada halles
foco de inspiraciones con que alumbres
ya el azul transparente de la cumbre,
ya el verde oscuro de los hondos valles.

Que sólo bebas vírgenes raudales
de un río sagrado en la inexhausta fuente,
y bañes el espíritu inocente
en perfumes de brisas eternas.

Que es en esa región donde se encierra
la dulce imagen, sin impura escoria,
de todo cuanto es dicha y cuanto es gloria
aquí, en las realidades de la tierra.

Sueña así: y desdeñando, sonreída,
las necias burlas de la ciencia humana,
vibren, Lola, en tu lira americana,
himnos de nueva y de fecunda vida.

1894

Puede considerarse este poema como el resultado de una reacción a ciertos postulados positivistas —como se infiere al leer las estrofas cuarta, quinta y sexta—, y la reafirmación de un idealismo romántico de corte nativista.

LA VIRGEN Y EL NIÑO

(Cuadro del Ticiano)

*A mi querido maestro.
Monseñor Fernando A. de Meriño,
Arzobispo de Santo Domingo.*

La luz del éter, que en raudal creciente
cumbres y valles y colinas dora,
sobre oscuros pañales, blandamente,
con cuanto la perfuma y la colora
besa del niño la sagrada frente.

Aún duerme, y se trasluce la mirada
de aquel dulce renuevo de una vida,
casto ideal de la belleza increada
en el ser de Dios mismo confundida:
¡sublime perfección, jamás soñada!

En la penumbra y de candor radiante,
en éxtasis de amor la Virgen ora
junto a esa cuna humilde y palpitante
donde aparece de su bien la aurora
que simboliza la virtud triunfante.

Pero, como a través de bruma leve
 que entolda el sol, al levantar el día,
 bajo la sombra de un cendal de nieve
 se ve aquella purísima alegría
 presagiando un pesar que la conmueve.

¿Es que la fe de esa mujer vacila?
 ¿Qué hay que a falaz desilusión la guíe?
 ¡Algo revela, en su actitud tranquila,
 que caerá sobre el labio que sonrío
 la lágrima que tiembla en su pupila!

El horizonte de la edad futura
 sondea su triste corazón amante,
 y acaso ve la Calle de Amargura
 por donde un justo con la cruz, jadeante,
 va hacia el Calvario en que la muerte apura.

.....

Ese misterio de dolor humano,
 con esplendores del amor del cielo,
 trazó el pincel del inmortal Ticiano.
 ¡Así es el arte, cuando encumbra el vuelo
 a la región del ideal cristiano!

1894

En la edición preparada por Carlos Federico Pérez (p. 311), la cuarta y quinta estrofas aparecen unidas, tal vez por un error de diagramación. El segundo verso de la tercera estrofa se presenta problemático tanto en *La lira* como en la obra de Carlos Federico Pérez. En la primera se consigna así: "en éxtasis de amor la Virgen era", en la segunda: "un éxtasis de amor la Virgen era". En ambos casos hay una notoria anomalía ya que con ello se rompe el orden de las rimas que el autor mantiene en todo el poema. El verso correcto sería, a nuestro entender, "en éxtasis de amor la Virgen ora", que hemos adaptado en la presente edición.

CARTA — POEMA

A mi hija Delia

“
*Esto es muy bonito, me gusta muchísimo;
pero no tanto como mi país, Santo Domingo.
¡Ay, Gastón, tú no sabes lo que es separarse
de su país! Nunca reniegues de Santo Domin-
go; siempre quédate dominicano...”*

Jeanne Goussard.

¿Te acuerdas tú de Jeanne, el pudoroso,
el matinal capullo de amapola,
de aquella niña de cabellos rubios,
ojos azules y mejillas rojas?

Está en la tierra de sus padres ¡Francia,
cerebro y corazón del mundo! Y goza
de las fruiciones que jamás soñara
aquí donde, al nacer, sonrió a la aurora.

Pero tiene esa niña en lo más hondo
de su alma tierna una infantil congoja,
un vacío que se llena con sus lágrimas
en medio de las más brillantes pompas.

Ha escrito en una carta un gran poema,
en que cada palabra es una estrofa
con el vigor del ritmo palpitante
de la triste nostalgia del patriota.

Por la tierra natal suspira ardiente,
por sus valles, sus bosques y sus lomas,
y por lo más pequeño y miserable
que su ilusión y su delirio forma.

Dice a su hermano que nada hay tan bello
cual su humilde país, y que él ignora
de esa ausencia el pesar; que no reniegue
de ser dominicano, ¡que eso honra!

Si, crisálida aún, ya emprende el vuelo
por el éter de luz la mariposa;
si así, del alma en flor, ya sazonados,
los ricos frutos de la vida brotan;

saludemos con fe lo digno y noble,
lo que es conciencia y en deber se torna;
aquello que se cierne en las regiones
de un eterno ideal de bien y gloria.

Inclinemos la frente ante esa niña
en quien todo lo grande se atesora,
que así el impulso de la sangre vence
y el sacro numen de la patria invoca.

¡Qué ejemplo! ¡Qué enseñanza para quienes,
al deslumbrarse con ajenas pompas,
al oscuro rincón en que nacieron
ínicuas burlas con desprecio arrojan!

1894

Tomando como punto de partida una carta de Jeanne Goussard, hija dominicana de monsieur Fermín Goussard, el poeta procede a una idealización de la patria, siempre poniendo su mirada en los valles, bosques y lomas dominicanos que, por la reiteración con que figuran en su obra, parecieran las únicas cosas incorruptibles en medio de la degradación general a que nos había sometido la dictadura de Ulises Heureaux.

LA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

*Al eximio literato,
señor Nicanor Bolet Peraza.*

Al desgaire cruzado el mantón de Manila,
con orgullo y con gracia, como reina y manola,
en la cruz centelleante de la negra pupila
incendiando las almas, va la ardiente española.

Su enarcada cadera, dócil siempre al empuje
del jaleo y las zambras que en su mente resuenan,
se columpia; y al ritmo de la seda que cruje
de embriagueces que matan los sentidos se llenan.

Tal parece que un beso en sus labios estalla,
dado al sol que en su frente se refleja radioso;
ese sol en que busca, ese sol en que halla
de su tierra lejana el mensaje amoroso.

Estos vírgenes bosques, al hollarlos su planta,
le dan todo el aroma de sus índicas flores,
y el concierto de trinos de sus aves la encanta,
inspirándole sueños de esperanzas y amores.

Es señal de su alianza con la tierra bendita,
que otro mundo de afectos e ilusiones le crea,
el luciente cocuyo que en su seno palpita
o en su oscuro cabello jugueteando chispea.

Ya es de América el alma de la ardiente española,
la indolencia en sus brazos con su arrullo la mece;
y aunque piensa en su patria, ni está triste ni sola:
¡todo aquí la seduce, todo aquí la engrandece!

Ya sucede la danza tropical, voluptuosa,
a la jota en que vibra la febril castañuela,
y a la sal del bolero andaluz, la armoniosa
tanda alegre de vales en que aérea, ágil, vuela.

¡Oh, fusión de la sangre que la vida fecunda,
que la enérgica savia de las razas renueva!
¡Cuanto nace a su influjo, de esplendores se inunda
y a lo puro, a lo grande y sublime se eleva!

Cada bella española nos subyuga y atrae
cual un vórtice hirviente de inefables placeres...
¡Oh, feliz quien a él llega; y quien loco en él cae!
¡Dios bendiga a quien ama con delirio esos seres!

.....

¡Noble España! a tus hijas ¿quién habrá que resista?
Con el mágico fuego que en sus ojos se encierra,
¡oh, bien puedes del mundo emprender la conquista
y mirar a tus plantas sometida la tierra...!

1894

Podemos considerar este poema como ejemplo de la influencia modernista en Santo Domingo, acaso la primera muestra dominicana en que se advierten las huellas de Rubén Darío, en especial por la utilización del alejandrino con acentuación predominante en la tercera y sexta sílabas de cada hemistiquio, en lugar del acento en la segunda y sexta, como era usual entre los románticos. Por el tema, el nexo podría establecerse con José Martí.

ESBOZOS TEATRALES

I

Amalia Rodríguez

Tomad del mar las perlas que atesora;
del cielo azul los rayos de la aurora;
rumores del palmar; trinos del ave;
el dulce soplo de la brisa suave;
el aroma divino de las flores;
lo que brilla en la luz del pensamiento;
el beso que palpita en los amores
de dos almas; el ritmo y el aliento
de todo cuanto vive; la armonía
de los múltiples mundos siderales;
el germen inmortal de la poesía;
los ecos de los himnos celestiales...

Todo eso tomad para que alcance
a dar forma, color, acento y vida
a la imagen del ser que, cuando canta,
alegre o triste, o al amor convida,

o evoca lo terrífico que espanta,
 o en la danza gentil se balancea
 con la gracia y la sal de la manola,
 o un tipo original, único, crea
 en la escena española,
 es el más prodigioso
 que nos unce a su carro victorioso,
 es la artista que más nos arrebató,
 la sin rival, la inimitable Chata.

II

Floripe

¡Ella es la creación más tentadora
 de los sueños que amor al alma inspira!
 Ella, a quien, con su luz abrasadora,
 envuelve el sol que en los espacios gira
 del éter tropical, ¡y la enamora!

Ella es la que tiene en la mirada
 foco de lumbre de la zona ardiente
 que el índico caribe mar circunda,
 y con un solo rayo que anonada
 la más altiva frente
 hace que —humilde— ante sus pies se hunda.

Para al vivo rielar de esos destellos
 tienen sombras intensas sus cabellos;
 y no hay labios que tengan la sonrisa
 más dulce, divinal y embriagadora,
 como esos labios bellos
 tras los que el alma con afán divisa
 el ideal del alma soñadora.

Esa boca en que perlas centellean
 es perenne incentivo del anhelo,

casto nido de besos que aletean
palpitantes de amor, y alzando el vuelo,
llevan mensajes de la dicha al cielo.

Cuando la voz de la garganta brota
de esa diva gentil de los salones,
un raudal de armonía es cada nota
que cautiva los tiernos corazones.

Su nombre es flor, y pétalos de oro,
esparcen de su cáliz el aroma
que el céfiro sonoro
vuelve a traerle en sus brillantes alas;
su palio es trono de sus regias galas,
y es todo irradiación cuando ella asoma.

1893

III

Margarita.
Claudina Vásquez en el "Aria de las Joyas".

¿Eran notas?— ¡No!— El aéreo
ritmo de un coro celeste;
palpitación de almas vírgenes
en el supremo deleite
del amor y la esperanza
¡que nunca en las almas mueren!

Y tú... la creación bellísima,
gentil, vaporosa y leve,
que el espíritu subyuga
del genio, ¡y al genio vence!

En ti encontró Margarita
esa tentadora intérprete

que, con fuego de sus labios,
hace en fuego arder la nieve
que circula por las fibras
¡de un corazón que envejece!

Ah, sí, que en aquel instante
Mefistófeles, al verte
deslumbradora, a tu acento
unió su sonrisa aleve,
y se oyó el beso de Fausto
¡resonar sobre tu frente!

1894

IV

Sombra y Luz.

(Recitación de Filomena E. de Castro.)

Allí... el sudario de las sombras yertas
cubriendo soledades pavorosas,
y en las cimas del Ande, ya desiertas,
sólo ruinas sangrientas y horrorosas
montón confuso de ciudades muertas.

Aquí... la caridad consoladora,
purísima deidad hija del cielo,
la que, del bien en el constante anhelo,
por las que viven sin amparo implora
el que Dios en las almas atesora.

¡Llor a quien aquí, con santa mano,
el óbolo sagrado solicita,
para que lleve la piedad bendita,

a través de las olas del océano,
el beso del amor a un pueblo hermano!

1894

Estos "Esbozos teatrales", escritos entre 1893 y 1894, combinan armoniosamente lo que ha sido denominado el "sentimiento de la naturaleza" del autor, con su gran capacidad descriptiva.

¡1895!

¡Ven, llega y pasa! Gladiador que lucha
contra cuanto en el mundo herirlo intenta,
la fe viril del corazón me escuda
y el soñado ideal del bien me alienta.

Aquí estoy, aún de pie. Si atrás hay ruinas
y sangre y fuego y lágrimas, ¡no importa!
Esas grandes miserias de la vida
quien hombre nace, con valor soporta.

Aquí estoy, frente a ti. Chispas el yunque
del alma, al golpe de las penas, lanza;
y no sé si en tu erial tendrá perfume
la misteriosa flor de la esperanza.

Te saludo, hondo abismo del acaso,
mostrándote mi hogar, ¡mi hogar querido!
donde hay aves canoras que, aleteando,
gorjean en torno y al calor de un nido.

¿Qué me traes? ¡No lo sé! De tu vorágine
el ímpetu fatal llevóme un día
un girón de la cuna de mis ángeles,
dejándola sin luz, ¡yerta y vacía!

¡Y mañana tal vez...! ¡Ay! no profane
el átomo lo augusto de lo eterno:
va la vida a caer en lo insondable
sin saber si la gloria es el infierno.

Espíritu que animas lo invisible;
fuerza que agitas lo impalpable, o ciega
fatalidad que todo lo diriges,
la pobre humanidad a ti se entrega.

Si su ley destructora el mundo impone,
si luchar contra ella es el destino,
lucharé sin cesar, venciendo entonces,
¡porque en pos de la luz y el bien camine!

El poeta reflexiona sobre la vida y el destino, al llegar a los cincuenta años de edad, y se queja con amargura de la muerte de su hijo Luis Abelardo antes de cumplir su primer año: "De tu vorágine/ el ímpetu fatal llevóme un día/ un girón de la cuna de mis ángeles".

SUCRE

(Ayacucho y Berruecos).

A quien el Dios del inca ungió la frente
con el beso inmortal de la victoria,
y escuchó a todo un libre continente
alzarle el himno sacro de la gloria,
se dio tumba en el cieno de los Andes;
y al caer el titán con sus trofeos,
tembló la iniquidad con que a los grandes
persigue el odio vil de los pigmeos.

1895

En ocho versos cargados de emotiva indignación, Pérez describe la trágica muerte de Antonio José de Sucre, el héroe sudamericano que luchó por la independencia de Ecuador, Bolivia y Perú.

AMÉRICA

El 5 de julio

Hay galas de iris múltiples
sobre la sacra cumbre
del Chimborazo; y vívidos
reflejos de ígnea lumbre
el almo sol del trópico
envíale, al despertar.
Escúchanse los vítores
de innúmeras legiones,
el estentóreo y bélico
tronar de los cañones,
y en los lejanos ámbitos
los ecos retemblar.

¡Es día de gloria espléndida!
Surgiendo del abismo,
se yerguen ya los cíclopes
del más noble heroísmo,
que dieron a la América
luz, vida y redención.
Y allí, sobre la cúspide,
el Genio armipotente,

el semidiós, la olímpica,
la inmaculada frente
levanta, envuelta en fúlgida,
celeste irradiación.

Ante él, ebria de júbilo,
feliz, deslumbradora,
la redimida pléyade
de pueblos que le adora,
le eleva, en coro armónico,
sublime himno triunfal;
palpitación unisona
de cuanto el ser alienta
con poderoso espíritu
de amor que lo sustenta,
y en todo va encarnándose,
y es grande e inmortal...

Pero ¡ay! que allá, en el límite
del mar, en curso lento
por entre brumas pálidas
y de color sangriento,
con indecisa y trémula
fulguración surgir,
se mira el disco tétrico
de solitaria estrella,
que, con raudal de lágrimas,
dejando va su huella,
y puede en pos de un lóbrego
desierto sucumbir.

Bolívar, con enérgica
resolución, la diestra
levanta; y cesa el cántico,
y, con dolor, le muestra
a aquel libre Areópago
de pueblos que él creó,
la estrella melancólica
del cielo americano,
augurio, imagen, símbolo

de un pobre pueblo hermano
que de sus férreos déspotas
librar también soñó.

—“Mirad, —les dice,— hay mártires
que aún yacen en el caos
de la opresión tiránica...
¡Temblad y avergonzaos...!
¿Qué hicisteis del purísimo
legado que os confié?
¿En dónde está ese lábaro,
emblema de victoria,
que no encontraba obstáculos
camino de la gloria,
y hasta lo más recóndito
del continente fue?

“¡Jamás la ruin y estúpida
pasión del egoísmo
cegó a la raza homérica
que, en alas del civismo,
voló doquiera exánimes
oyó pueblos gemir!
¿y ya de aquellos ínclitos
y egregios campeones
no hay herederos y émulos?
¿Sus timbres y blasones
con inacción sacrílega
quereis en cieno hundir...?

“Oh, pueblos de la América,
también siervos un día,
¿dejais que aún haya sátrapas
que así, en perpetua orgía,
contra una virgen púdica
se ensañen sin piedad?
¡No vacileis! Y al ímpetu
de amor a vuestra raza,
el noble, eterno vínculo
que la opresión rechaza,

la gran liga patriótica
del porvenir, formad!".

.....

Cesó la voz profética
del grande entre los grandes,
y claridad vivísima
iluminó los Andes.
¡En un foco flamígero
la estrella se tornó!
¡Después... silencio lúgubre,
rumor de una plegaria...!
Y Cuba sigue indómita
luchando solitaria...
Bolívar brilla, exúltase;
pero sus pueblos... ¡no!

1895

De nuevo el sello de la estrofa manzoniana aparece en este poema, sólo que aquí la agrupación se ha hecho en conjuntos de doce versos.

Fiel a una acendrada vocación americanista que nunca decayó en él, Pérez recorre las hazañas de esa cumbre del heroísmo continental que fue Bolívar, para lamentarse luego de las traiciones perpetradas por los sátrapas del continente, al tiempo que exhorta a los pueblos a rechazar la opresión y consolidar la unidad.

EL HERRERO

¡Es un monarca! Su raída blusa,
que un andrajo misérrimo parece,
émula es digna de la regia púrpura
y más que ella lo eleva y ennoblece.

Es su trono la fragua, y su corona
el sudor que en su frente centellea
con el reflejo de las chispas rojas
del hierro que en la hornalla se caldea.

Su cetro augusto es la potente maza
que fácil blande su robusta mano,
símbolo de la fuerza que no mata
los libres fueros del derecho humano.

Es el gran sacerdote del trabajo
que el dogma del honor y el sacrificio
enseña a los que vãn, desheredados
de todo bien, tras el placer del vicio.

Es su templo el taller. Ante sus aras
la hostia bendita del progreso eleva
ese bardo-profeta que consagra
la religión que al porvenir nos lleva.

El yunque es la gran lira con que el bardo
con rudos golpes y entre chispas canta
de noble redención el himno sacro
que del caos a la luz pueblos levanta.

El arma que a los débiles, el brío
de los héroes les da, forja ese atleta;
y para defender contra lo inicuo
tiempla el hacha y aguza la piqueta.

Y a ese humilde llamado al Capitolio
donde la imbécil vanidad se engríe,
a ese que sufre, mientras todo en torno
de un César vencedor canta y sonrío,

bendecirán las oprimidas turbas
que sueñan con el bien de la victoria;
pues dondequiera que el trabajo triunfa
¡hay ley, hay Dios, hay redención, hay gloria!

1895

Más que introducir —según opinión de Carlos Federico Pérez— la temática social de timbre reivindicativo en la lírica dominicana, consideramos este poema como prueba fehaciente del inevitable influjo de los ideales de progreso del positivismo en la obra de José Joaquín Pérez.

JOSEFA PERDOMO

La modesta cantora del Ozama
ya de un sauce sombrío colgó la lira,
que orlaron los laureles de la fama,
y en ella un eco de dolor suspira.

¡Oh Patria de los mártires! tu llanto
consagre en esa tumba la memoria
de aquella que invocó tu nombre santo
para unirlo a los triunfos de su gloria.

1896

José Joaquín Pérez dedica unos versos a la memoria de quien fuera, por su poesía religiosa o de índole patriótica, una importante voz de las letras nacionales, pese a no haber alcanzado los niveles de excelencia de una Salomé Ureña.

DE AMÉRICA

A un modernista exótico

Pues háblame del mundo que conozco,
de mis flores silvestres, de mis selvas,
y deja para el viejo mundo, lotos,
glemátidas, orquídeas, crisantemas.

Ponme en contacto con la pompa virgen
de esta monumental naturaleza,
de formas y colores y matices
que el arte no profana ni supera.

Píntame a golpes de la luz del trópico
a la criolla del cutis de canela,
que el beso perennal y voluptuoso
del sol en el cenit colora y quema.

Descríbeme torrentes y montañas,
cuanto con vida vigorosa alienta
en la fértil región americana:
¡en nuestra hermosa, exuberante tierra!

No estudies en los libros, sino en ese
gran libro que el Creador aquí escribiera,
que los cantos magníficos contiene
del más sublime, original poema.

1896

Este poema es una vigorosa reacción contra el modernismo, movimiento que tuvo hondas repercusiones en la poesía española e hispanoamericana. José Joaquín Pérez recusa el exotismo modernista por considerarlo pura evasión, y reivindica el continente americano, donde están sus flores silvestres, selvas, montañas: su exuberante tierra. El poeta, *malgré lui*, terminó siendo permeable a las influencias modernistas, como se advierte en su producción de los últimos años.

LA TORCAZ

Los rojos granos del café silvestre
la torcaz, aleteando, picotea;
y entre las hojas, el color luciente
del iris de sus plumas centellea.

Al más leve rumor del bosque, yergue,
con febril ansiedad, el móvil cuello,
donde tiembla el rocío con rayos leves
que envía la aurora en su primer destello.

Súbito el vuelo, con pavor, emprende
por el éter azul, a otras regiones,
mientras la llora, con afán perenne,
la prole en que fundó sus ilusiones.

¡Ah, pobre peregrina! El mundo tiene
como el bosque, también sus asechanzas:
¡cazadores que matan inocentes!
¡destructores de amor y de esperanzas!

1897

Breve poema de clara filiación nativista, en el que, por pertenecer a la última etapa creativa del autor, se mezclan ecos parnasianos y modernistas, y renacen con vigor los giros netamente románticos.

UN MAMBÍ

A mi hijo

¡Ay! Yo tengo un mambí de ojos azules
y ensortijada cabellera rubia
que aún dos años no cuenta y ya presume
ser un audaz libertador de Cuba.

Apenas sale el sol, desnudo salta
con ímpetu marcial desde la cuna,
y dando vivas, mi bastón de caña
para servirle de corcel empuña.

Blandiendo un palo, cual si fuera un quimbo,
corre, vuela, ya ansioso por la lucha,
al patio, a su manigua, aquel invicto
y temible adalid en miniatura.

En pos de él sigue la faldera tropa
de tres chicuelas, hermanitas suyas,
y en creciente algarada estrepitosa
ponen al punto al enemigo en fuga.

Triste y medroso ante el empuje, el perro,
para huir sin cesar, el rabo oculta;
las gallinas y el gallo alzan el vuelo
y el gato en la cocina se acurruca.

Después... el sol de América en la frente
glorioso irradia del mambí que triunfa,
y erguido en su corcel, alto el machete,
da el grito redentor de "¡Viva Cuba!".

1897

La guerra revolucionaria por la independencia de Cuba irrumpe, con magníficos resultados, en la poesía de José Joaquín Pérez. El poema del mambí descuella en esta sección por su frescura, dinamismo y acertada síntesis de un simple cuadro de la vida familiar.

ELEGÍA

Salomé Ureña de Henríquez

Hay cimas que a las águilas deslumbran
y adonde en vano se remonta el vuelo,
porque confunden su invisible altura
con la radiosa inmensidad del cielo.

A esas cimas llegó, con bríos de audacia,
de todo lo imposible vencedora,
con las del genio prepotentes alas,
nuestra más grande e inmortal cantora.

Llegó; y en cada cuerda de su lira,
que inundaron miríficos fulgores,
hubo palpitaciones infinitas
de los ecos de todos los amores.

La patria, la heroína de la historia,
con su roto blasón, en lucha cruenta,
caminando a través de sangre y sombras,
la voz escucha que a vivir la alienta.

Y mientras se levanta a su conjuro,
y "estremecida al porvenir se lanza",
ni odio vil, ni sacrílegos verdugos
contra ella ejercen su feroz venganza.

A la mujer, que en servidumbre estéril
de ruin preocupación, vio su belleza
ser no más que incentivo del deleite,
le da, con el saber, gloria y grandeza.

Forma conciencias en el molde austero
de la virtud que en la razón se inspira,
y erige en el hogar augusto templo
donde la paz el corazón respira.

¡Y es madre! Y ese amor inextinguible
que la abrasa y absorbe y transfigura,
no halla en la tierra ni extensión ni límites,
desbordado en torrentes de ternura.

Mas ¡ay, de toda cima se descende!
¡Toda altura a su pie tiene un abismo!
¡Todo astro rueda en el vacío del éter,
destrozado en tremendo cataclismo!

Y ella, para la cual no hubo horizontes,
sol en perpetua plenitud de aurora,
émula de la luz, toda esplendores,
vestal, sacerdotisa y redentora;

¡cayó también! Y todo, en el profundo
arcano de la gran naturaleza,
tiene un hondo clamor, rinde un tributo
de íntimo duelo y funeral tristeza.

Cuanto su lira enalteció, se inclina;
cuanto su alma adoró con fe, la llora.
Apagado está el sol y nada brilla;
todo se desvanece y descolora...

.....

¡Genio de las sublimes concepciones,
ídolo y numen de la patria mía,
a quien ciñó la América sus flores
y el mundo, absorto, con aplauso oía!

Madre que dejas el hogar desierto,
la tierna prole en orfandad sumida,
los miserandos que, sin ti, perdieron
¡ay, tantas ilusiones en la vida!

¡Adiós, adiós! ¡Aliéntenos tu espíritu,
de memoria inmortal, y sea fecundo
generador del bien y bendecido
en la patria, en la América, en el mundo!

1897

Escrita en memoria de Salomé Ureña, gran amiga del autor, esta elegía constituye una emotiva prueba de admiración hacia la autora de "Ruinas".

DOS BESOS

I

En sus ojos bellísimos temblaba
—reflejando el fulgor de los blandones
del féretro— el torrente de sus lágrimas;
y sus ayes y tiernas oraciones
despertaron los votos, las plegarias
de los más insensibles corazones.

La huérfana está sola en el desierto
sin luz, sin horizonte, de la vida;
su amparo es Dios, y en su dolor inmenso,
por la fe de ese amor enardecida,
abrazándose al Cristo, le da un beso
del pie sagrado en la sangrienta herida.

Con las gotas ardientes de su llanto
la seca sangre de la herida moja;
y estampada quedó sobre los labios
de aquella virgen una mancha roja:
¡la señal infalible de un milagro
de la cual nunca nadie la despoja!

II

La orgía eleva sus copas; las canciones
tienen ya como ritmos soñolientos
languideces dulcísimas de amores,
espasmos de placer, aturdimientos
de locura sensual se apura un goce
y a otro se entregan más y más sedientos.

La virgen de la mancha milagrosa,
la huérfana que a Dios amó, ha caído,
y en el lodo del mundo su corona
la necia y torpe vanidad ha hundido:
de su propia belleza se enamora,
y a su Dios y a su madre da al olvido...

Y allí está, como reina de la orgía;
y ebria de amor y con lascivo exceso,
en brazos de un galán que la acaricia,
al recibir un voluptuoso beso
queda, al punto, la mancha ennegrecida,
y ese signo fatal aún lleva impreso.

Dos momentos claramente diferenciables se advierten en este poema: por un lado, la mujer redimida por la devoción a Dios y el milagro; por otro, la sensualidad que arrastra a esa misma mujer al pecado y la perdición. El fervor religioso de la primera parte —no del todo exento de paganismo— contrasta con la carnalidad desenfrenada de la segunda.

COCOLITO

La tierra que contiene los despojos
de aquella raza indómita y bravía
dio su crudo color a este indio nuevo
que tres años no cuenta todavía.

En los ojos relámpagos de águila
surgiendo en ellos, cual de selva oscura,
y el cabello con rizos que se enlazan
para formar caótica espesura.

La frente alza con el aire adusto
hacia el cielo; y sus músculos fornidos
parecen hechos en un torno hercúleo
para ahogar, estrechando, a los vencidos.

No corre, vuela, y sin fatiga alcanza
al más ligero can en su carrera;
es un niño titán que hacer prodigios
de tiempos mitológicos espera.

¡Y esos tiempos vendrán cuando en América
no se quiera que un palmo sólo oprima
la planta audaz de aventureros déspotas
que bien se están en su nativo clima!

Nunca abandonó el poeta su credo indigenista, fiel a su convicción de que los aborígenes constituyen la expresión más auténtica de la lucha por la libertad en América.

EN LA CUMBRE Y EN EL FANGO

A Mercedes Mota

Apenas si se atreve la luz, avergonzada,
a entrar furtivamente en la mazmorra oscura
donde, en jergón de ripios, la desnudez resalta,
de aquella pobre madre que el mundo llamó impura.

Se crispa, se retuerce, y en esa agonía lenta,
al hijo en vano calma que ya agotó el sustento;
y, sorda y egoísta, la sociedad le niega
el mísero mendrugo que arroja a un can hambriento.

¿Cuál fue su enorme crimen?... Amar a ese magnate
que va sobre honras frágiles sus triunfos pregonando,
y convirtió las lágrimas de un pueblo en oro infame
que al fin devora el vicio con su placer nefando.

Allí cerca, muy cerca, deslumbrador, sonoro,
con estremecimientos de voluptuosa orgía,
osténtase el palacio monumental del monstruo
que, estoico, ve la obra de su pasión impía.

Y mientras en sus brazos a su futura víctima
oprime, al son ardiente de una lasciva danza,
en brazos de la madre, ya inerte, el hijo expira
¡y se oye un grito ahogado de horror y de venganza!

Pese a los aires de renovación de "Contornos y Relieves", el poema titulado "En la cumbre y en el fango" está todavía muy ligado a la retórica del romanticismo.

DEL HOGAR

Al doctor Ambrosio Grillo

I

Con la aureola de los rizos que en su blanca frente caen,
a través de tenue gasa que su móvil cuna cubre,
se ve al niño que sonriendo sueña acaso con los ángeles
que entre flores, luz y galas al empíreo lo conducen.

¡Cuánta púrpura en sus labios y en sus mórbidas mejillas!
¡Cómo el seno leve ondula y apacible se levanta!
¡Con el beso perdurable de la más fecunda vida
a los seres que así nacen y así crecen, Dios consagra!

¡Oh, qué atleta formidable para el campo de la lucha
cuyo ruido ya en lo oscuro de los tiempos se percibe!
¿Quién entonces como ahora, con procaz violencia insulta
lo sagrado del derecho de su heroica raza libre?

II

Mas de súbito, en los brazos de la madre, que se muere
de la angustia de las madres que ningún idioma expresa,
a ese niño lo devora con su fuego intensa fiebre,
lo estrangula con sus garras implacables la difteria...

¡Oh, qué noche, qué hogar lleno de infinitas pesadumbres!
Todo es eco de gemidos, mar de lágrimas, sollozos...
Breves horas... y esa vida de esperanzas se consume,
y la nada pavorosa de la tumba lo hunde todo...

Ciencia vana, débil sombra, pobre y pálido reflejo
de la eterna verdad ¿dónde tu poder está? ¿tus triunfos
de qué sirven, si no salvas lo que aún nace, lo que el tiempo
aún no empuja, ya gastado, como inútil e infecundo?

III

Pero el sol con esos rayos, que sonrisas son del cielo
y las aves cuyos trinos son hosannas de la tierra,
y las flores con su aroma, y en unísono concierto
cuanto vive renovándose en la gran naturaleza;

todo al niño, que en la cuna sosegado duerme ahora,
soñar hace con un mundo que es de goces inefables...
¡y a qué dulces expansiones el hogar alegre torna!
¿Cuántos labios que bendicen a la ciencia ya triunfante!

¡Oh, qué noble misión cumple, qué grandeza tan sublime
la del héroe cuya gloria no es la muerte de sus víctimas!
¡En las cumbres no hay altura, ni el espacio tiene límites
para el héroe de la ciencia que es creador de nueva vida!

En este poema el autor recurre al verso de dieciséis sílabas, de uso poco frecuente en su producción. Nótese la doble asonancia de vocablos graves entre versos nones y pares.

ABISMOS

Un abismo, ese mar de negras olas,
insondable, fatídico, desierto,
sobre el que van desamparadas, solas,
frágiles naves sin destino cierto.

Un abismo, ese cielo, ese sudario
tendido sobre el lóbrego elemento,
que es tumba del marino solitario
mártir de un soplo desigual del viento.

Un abismo, esa mente que vacila
entre sombras y luz, duda y creencia,
del genio que se exalta o aniquila
en sus luchas con Dios o con la ciencia.

Y después de la espléndida victoria,
bellezas sin igual y horror profundo,
odio, amor, guerra, paz, baldón y gloria
¡otro abismo sin nombre el Nuevo Mundo!

Dramática versión poética de un mundo escindido entre la tradición secular que representa el viejo orden y los avances de los nuevos tiempos, ya en los albores de la Edad Moderna. Por un lado, el tremendo peso de la religión y su correlato de sombras; por otro, la creciente gravitación de la ciencia en las conquistas de la humanidad. El poema sugiere la aventura del Descubrimiento de América y sus consecuencias.

EL NUEVO INDÍGENA

A Miguel Ángel Garrido

Brilla en su frente, de sus ojos brota,
caldea sus labios y en sus venas arde,
con ímpetus de rabia vengadora,
el fuego de la raza de sus padres.

Hay veces que sus manos se levantan
en la actitud de quien luchar intenta;
y algo, cual sombra de un dolor que exalta,
sus nobles rasgos de titán revelan.

Con los rayos de un foco que deslumbra
presta el sol tropical a sus contornos
reflejos de la fértil tierra oscura
que hollando va con varonil aplomo.

Ese es el vencedor, el dueño, el árbitro
de esta inmensa región americana,
donde un trono hasta el cielo levantado
le brindan en las cumbres sus montañas.

Ese es Guatimozín, es Moctezuma,
es Hatuey, es Caonabo, es Enriquillo;
es el que lleva toda un alma ruda
evocada del fondo de un abismo.

Y al encarnarla, se transforma y crece,
porque a la injusta iniquidad antigua
se une la nueva iniquidad, que extiende
su insaciable, su impúdica codicia.

¡Ese es el de la gloria de Ayacucho;
el que en México un trono vil sepulta;
el que nos dio de Capotillo el triunfo;
el que su nombre inmortaliza en Cuba!

Y Europa, la vetusta madre estéril,
que el vigor de otra savia necesita,
sin más fe en sus conquistas, ¡caerá débil,
ante ese nuevo gladiador vencida!

Otra vez el tópico indigenista se impone en los poemas de la última etapa, aunque aquí la intención desborda los límites de Quisqueya para proyectarse a otros escenarios del hemisferio, donde grandes héroes locales lucharon valientemente por los derechos de la raza aborígen.

RETOÑOS

A Federico Henríquez y Carvajal

Con temblor pudoroso las hojas nuevas
de los troncos seniles del bosque brotan,
y entre armónicos ritmos el sol las besa,
al cantar sus idilios de luz la aurora.

Azulean las montañas etéreas brumas,
que a bordar bajan luego las verdes lomas;
y en el valle, las flores que lo perfuman,
se estremecen llamando las mariposas.

Es que la primavera sonriendo esparce
su inexhausto tesoro de agrestes pompas;
y al cruzar, en el aire trinan las aves;
y al morir, en las playas sonríen las olas.

¡Oh, pimpollos del árbol que reverdece
casi oculto en el viejo bosque de sombras,
que erais savia fecunda, vigor latente,
ya explosión de otra vida generadora!

Yo también mis retoños primaverales
veo surgir, a los besos de luz de aurora,
que a mi hogar, a mi bosque de amor, atraen
como nuevas creaciones maravillosas.

¡Oh, alma virgen que todo lo vivificas!
¡Providencia, yo admiro tu eterna obra
en las hojas del árbol que resucita,
en los hijos del hombre que se transforma!

La vertiente nativista —otro de los filones de la poesía de José Joaquín Pérez— reaparece en este texto, cuya “novedad formal” consiste en el empleo del “verso dodecasílabo con ritmo de seguidilla”, a base de una asonancia doble. Como podrá advertirse a lo largo de toda la composición, el autor recurre a las rimas romanceadas.

ELLA

A Andrés J. Montolio

De espalda al sol que tiembla porque la tarde muere,
es toda luz que oscila con múltiples reflejos
su cabellera rubia, que ondea sobre su frente
de mármol hecho carne por el cincel de un genio.

Sus ojos, donde hay tintes de azul del mar, se fijan
en esas vaguedades sombrías del horizonte
que ve cómo se ausenta aquel, a quien la vida
dio en una cuna de celajes y nubes y colores.

Sus labios, como en éxtasis de la ansiedad de un mundo
de amor, palpitateadores se entreabren y murmuran
ese himno grande, armónico, sublime, ardiente, augusto,
que sólo en su santuario el corazón escucha.

¿Por qué esa virgen rubia, en tan solemne hora,
detrás del alto alfeizar del mirador se yergue
para sondear abismos que en la extensión brumosa
aléjanse, confúndense, disípanse y se pierden?

—¡De su “isla azul” que arrullan, para morir, las olas
también cruzando vienen y al encontrar estallan
las dulces, inefables e inextinguibles notas
del inmortal poema del beso de dos almas!...

Es uno de los últimos poemas de “Contornos y relieves” que aparecen en *La lira*. Pérez reitera la acostumbrada nostalgia de sus composiciones íntimas, vertiendo el sentimiento en cinco estrofas de versos endecasílabos.

SÍMBOLO

A mi hija Elminda

Pinta el vasto, rojo incendio del crepúsculo,
donde flotan los girones de azul pálido
que abrillántanse y confúndense en el piélago
de las sombras que cayendo lentas van.

Pinta esa hora en que la tierra, con el vértigo
de las últimas caricias del sol, duérmese,
y asomando las estrellas vierten lágrimas,
y le canta su salmodia triste el mar.

Pinta todas esas vagas, leves, múltiples
centelleantes gradaciones que en los diáfanos
horizontes siderales, a la atmósfera
dan reflejos de perenne oscilación.

Pinta el bosque, templo augusto y melancólico
sostenido por sus árboles inmóviles,
do sollozan los rumores en el céfiro
que temblando busca el cáliz de la flor.

Pinta el río, de murmullos de ondas lánguidas,
y las ruinas centenarias de sus márgenes,
que parecen los espectros de las víctimas
de otros siglos de implacable esclavitud.

Pinta, junto de magníficos alcázares,
los tugurios bamboleantes y misérrimos;
e irradiando profusión de focos vívidos
en enormes charcas fétidas su luz.

Pinta todo cuanto enciérrase en los ámbitos
de la antigua ciudad, cuna de la América;
lo que en esta postrer hora del crepúsculo
es angustia de la fe del corazón.

Y en el cuadro que así pintes habrá el símbolo
de esta pobre tierra virgen de los trópicos,
de esta tierra de los héroes y los mártires
¡donde siempre seca lágrimas el sol!...

Cuenta Carlos Federico Pérez que el motivo de este poema lo halló José Joaquín al contemplar el cuadro de las ruinas de San Nicolás, que había pintado Elminda, hija del poeta. "Símbolo", texto en el que asoman la amargura y el malestar causados por la situación política bajo la dictadura de Heureaux, contrasta con otras versiones sobre la ciudad, tales como "Quisqueyana" (1874), "Santo Domingo" (1884), y "Ciudad Nueva" (1885): otros prismas para ver las cosas, otros estados de ánimo en cada uno de esos momentos, producen enfoques disímiles aunque complementarios. En el aspecto formal, nótese el uso del verso dodecasílabo en estrofa de 4 versos, de terminación esdrújula los 3 primeros y agudo el último, igual que en la estrofa manzoniana.

PSALMO

In te Domine speravi

Puse en ti la esperanza, cuando, ciega,
del mundo en mí la maldición caía;
hoy a ti el corazón con fe se entrega
y en tu justicia y en tu amor confía.

Concede ¡oh Dios! tu protección al siervo
que el arpa pulsa en tu loor, tranquilo;
sostén su frente contra el mal protervo
que lo persigue hasta en su pobre asilo.

Pues que en la tempestad tu mano guía
hacia el puerto la nave endeble y rota,
en el rumbo hacia el bien que el alma ansía
me guiará tu bondad que no se agota.

Corta de tu justicia con la espada
el lazo vil que la maldad me tiende,
y convierte en la luz de tu mirada
la hoguera de odio que la envidia enciende.

Mi espíritu en tus manos se encomienda;
tú redimiste ayer mi cautiverio:
¡llévame por los riscos de tu senda,
dócil al yugo de tu dulce imperio!

1899

Si tomamos en cuenta la fecha de su publicación (1899), "Psalmó" constituiría el último poema de José Joaquín Pérez. En opinión de Carlos Federico Pérez, el texto parece ser una versión muy modificada de versos escritos en 1861-62 que figuran en la libreta *Ráfagas tropicales*.

EL ARPA DE THOMAS MOORE

ía el
exto
nen



AL PARTIR

Ya entre celajes el fugaz vislumbre
de la tierra de Erin mi vista alcanza,
y es apenas un punto la alta cumbre
de mi mansión de amor y de esperanza.

Pero doquiera que el fatal destino
me lance en el destierro, aquí en tu seno
tendré mi patria, y el fulgor divino
del cielo azul de tu mirar sereno.

De algún desierto hacia el rincón oscuro
o en playa que la mar ignota bañe,
donde nunca el fatídico e impuro
odio feral del opresor se ensañe;

allí contigo volaré bien mío,
en alas del amor, y menos rudo
será el viento impetuoso, que el impío
silencio que el oprobio imponer pudo.

Yo allí, tejiendo tus guedejas de oro
sobre el arpa, en tu seno reclinado,
oiré como ella, en su cantar sonoro,
alienta el corazón desventurado.

Y nunca temeré que en triste hora
arranque el frío sajón con mano fiera
ni una cuerda del arpa vibradora,
ni un rizo de tu blonda cabellera.

Como en el caso de su traductor, también Tomás Moore abordó el tema del destierro, sin duda influido por su propia experiencia de exiliado, lejos de su Irlanda natal.

EL TROVADOR

Joven aún el trovador guerrero
va al campo, do la muerte le convida,
y empuña de sus padres el acero,
y lleva el arpa de su amor ceñida.

¡Tierra del canto! el trovador exclama,
aunque el mundo condene tus traiciones,
una espada tu honor cubre de fama
y un arpa te engrandece en sus canciones.

¡Sucumbe el trovador! mas la cadena
no abate su alma que el orgullo inspira;
a sus pies rota el arpa, ya no suena:
soplo glacial entre sus cuerdas gira.

Mas ¡ay! nunca los míseros esclavos
podrán mancharla con su impuro aliento;
su alma el amor inspirará a los bravos;
¡los libres sólo escucharán su acento!

La figura del trovador —redescubierta por los románticos— reúne los atributos del valiente que no se arredra ante el peligro y del poeta que sueña. Ni siquiera la muerte, con su soplo aleve, logra segar el hálito indomable de su ejemplo.

OJOS NEGROS Y OJOS AZULES

I

Los brillantes ojos negros
del alma pueden triunfar
sin saber a quiénes, rápidos,
a herir con sus dardos van.

Pero los dulces y azules,
aunque hieren sin piedad,
saben siempre quién sus rayos
recibe con grato afán.

Así, pues, Lelia querida,
tus ojos azules son,
aunque a herir así se atreven,
más gratos, porque ellos hieren
en mitad del corazón.

II

Los ojos negros nos dicen:
"Dignos de mis rayos sed,
y adorándome constantes,
quizás un día os amaré."

Pero los ojos azules
languideciendo, al través
de los párpados, nos dicen:
"amo, y vuestra soy también."

Así, pues, Lelia querida,
tus ojos azules son,
aunque así, entre sombras hieren,
los que dicen: "¿Me amas? —¡Siempre
será tuyo el corazón!"

III

Saber quiero por qué entonces
tus ojos de dulce azul
la dicha nunca le ofrecen
a mi alma en su inquietud.

Y por qué constante dicen,
si ángel de amor eres tú:
"¡Para ti no son los rayos
de tan apacible luz!"

¡Oh, por Dios, Lelia querida,
no digan tus ojos "No!"
cuando, aunque son tan alevés,
sus rayos, que a herirme vienen,
¡dan vida a mi corazón!

Cierto regodeo de salón se filtra en los versos de este poema, que parece arrancado de las hojas de un álbum sentimental para consumo de quinceañeras.

EL RECUERDO

Como un rayo de luz resplandeciente
del mar azul sobre las ondas gira,
mientras en el fondo la glacial corriente
lóbrega, lenta y silenciosa expira;

así en el labio la sonrisa asoma,
placer y dicha perennal mintiendo,
mientras tintes sombríos el alma toma
y el pobre corazón está muriendo.

Hay un recuerdo de fatal tristeza,
cuya pálida sombra en todo vaga;
en el contento que a alborear empieza
y en el rudo pesar que nos amaga.

Por él como en suspenso está la vida
y nunca luz ni oscuridad alcanza,
pues no tiene el placer gloria cumplida
si el genio del dolor su dardo lanza.

¡Oh! Vive ese recuerdo en nuestra mente,
cual rama seca que deshoja el viento;
y aunque la bese el sol con rayo ardiente
nunca le infunde vigoroso aliento.

Espárcense las hojas, y la rama
de la tierra en el fondo se sepulta,
¡cual la triste memoria del que ama
queda en el alma para siempre oculta!

Poema que evoca el amargo recuerdo que dejó en el poeta irlandés la muerte de Robert Emmet, su amigo revolucionario, quien, después de la frustrada insurrección de 1803, fue condenado a morir en el patíbulo.

NO SUSPIRES ASÍ

No así suspires, cándido niño,
por los encantos de una mujer;
nunca en los goces de su cariño
falta una hora de padecer.

Unas tras otras, girando, el cielo
radiantes lunas cruzaron ya;
de las estrellas, nítido el velo
de luz, en nieblas envuelto está.

Así el afecto de las mujeres
sólo un instante se ve lucir:
así declinan, ¡ay! los placeres,
¡dejando sombras al porvenir!

¡Mil vanidades amor inspira!
¡destierra, oh niño, su ardua impresión!
Amor que un día triste suspira
es un martirio del corazón.

Las horas pasan cual los amores:
¡desecha, oh niño, tal inquietud!
otra edad viene... y encantadores
¡serán tus sueños de juventud!

Como es evidente aquí, Moore y Pérez tienen en común esa preferencia por la morbidez sentimental que procede del amor fugaz, o simplemente del amor no correspondido.

SU NOMBRE

¡Ay! No murmures su nombre.
Dormido quede en la sombra
donde yertas y olvidadas
ya sus cenizas reposan.

Ocultas y tristes sean
estas lágrimas que brotan,
rocío que cae en la yerba
de su lápida mortuoria.

Pues aunque en secreto cae
el rocío sobre su losa,
hace brillar la verdura
que la cubre y que la adorna;

y nuestras lágrimas tiernas,
aunque corren silenciosas,
¡verde siempre en nuestras almas
conservarán su memoria!

Aquí el móvil del poema son las palabras pronunciadas por Emmet durante el juicio que habría de conducirlo al cadalso, pidiendo a los jueces que no dejarán que nadie escribiera su epitafio.

MIS ESPERANZAS

Lloraré mis perdidas esperanzas,
si tu sonrisa su esplendor me niega,
como lloré también, cuando a la ciega
amistad de otros seres engañosa
confié mi corazón, y obtuve sólo,
en vez de recompensa generosa,
miserable traición, perfidia y dolo.

Pero cuando ante mí, resplandeciente
de hermosura y candor, apasionada,
al través de tus ojos tu alma brilla,
ninguna nube tempestuosa, airada,
caerá sobre mi frente,
sin que —deshecha— de la dulce aurora
surja al punto la luz encantadora.

No podrá de la suerte
la sentencia fatal anonadarme
mientras propicia me conceda verte,
mientras tú jures para siempre amarme;
ni tampoco podrán las alegrías
henchir mi corazón, si tú con ellas
no gozases también eternos días
de dulce encanto, de ilusiones bellas.

Un instante tan sólo que consagre
al sueño de tu amor ¡vale una vida!
¡vale un mundo rodando en el espacio!
¡vale una eternidad indefinida!

Aunque muera la luz de la esperanza,
que en el camino que emprendemos lanza
su fulgor misterioso,
con más vigor y aliento hacia adelante
seguiremos al rayo esplendoroso
del alma que en mí vive, y al constante
fulgor de tu mirada casta y pura,
que derrama en mi hogar paz y ventura.

Así es cuando se apaga
la antorcha que al viajero errante guía,
y tiembla ante el peligro que le amarga,
y al acaso su suerte no confía;
que luego, disipadas
lentamente las sombras, al vislumbre
de la luz sideral, sigue y comprende
que no hay antorcha que su paso alumbre
como aquella que Dios al hombre diera
y que se admira en la celeste esfera.

Hay en este poema, compuesto en heptasílabos y endecasílabos, un relativo optimismo basado en la fuerza interior y en la pureza de los sentimientos, a pesar de los desengaños de amor y las inconstancias de la amistad.

EL ARPA DE MI PATRIA

Arpa querida de la patria mía,
te encontré en abandono y soledad,
y del silencio la cadena fría
colgó en ti la funesta adversidad.

¡Cuán orgulloso y placentero un día
yo tus cuerdas pulsé! Conmover
tu acento sólo entonces repetía
sueños de luz, de libertad y amor.

La fe que inspira la pasión ardiente
y la nota ligera del placer
tu seno hicieron despertar latente,
y tu vívido alambre estremecer.

Mas ¡ay! tú fuiste el eco del suspiro
de profunda tristeza y de dolor
que arrancó a tu silencio en raudo giro
otro tiempo fatal, aterrador.

Arpa querida de la patria mía
callar debe por siempre nuestra voz;
de mi última fe la flor sombría
te ciño, al darte mi postrer adiós.

Ve a dormir a la sombra de tu fama
en la indolencia y el olvido ya;
mas si una digna mano te reclama
tus patrióticos ecos siempre da.

Si el amante, el patriota y el soldado
por ti han sentido el corazón latir,
tu gloria de esplendor se ha coronado;
debes en grata eternidad vivir.

Yo no fui sino aliento de la brisa
que en tus cuerdas pasó suave y veloz;
el sublime poder que te eterniza
era tuyo no más —¡adiós! ¡adiós!

Un efímero entusiasmo inicial por la patria, una exaltación causada por "sueños de luz, de libertad y amor", ceden el paso a un acongojado pesimismo, a una resignación callada y angustiosa que se condensa en el adiós del último verso.

LÁGRIMA POR LÁGRIMA

I

¿Es verdad que, cual nube tempestuosa
ante el alba, nubló tu frente mustia,
do brillaba la infancia esplendorosa,
la sombra del pesar y de la angustia?

¿Es verdad que ya el tiempo con sus alas
trocó tu dicha en ilusiones muertas,
y que donde el amor lucía sus galas
quedan hoy sólo las cenizas yertas?

¡Hijo del infortunio! Ven y llora
aquí en mis brazos tu contraria suerte:
yo quiero consolarte hora tras hora
y lágrima por lágrima volverte.

II

Para ti fue el amor como el tesoro
que hay de Lagenia en la engañosa mina,
donde seduce el esplendor del oro
guiando la planta a inevitable ruina.

Y la esperanza, cual un ave errante,
de árbol en árbol, no dejó en su vuelo
ni un talismán para tu pecho amante,
ni un destello de luz para tu cielo.¹

¡Hijo del infortunio! Ven y llora
aquí en mis brazos tu contraria suerte:
yo quiero consolarte hora tras hora
y lágrima por lágrima volverte.

III

Si así pasaron ya tus dulces horas
de encanto y de ilusión y de consuelo,
si así fueron también engañadoras
las esperanzas que fingió tu anhelo;

si todo —gloria, dicha y paz y amores—
mientras tú vives, para ti está muerto;
si otros hallan doquier fragantes flores
y el mundo para ti ya es un desierto,

hijo del infortunio: ven y llora
aquí en mis brazos tu contraria suerte:
¡yo quiero consolarte hora tras hora
y lágrima por lágrima volverte!

1. NA.—Alusión a un pasaje que refiere en la obra *Arabian Nights*.

Considerada por Carlos Federico Pérez como una de las mejores traducciones hechas por José Joaquín Pérez. Pedro Henríquez Ureña estima que, "más que una traducción es una imitación de la melodía irlandesa", y agrega que el efecto real del ritornelo lo introdujo el poeta dominicano.

ANTES DEL COMBATE

I

Latiendo el corazón presagia el día
de ir al combate a desafiar la suerte
y ese sol que en sus rayos nos envía
libertad o cadena: ¡vida o muerte!

Como la estrella de la tarde muere
de la onda móvil en el seno, el bravo
entre un raudal de lágrimas prefiere
caer en la lucha que vivir esclavo.

Bendito aquel sobre quien brilla eterna,
si sucumbe con gloria y heroísmo,
de sus hermanos la sonrisa tierna
aún de los años tras el hondo abismo.

Nada hay tan grande, no, como el soldado
que en el seno inmortal de la victoria
duerme, por su laurel acariciado,
el sueño interminable de la gloria.

II

Al fulgor de la luz del campamento,
pálido el rostro el enemigo muestra,
recordando los días en que su aliento
contuvo audaz nuestra invencible diestra.

No dejes que otra vez remache al poste
de nuestro oprobio la fatal cadena,
ni que un soplo glacial la flor agoste
que ora alza el cáliz a región serena.

¡Oíd, ya el eco de la trompa vibra!
Jurad que antes que el sol su luz nos niegue
con fiero empuje y con potente fibra
¡hareis que el opresor débil se entregue!

Si quiere el corazón que ora palpita
dormir después en soñolienta calma;
¡ay, mejor es morir si el triunfo agita
sobre el que muere inmarcesible palma!

El tono heroico y el fervor patriótico contrastan con el fatalismo de "El arpa de mi patria". En "Antes del combate" prevalece el optimismo de quien cree seguro el triunfo y está dispuesto a santificar el martirio de los caídos en defensa de la patria.

EL MAR

Ved cómo, bajo el rayo macilento
de la luna, a lo lejos se divisa
la ola fugaz que crece y en su aliento
brinda un iris de espumas a la brisa.

Sobre su lecho móvil murmurando,
sólo un instante vívida chispea,
y de súbito muere, no dejando
nada que un rastro de su vida sea.

Así el hombre, en el mundo, vacilante
se alza del tiempo en la voluble oleada;
y apenas brilla altivo un solo instante
se confunde en el seno de la nada.

Breve y descriptivo, pero sólo aparentemente, pues este poema de tres estrofas, aparte de sus felices metáforas sobre la naturaleza, contiene una desgarrada reflexión acerca de la existencia fugaz del hombre en la tierra y su no-existir al perderse en el "seno de la nada".

DOS AMORES

Lejos del suelo donde reposa
su heroico, joven, gentil cantor,
otros suspiran por esa hermosa
 que desdeñosa
sólo a esa tumba vuelve los ojos,
en que sus tristes, yertos despojos,
también sepultan su corazón.

Las armonías de los cantares
que ella entonaba con efusión,
allá, en sus bellos, nativos lares,
 hoy los pesares
no más revelan del alma herida
de la que, sola, no ve en la vida
sino un desierto sin luz ni amor.

Él para amarla feliz vivía,
y por la patria la muerte halló;
los dos amores su alma sentía;
 y noche y día
inconsolable la patria llora,
y ella, entretanto, seguirle implora,
¡porque en la tumba los una Dios!

TENTACIONES

Hacia la costa de profundo lago
donde jamás la golondrina errante
plegó sus alas, porque sólo estrago
y pavor allí anuncia el arrogante
peñasco que hasta el cielo
se alza a través de nebuloso velo,
un joven cenobita se dirige
buscando un lecho donde nadie turbe
la santa paz de su inocente sueño.
"Aquí —dice— será vano el empeño
de que en mí una mujer su ojos fije
y dormiré sin que encontrarme pueda".

Más ¡ay! él no sabía
cuánto la audacia en la mujer podía.
Él esquivaba unos brillantes ojos
donde los tintes del azul del cielo
eran contraste de unos labios rojos
palpitantes de amor. Todo el anhelo
de la dulce y hermosa Catalina
era sólo adorarle con ternura,
y doquiera que el santo se encamina

.....

de ella la planta cautelosa siempre;
y allí de su mirada que fulgura
le abrasa sin cesar el rayo ardiente.

De un peñasco en la cúspide se encumbra
el cenobita austero, y allí duerme
soñando con el cielo que vislumbra
sin sospechar que, ausente de la tierra,
mujer hubiera que invadir osara
el alto pico de la abrupta sierra.

¡Pero no! Ni en la tierra ni en el cielo
hay quien resista a ese poder sublime
que la pasión en la mujer imprime,
y mientras él soñaba
con éxtasis de fe, con dulce encanto,
Catalina a su lado derramaba
raudal copioso de encendido llanto.

Ella había, valerosa,
seguido al santo hasta el agreste asilo;
y cuando la mañana esplendorosa
surgió en Oriente, al despertar, tranquilo
él halló que tenaz esa mirada
con poder sobrehumano le atraía
y su conciencia domeñar quería.

¡Pero cómo a infernal sugestión ciega
de un santo el corazón se entrega!
De su lecho de rocas se levanta
el cenobita, y con impulso airado
al abismo la empuja y hacia él rueda,
y de aquella infeliz el cuerpo queda
en las ondas sangrientas sepultado.

¡Lago funesto de sombría memoria:
la tumba fuiste de la virgen pura
y hoy tu onda fatídica murmura
con una eterna maldición su historia!

TENTACIONES

Hacia la costa de profundo lago
donde jamás la golondrina errante
plegó sus alas, porque sólo estrago
y pavor allí anuncia el arrogante
peñasco que hasta el cielo
se alza a través de nebuloso velo,
un joven cenobita se dirige
buscando un lecho donde nadie turbe
la santa paz de su inocente sueño.
"Aquí —dice— será vano el empeño
de que en mí una mujer su ojos fije
y dormiré sin que encontrarme pueda".

Más ¡ay! él no sabía
cuánto la audacia en la mujer podía.
Él esquivaba unos brillantes ojos
donde los tintes del azul del cielo
eran contraste de unos labios rojos
palpitantes de amor. Todo el anhelo
de la dulce y hermosa Catalina
era sólo adorarle con ternura,
y doquiera que el santo se encamina

.....

de ella la planta cautelosa siempre;
y allí de su mirada que fulgura
le abrasa sin cesar el rayo ardiente.

De un peñasco en la cúspide se encumbra
el cenobita austero, y allí duerme
soñando con el cielo que vislumbra
sin sospechar que, ausente de la tierra,
mujer hubiera que invadir osara
el alto pico de la abrupta sierra.

¡Pero no! Ni en la tierra ni en el cielo
hay quien resista a ese poder sublime
que la pasión en la mujer imprime,
y mientras él soñaba
con éxtasis de fe, con dulce encanto,
Catalina a su lado derramaba
raudal copioso de encendido llanto.

Ella había, valerosa,
seguido al santo hasta el agreste asilo;
y cuando la mañana esplendorosa
surgió en Oriente, al despertar, tranquilo
él halló que teñaz esa mirada
con poder sobrehumano le atraía
y su conciencia domeñar quería.

¡Pero cómo a infernal sugestión ciega
de un santo el corazón se entrega!
De su lecho de rocas se levanta
el cenobita, y con impulso airado
al abismo la empuja y hacia él rueda,
y de aquella infeliz el cuerpo queda
en las ondas sangrientas sepultado.

¡Lago funesto de sombría memoria:
la tumba fuiste de la virgen pura
y hoy tu onda fatídica murmura
con una eterna maldición su historia!

Bien pronto al joven cenobita asalta
de la conciencia el torcedor horrible,
y llora en vano su tremenda falta,
y siente el corazón latir sensible
de aquel amor bajo el sublime imperio.

Mas ¡ay! es tarde ya... Y cuando nombra
el ángel exclamando: "El cielo tenga
para ella piedad", en el misterio
de la noche, impalpable se desliza
sobre el lago fatídico su sombra
¡brindando amor su celestial sonrisa!

Fue Max Henríquez Ureña quien, en 1967, publicó en su columna del "Listín Diario" esta versión de Moore, casi desconocida hasta ese momento. A juicio del autor de *La independencia efímera*, el texto de José Joaquín Pérez constituye más bien una paráfrasis que una traducción. Entre el séptimo y octavo versos de la tercera estrofa falta un verso que hasta el presente no ha podido ser determinado.

ÍNDICE



Nota	
Manuel Rueda	7

LA POESÍA DE JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ

José Alcántara Almánzar	9
<i>Ecós del destierro</i>	12
<i>Fantasías Indígenas</i>	15
<i>Etapa de madurez</i>	25

FANTASÍAS INDÍGENAS

Impresiones	
Salomé Ureña	31
Igi aya bongbé	35
El junco verde	42
Guarionex	47
Toella	60
La tumba del cacique	62
El voto de Anacaona	64
La ciba de Altabeira	69
Guacanagarí en las ruinas de Marién	75
Vaganiona	78
El último cacique	85
Areíto de las vírgenes de Marién	95
El adiós de Anacaona	99
Vanahí, la hija del yareyal	104
Areítos	132
Flor de Palma o La fugitiva de Borinquen	137

OTROS POEMAS

Soneto	169
Diez y siete años	171
Baní	174
16 de agosto	179
Las flores del torrente	183
¡Adiós!	185
Tu cuna y su sepulcro	189
Hojas	192
Cuba y Puerto Rico	194
Alba y ocaso	199
Ráfagas	201
Ecos del destierro	204
Ráfagas	206
Guaiguasa	209
La vuelta al hogar	216
Quisqueyana	219
La industria agrícola	226
Ángel Perdomo	239
A Etnaí	242
Bolívar	244
A la patria	250
A Santo Domingo	252
Ciudad Nueva	255
¿Dónde está Dios?	258
Dad limosnas	260
Claros y nieblas	262
Cuadro infantil	265
El amor de Magdalena	267
Tu suspiro	270
Pobres mujeres	271
In memoriam	273
Himno a Colón	274
Mi musa	276
Mi hijo	278
Mis canas	279
Mi libro de Cuba	281
La Virgen y el Niño	283
Carta-poema	285

La española en América	287
Esbozos teatrales	289
¡1895!	294
Sucre	296
América	297
El herrero	301
Josefa Perdomo	303
De América	304
La torcaz	306
Un mambí	307
Elegía	309
Dos besos	312
Cocolito	314
En la cumbre y en el fango	316
Del hogar	318
Abismos	320
El nuevo indígena	321
Retoños	323
Ella	325
Símbolo	327
Psalmo	329

EL ARPA DE THOMAS MOORE

Al partir	333
El trovador	335
Ojos negros y ojos azules	336
El recuerdo	338
No suspires así	340
Su nombre	342
Mis esperanzas	343
El arpa de mi patria	345
Lágrima por lágrima	347
Antes del combate	349
El mar	351
Dos amores	352
Tentaciones	354



Este libro se terminó de imprimir
el día 30 de junio de 1989
en los Talleres Gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana